



LORENA FUENTES

*Nos
pertenece*

Prólogo por Lily Perozo

NOS PERTENECEMOS
LIBRO IV

Nos Pertenece

Lorena Fuentes

Serie Nos Pertenece IV

Las almas gemelas están destinadas a encontrarse

Nos Pertenece

Lorena Fuentes

Todos los derechos reservados

© Lorena Fuentes, 2020

Edición y revisión: The Purple Quills y Lorena Fuentes

Diseño de cubierta: Lorena Fuentes

Diseño Interior: Lorena Fuentes

Primera edición: agosto 2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático

Tabla de Contenido

PALABRAS DE LA AUTORA

PRÓLOGO

AMOR INFINITO

CUANDO EL AMOR TE SANA

¡FELIZ ANIVERSARIO EMMA Y CALEB!

EL RESTO DE NUESTRA VIDA

CATHERINE SIEMPRE CATHERINE

Y LE DIJE SÍ

CUIDAR DE MI FAMILIA

ALANA, MI DULCE ALANA...

UN DEJA VÚ

AGOBIADA

¡ADAM, POBRE ADAM!

MÍOS

CAPULLO

CONOCIENDO A JESSICA

NO PUEDE SER CIERTO...

EL INICIO DE NUESTROS PROBLEMAS

¡LA VIDA TE DA SORPRESAS, SORPRESAS TE REGALA LA VIDA!

SIN PODER DORMIR

JESSICA...

LA INVESTIGACIÓN

¿Y SÍ...?

Y LEO SE NOS CASARÁ...

¿DÓNDE CABE UNO, CABEN DOS?

FELIZ, ASOMBRADO Y PREOCUPADO

LA MEJOR DECISIÓN

EL MUNDO DE OZ

LA FELICIDAD ES EFÍMERA

AMIGOS EN LAS BUENAS

Y EN LAS MALAS

Y ELLA ME ALEJA

ADIÓS PAPÁ

NUESTROS PADRES AL RESCATE

DIEGO

LA CASAMENTERA DE LA PANDILLA

THEY'RE BOYS!

AHORA TENGO UN DEMONIO

COMO ESPOSA

FELIZ CUMPLEAÑOS LU Y A MÍ

RECONCILIACIÓN

UNA BODA SACADA DE LOS SUEÑOS DE LEO

Y ENTONCES ANDREINA TAMBIÉN LLEGA...

CONNOR Y CAMERON

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

A mis dos primeras lectoras:

Marlen y Tintina.

A todas las chicas que aman a mis dioses griegos.

Encontré lo que tanto anhelaba, tú eres mío y yo soy tuya.

Beata Madre María de San José

Palabras de la autora

Nos Pertenece tardó porque no quería despegarme de estos personajes, que me acompañaron desde que inicié mi carrera como autora de romance. Tampoco deseaba idearme problemas en dónde ellos terminarán separados, porque de verdad solo deseaba demostrarles a mis lectoras, que el amor todo lo puede. Esto es un regalo para ellas, esas chicas que me conocieron y amaron a mi Demonio y a mi Capullo.

Esta será una historia contada desde los puntos de vista de las dos parejas: Caleb y Emma que conocieron en Soy Tuya; Miles e Irene los protagonistas de Todo de ti. Si leyeron la historia de Adam y Jessica, encontrarán parte de su historia que en diferentes momentos estuvo entrelazada con la de ellos y es lo que hace especial a la serie.

Ellos en mi mente construyeron una familia, porque la vida me ha enseñado que los amigos son la familia que nosotros escogemos. Digamos que esto es un tipo despedida entre ellos y yo, lo sé, decir adiós a algo que amamos es muy difícil y los chicos son parte de mi vida, de mi mente y corazón.

Gracias por acompañarme durante tanto tiempo chicos y los voy a extrañar; claro que los voy extrañar cuando no pueda escucharlos y saber qué tan felices son. Gracias por darme los mejores ratos de mi vida, son seis años juntos, escribirle este adiós me da mucho dolor. Lo amaré por siempre.

Ahora sí mis chicas, creo que es momento de ser sensiblera y les dejo disfrutar una vez más de mis dioses griegos.

Con todo mi amor para ustedes,
Lorena Fuentes.

Prólogo

Tuve el inmenso privilegio de ser la primera persona en leer Soy tuya, primer libro de la serie Nos pertenecemos, tan solo me bastaron pocas páginas para que Emma y Caleb me cautivaran, lo que me llevó a darme cuenta del talento que Lorena Fuentes posee; desde entonces, la alenté a seguir para que se animara a compartir sus hermosas historias con todos.

Lorena tiene la habilidad para llevarte por un mar embravecido de emociones; en las páginas de sus libros consigues, drama, amor, suspenso, intriga, erotismo, pasión; sin duda, un gran abanico de opciones que te dejan queriendo más.

Especialmente, la serie Nos pertenecemos, es como un calidoscopio que nos muestra el amor en todas sus facetas, nos regala personajes puros, sensibles, tan humanos que los sentimos reales. Nos habla de ese amor que te saca sonrisas y hace que olvides tus problemas, por un momento, en las horas en que puedes sentirte mal. Amores genuinos que no sienten dudas, amores que solo se viven con certeza y comodidad, amor verdadero que no se rinde. Amor filial, en el que la complicidad y el apoyo siempre están presentes.

La serie Nos pertenecemos, nos cuenta en cada una de sus historias que cuando dos almas se enamoran no entienden de calendario ni relojes, tampoco sabe lo que significa la noción del tiempo o la distancia, solo muestra lo bien que se siente estar con la persona correcta.

Sumérgete en esta serie y descubre que hay amores que no son perfectos, pero son reales, amores que te inyectaran miel en el alma.

Lily Perozo.

Autora best seller.

Amor infinito

Emma Mraz

4 Años después...

Me despierto por el movimiento del hombre con el que llevo compartiendo mis noches y días por cinco años. Caleb me abraza desde atrás presionando su cuerpo contra el mío. Sonrío, ya que siento su erección contra mi trasero mientras acerca su rostro a la curvatura de mi cuello para dejarme un casto beso. Mi piel se eriza y estremece por el contacto de sus labios. Cuando vuelve a besarme, logra su cometido pues suelto un gemidito, percibo cómo sus labios esbozan una sonrisa contra mi espalda y el contacto de una caricia sutil hace que pierda la cabeza. Lleva su mano a mi seno para aprisionarlo, sin embargo, lo suelta y yo me siento defraudada, sé lo que hace y por qué lo hace.

Provocarme.

Dios, lo deseo como el primer el día, susurro en mi mente.

Arranca la sábana que cubre nuestros cuerpos y yo jadeo sorprendida, siempre logra hacerlo. Bueno, pero seré sincera, estoy excitada. Gira mi cuerpo para posicionarse encima de mí con esa sonrisa de portada que me quema las bragas.

La braga que no tienes, susurra una voz maliciosa en mi mente.

—Buenos días —me saluda y me da un beso casto en los labios, para luego agregar—: ¡Feliz aniversario, Nena!

—¡Feliz aniversario, Amor mío!

Llevo mis brazos a su cuello entrelazando los dedos de mis manos para atraerlo hacia a mi boca, rozo mis labios con los de él en busca de contacto, pero él me besa abriéndose paso dentro con su lengua. Saco la mía para corresponderle con la misma pasión, escucho con satisfacción cuando se le escapa un sonido ronco de su garganta, percibo como se me humedece poco a poco más mi sexo.

Acaricia cada rincón de mi cuerpo haciendo que cada célula se encienda con su tacto. El roce de su sexo contra el mío me enloquece como si fuera la primera vez y abro un poco las piernas para dejarlo entrar.

Rompe el beso al mismo tiempo que protesto bajo su cuerpo. Me regala una carcajada que es el segundo sonido que más amo escuchar en este mundo. Nuestras miradas se encuentran y me pierdo en esos ojos de color castaño como en nuestro primer encuentro, pero en este momento se ha oscurecido por el deseo. Él me observa con la misma pasión durante estos cinco años que compartimos juntos.

En un movimiento casi imperceptible se aleja, para luego penetrarme con fuerza provocando que muerda mi labio, para ahogar un gemido.

—Ahora sí. ¡Feliz aniversario, amor mío! —murmura con voz ronca.

No puedo contestarle puesto que estoy perdida en el placer de sentir su miembro dentro de mi

sexo. Nada ha cambiado, lo deseo como la primera vez que estuvimos juntos.

Lleva sus manos a mis senos para acariciarlos de manera rítmica. Presiona uno de mis pezones y luego juega con él de manera sensual. Baja su rostro hasta ellos y alcanza uno con sus labios. Primero lo chupa, rápidamente muerde y sopla, provocando que se me erice toda la piel nuevamente y que este quede como un pico.

Seguro sospecha que estoy embarazada, sopeso al ver como se entretiene con mis senos.

Caleb se burla de mí por mis reacciones. Repite lo mismo varias veces hasta que cree que estoy lo suficientemente sensible. Muerde uno de ellos y yo arqueó mi espalda ebria del placer.

—¡Dios, sí! —exclamo con voz ronca.

—¡Sé que soy tu dios! —apostilla divertido.

El muy canalla aumenta la velocidad de sus penetraciones, volviéndome loca por el éxtasis de sentir su piel, sus caricias y sus besos, haciendo que esta dulce tortura sea, lo que deseo vivir a su lado por el resto de mi vida.

—Emma, estoy a punto —me avisa y abro mis ojos, su rostro se contrae—. ¡Córrete conmigo! —exige escondiendo su rostro en la curvatura de mi cuello.

Cierro los ojos cuando percibo en mi cuello lo caliente de su respiración acelerada. Entrelazo mis piernas en sus caderas para obtener mayor profundidad. Ese cosquilleo que me acelera el corazón me avisa que estoy cerca, al mismo tiempo que el orgasmo crece con cada roce de su miembro.

—¡Dios mío, Caleb!

Clavo mis uñas en su espalda cuando estoy cerca. Involuntariamente, comienzo a apretar cada vez más su miembro con mi vagina. Los jadeos son cada vez mayores, hasta que por fin juntos explotamos en un orgasmo demoledor. Mi demonio se derrama dentro de mí luego de tres penetraciones más, cae sobre mi pecho y deja un beso casto en mi cuello. Nuestras respiraciones siguen aceleradas, como si hubiéramos corrido el Maratón de Nueva York. Sale de mí para acostarse a mi lado, me atrae hacia su cuerpo con sus brazos, me abraza y deja un beso en mi coronilla.

—Te amo —susurro mientras acaricio su abdomen tan bien definido.

—Y yo te amo a ti —responde, dándome un beso casto en los labios.

Las caricias de mi esposo son un somnífero para mí, me entretengo mientras observo el recorrido de mis manos en sus abdominales y llevo con mi dedo hacia su uve. Amo sentir cómo se estremece ante mi toque, ya que sé que no es inmune a mí como yo tampoco a él. Poco a poco mis ojos se cierran, pero pienso —como todas las mañanas— que soy afortunada por tener un hombre como él a mi lado.

Despierto de nuevo luego de una pequeña siesta reparadora, desde que estoy embarazada solo deseo dormir. Busco a Caleb con mi mano, pero encuentro su lado vacío, alcanzo mi móvil y me sorprende al darme cuenta de que son casi las ocho de la mañana. Me levanto para ir al baño y tomar una ducha rápida. Al terminar, me visto con ropa deportiva y dejo que mi cabello se seque al natural, ya quedaron atrás aquellas mañanas que me esmeraba por mi atuendo, ahora me preocupo solo por estar conforme conmigo misma. Salgo en busca de los dos hombres que más amo.

A los dos meses de nacer Matthew, tomamos la decisión de mudarnos a Nueva York, fue un cambio abrupto y me costó mucho adaptarme a todo lo que se avecinaba. Caleb y Miles habían decidido abrir su propia empresa y en el proyecto incluyeron a Adam. La verdad es que ellos deseaban hacerlo a lo grande y por eso escogieron la Gran Manzana para esa nueva aventura. Así que dejamos nuestra hermosa casa frente a la playa y nos mudamos a un hermoso ático en el barrio exclusivo Beekman Place, ubicado en Midtown East. Todo un reto para mí que amaba amanecer con el sonido de las olas del mar y ahora escucho solo los cláxones de los autos.

Escucho las risas de nuestro hijo de tres años y el ruido de utensilios cuando me acerco a la cocina. Mi demonio ahora es capaz de hacer las tortitas más deliciosas de toda la Costa Este y eso me llena de orgullo.

Entro a la cocina y me quedo enamorada un poco más. ¿Acaso es posible amar un poco más? Caleb y Matt están cubiertos de harina de la cabeza a los pies. Nuestro hijo está sentado encima del mesón de la cocina con la espátula para dar vuelta las tortitas, mi esposo está de espaldas a la puerta mientras su hijo lo golpea sutilmente con el utensilio. La risa de los dos hace que se hinche mi corazón de felicidad y nada en el mundo puede ser más perfecto.

Matthew se percata de mi presencia, sonrío y luego me señala.

—Despertamos a mami —le reclama a su padre a modo de reprimenda.

Caleb se gira con una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! —los saludo y me acerco hasta donde están. Le doy un beso a Matty en la coronilla—. No me han despertado, príncipe —le aseguro con voz dulce.

—¿Para mí no hay beso? —me pregunta Caleb y me atrae hacia él.

Me da un beso, pero nuestro hijo se abre paso entre nosotros.

—¡Mami es mía! —le espeta a su padre mientras me señala.

Caleb pone los ojos en blanco, porque nuestro hijo es calado a él: posesivo y amoroso. Pues nada, un mini demonio.

—Mami también es mía, Matthew —le recuerda Caleb revolviendo su cabello castaño.

Nuestro hijo será un roba corazones como su padre, heredó todas sus facciones exceptuando de que posee el mismo color de ojos que yo. Un morenazo con ojos grises, ya me visualizo celándolo.

—Tengo hambre —musita mi bebé ignorando el comentario de su padre.

Yo suelto una carcajada divertida mientras Caleb lo observa con sus ojos cargados de amor. Ayudo a mis amores a terminar el desayuno. Comemos tranquilos y luego limpio el desastre que han dejado en mis mesones, amo verlos cocinar, pero odio recoger el desastre.

Esta noche, tenemos una cena para celebrar nuestro aniversario y hemos invitado a todos nuestros amigos. Roccío se mudó a los Estados Unidos dos años después que yo, vive en Hoboken en Nueva Jersey, la misma ciudad que vive el *Cake Boss*. Se casó hace poco más de un año con Carlos un compatriota y tiene dos hermosas gemelas de seis meses, mi esposo y yo somos los padrinos de bautismo.

Miles, mi adorado amigo, bueno, lo cierto es que él no la tuvo tan fácil con mi hermosa Irene. Lo hizo sufrir un poco y los dos pronto cumplen el mismo tiempo de casados que Caleb y yo. Tuvieron una linda princesa llamada Lucía, que es una ladina que se gana cualquier corazón y es la eterna compañera de mi bebé. Ellos son mis hermanos por elección.

Said y Bruno tienen cinco años juntos, pero su familia es algo más grande que la de todos nosotros. ¡Tiene trillizos! ¿Pueden creerlo? Dos hermosas niñas y un varón de nueve meses producto de un milagro de la fertilización *in vitro*.

Él único que se niega a casarse es: Adam. Vive su vida entre Los Ángeles y Nueva York, llevando las cuentas de la empresa y haciendo de Don Juan Tenorio. Espero que algún día encuentre a alguien que le dé la felicidad que se merece. A pesar de que los dos tenemos la misma edad, muchas veces creo que es un inmaduro.

Nuestra pandilla ha crecido con el pasar de los años, ya que han sumado nuevos integrantes como Nacary y Leo. Siempre que están en la ciudad es la excusa perfecta para vernos, aunque él tiene meses viviendo aquí, parece mentira que ahora tengo una familia grande a la cual amo con toda mi alma.

Irene se convirtió en mi amiga, hermana, y también en socia de negocios, ninguna de las dos ejercemos nuestras profesiones, por eso fue que decidimos abrir una juguetería juntas. Falta nada para inaugurarla y estamos realmente emocionadas por trabajar en ella.

Por supuesto, todo en mi vida no es perfecto, porque tuve a aprender a llevar el carácter de Caleb y saber cómo calmarlo en los momentos de furia. Ser madre es un aprendizaje casi a diario, solo que a veces creo no ser una buena y muchas creerán lo mismo que yo.

Hoy anunciaré algo que vengo guardando desde hace semanas, mi infinito sigue siendo así, infinito, y poseyendo todo el amor de un demonio en cuerpo de dios griego. Esta noche, mi dios griego tendrá el mejor regalo de aniversario.

Cuando el amor te sana

Irene Chapman

Abro los ojos al percibir un movimiento brusco en la cama y el grito de la niña más hermosa del mundo.

—¡Mami querida!

Me incorporo adormitada en la cama y me estrujo un poco los ojos. Lucía da otro salto, se sube en mis piernas y yo sonrío cuando observo su rostro alegre, ella es la razón de que mis días actualmente sean ajetreados, al igual que felices. Busco con la mirada a Miles y no lo encuentro, imagino que debe estar en algún lugar de la casa. Estiro mis brazos y Lu se lanza a ellos, la abrazo muy fuerte contra mi cuerpo.

—Buenos días, preciosa —la saludo dándole besos por todo su rostro.

La puerta de la habitación se abre y Miles entra vestido con un pantalón de pijama a cuadros de colores verdes y azules, una camiseta de color negro, perfecto como siempre, todo un dios griego. En sus manos sostiene una bandeja con el desayuno. Ahogo un suspiro, porque para mí sigue siendo el hombre más guapo del mundo y me sigue quitando el aliento como cuando éramos tan solo unos adolescentes.

—Buenos días, mis pequeñas saltamontes —nos saluda con su sonrisa y se sienta en la cama.

Miles tiene el mismo efecto en su hija, ella suspira bajito y le expresa:

—¡Papi, papi, el desayuno, *yumi!* —Y pasa su mano por la pancita.

—Así es este es el desayuno y debes comerte toda la comida esta vez, princesita. —Miles le guiña el ojo mientras coloca la bandeja en la cama, se acerca y me da un beso casto en los labios.

Yo me sonrojo, aunque es una muestra de cariño, sigo sintiendo ese amor juvenil por él. Lo amo igual o quizás más que a los dieciséis años.

—Buenos días —lo saludo.

—Buenos días —me contesta con una sonrisa—. Para hoy, princesas, tenemos *baggels*, jugo de manzana para Lu y para nosotros café.

—¡*Yumi!* Como dice Lu —le contesto con una sonrisa.

—Sí papi, *yumi* —Me imita nuestra hija.

Lucía y yo asaltamos los *baggeles* untándole nocilla mientras que Miles le unta mermelada de fresas sin azúcar, como siempre, cuidando su cuerpo perfecto.

Hoy será un día un poco largo ya que esta noche celebraremos el cuarto aniversario de Emma y Caleb. Poco a poco ha llegado la felicidad a mi vida, he formado una maravillosa familia y tengo los mejores amigos que puedo tener. Leo viaja frecuentemente de Barcelona a Nueva York para estar con su novio y con nosotros. Nacary viaja en vacaciones de verano o yo voy a visitarla a Tenerife, dónde se estableció después de casarse. Mi hermano Diego está convertido en un hermoso adolescente con un intelecto superdotado para su edad, todo parece perfecto y sacado de un cuento de hadas.

Puedo asegurar que todos hemos conseguido lo que tanto buscábamos, además de que aprendimos que la familia no solo se hace por sangre, sino que también puede formarla los

amigos. Dos golpes en la puerta y esta se abre, Leo se asoma con una sonrisa de oreja a oreja. Me encanta tenerlo en casa, aunque sea por poquito tiempo.

—¡Vaya! —Silba—. Al tío Leo lo dejamos por fuera del desayuno familiar.

—¡Titoooooo! —Lucía salta de la cama y corre hasta él, que se agacha con los brazos abiertos para abrazarla.

—Mi princesa, tú eres la única que me quiere en esta casa.

Yo suelto un resoplido y Miles una carcajada. Nosotros ya nos estamos acostumbrando a su manera de ser.

—*Oh, drama queen!* —exclama Miles en inglés.

Leo lo fulmina con la mirada y lo ignora cargando a Lucía. Sale de la habitación ignorando a mi esposo.

—¡Miles, por favor! Sabes que Leo se pone sensible —lo regaño entre dientes.

Él pone los ojos en blanco ignorando mi comentario, toma un sorbo de café y sonríe socarronamente.

—Me encanta molestarlo. —Me da un beso en la mejilla y palmea una de mis piernas—. Vamos a darnos una ducha.

Niego con mi cabeza mientras el muy cabrón me guiña el ojo. Se levanta de la cama y camina hasta la puerta de la habitación al mismo tiempo que se despoja de su ropa. Hiperventilo cuando observo que pasa el pestillo y se dirige en dirección al baño. Respiro hondo y trago el nudo que se me ha formado en la garganta a causa del deseo.

¡La madre que lo parió!

¡Lo deseo!

Busco mi móvil y escribo rápido para enviarle un mensaje a Leo, le ruego que entretenga a la niña mientras nos damos una ducha. No espero la respuesta, me despojo de mi picardía de seda y las bragas. Escucho el agua caer y diviso por las mamparas el vaho que se ha formado alrededor del hombre más sexi del mundo.

El paso de los años solo ha puesto más guapo a Miles. Su cuerpo sigue bien definido, su abdomen cincelado y esa uve perfecta que se forma en sus caderas. ¡Un maldito dios griego! No puedo evitar morder mi labio cuando abro las puertas de la ducha para entrar. Me abrazo a su espalda y acaricio su pecho mientras el agua acaricia nuestros cuerpos.

Miles se gira y toma mi cintura con sus manos, me pega de su dorso para acercar su rostro al mío. Me da besos delicados hasta llegar a mis labios y con su lengua los dibuja de manera perfecta, entreabro mi boca dejándolo entrar. Mi capullo arrogante me besa jugando con su lengua, mordiendo mis labios, sus manos suben en acaricias por toda mi columna vertebral.

Me abrazo a su cuello maravillada por sentir la intensidad de sus sentimientos. Protesto cuando rompe el contacto, pero esta vez deja un reguero de besos por mi cuello hasta mi clavícula. Se detiene en mis pechos y les presta la atención necesaria. Aprisiona uno de mis pezones con sus labios y baja su mano a mi Monte Venus. Sus dedos se abren paso entre mis pliegues y me penetra uno a uno, hasta que cuento tres, jadeo deleitándome con su toque.

Sin embargo, no son sus dedos los que deseo dentro. Por eso bajo mis manos hasta su sexo y la nuevo acariciarlo, percibo como se va endureciendo cada vez más.

—Te quiero dentro de mí —gimo cuando su pulgar se posa en mi clítoris.

Los ojos de Miles se oscurecen, saca su mano de mi vagina y me gira contra la mampara de la ducha. Me indica que doble un poco el cuerpo y obedezco. Él me penetra desde atrás, los dos gemimos, pero se queda quieto por unos segundos; Tengo que confesarles que cuando lo hace, se

convierten eternos para mí.

Inicia con movimientos certeros al penetrarme y me toma de las caderas, el vapor del agua caliente nos arropa. Si alguien entra, sería como una fotografía donde dos amantes follan. Solo se escucha el agua caer, el golpeteo de su cuerpo contra el mío y los jadeos.

—Estar dentro de ti es la jodida gloria —me susurra mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Sus palabras hacen que se me escape un jadeo, Miles se sostiene de mis hombros y de esa forma siento que su sexo me partirá en dos. Bajo mi mano hasta mi centro y lo acaricio, el roce de mis dedos y sus penetraciones me causan un cosquilleo que burbujea entre mis piernas.

—Vamos nena, disfrútalo —me pide con voz ronca y yo gimo—. Siente como entra y sale, como te voy llenando. Eres mía, tu cuerpo es mío y tu alma también lo es. —Una de sus manos vuela a mi seno y lo aprieta—. Me encanta cuando te tocas mientras te follo, porque estoy para darte placer y sé que quieres alcanzarlo más rápido. Tu coño es mío, ¿cierto?

—¡Miles! —grito su nombre.

—¡Dámelo!

Me corro gritando su nombre mientras de que él me sigue unos segundos más tarde gimiendo el mío. Siento mis piernas laxas y no puedo sostenerme en pie. Él se da cuenta y me toma por la cintura, nos sienta en el piso de la ducha. El agua caliente es como un relajante y el estado postorgásmico nos pone como en una nube. Razón tenía Leo al decir: que el amor era una droga.

Deja un dulce beso en mi cuello y me susurra:

—Te amo.

—Y yo te amo a ti. —Le beso su anillo de matrimonio.

Miles y yo salimos con una sonrisa dibujada en los labios, tomo su mano para buscar a Leo y Lucía. Caminamos abrazados hasta la terraza del ático, lo que encontramos es digno de una foto: mi hija ha obligado a Leo y Adam a sentarse en su mesita de té y para poner un poco más incómoda la situación, les ha colocado unas diademas. Leo está acostumbrado a los juegos de su ahijada y sonrío feliz de pasar un tiempo con ella. Sin embargo, Adam es otro cantar: su cara de circunstancia hace que Miles le tome una foto. Al escuchar el clic de la cámara y suelta una carcajada, no puedo evitarlo. ¿Se imaginan ver dos hombres de un metro noventa de estatura sentados con collares brillantes y diademas de princesas?

—¡Joder! —exclama Adam y se levanta de la sillita—. Borra eso o te mato.

—¡Mami, mami! —grita Lucía—. El tito Adam dijo una mala palabra.

Lo fulmino con la mirada, ya que estamos evitando decir tacos delante de la niña. A veces tengo que morderme la lengua para no insultar a mi esposo, quiero evitar que ella con cuatro años diga groserías. ¡Me basta con el *spanglish*!

El pobre Adam se cabrea mientras Miles y Leo se burlan de él.

—Primo es tan solo es una broma —apostilla Miles palmeando su espalda—. Además, sabes que Irene está evitando decir tacos delante de Lu.

Adam niega y se acerca a la niña, la alza en sus brazos y deja un beso casto en su mejilla. Lucía sonrío y le aprieta la nariz.

—Disculpe usted, mi majestad. Su tito está un poquito molesto y expresó esa mala palabra delante de usted —se disculpa.

La niña sonrío y le da un beso, rendida ante tales palabras.

¡Efecto Chapman!

—No estés bravito tito, yo te amo —contesta Lucía abrazándolo y le da un beso.

Creo que todos observamos la escena con una sonrisa. Estoy casi segura que mi pequeña

princesa será una rompe corazones, tiene el mismo efecto que su padre. No puedo evitar decirlo, pero ella es la niña más hermosa del mundo.

Luego de distender el ambiente, conversamos y compartimos el almuerzo juntos. Todos nos ponemos de acuerdo para llegar a la cena en casa de Emma y Caleb. Muero por ver el rostro de nuestro amigo cuando llegue el momento de la sorpresa.

¡Feliz Aniversario Emma y Caleb!

Caleb Mraz

Cinco años atrás solo pensaba en negocios y follarme cualquier mujer ocasional, pero a mi vida llegó una despampanante rubia de ojos de color gris, que entró como un torbellino y todo cambió para siempre. Me enamoré de su belleza, inteligencia y finalmente de su alma.

Ella era perfecta para mí y ahora es mía.

Estoy seguro de que transito el camino de la felicidad y lo hago de la mano de la mujer que amo. Emma fue una bocanada de aire fresco, pues vivía una vida que me estaba ahogando. Siempre he pensado que el destino mueve sus hilos de maneras extrañas, ya que ella viajó miles de kilómetros para encontrarme. Nunca me arrepentiré de haber firmado aquel traslado, mi hogar se lo debo a Miles.

Termino de anudar la pajarita de mi traje y me doy un repaso en el espejo para distinguir si no está torcida. Escucho los pasos livianos de mi otro gran amor y sonrío al observar que viene luchando con la suya, a pesar de que le insistí que iba a ayudarlo.

—Vamos campeón, yo te ayudo —le aseguro, alzándolo y sentándolo en el sillón del baño, le pregunto—: ¿Y mami?

Él me hace un mohín de lo más divertido y me responde:

—Mami me dijo que tú me harías el lazo. —Sigue su lucha por hacerlo y agrega alargando sus palabras—: Pero ya yo soy un niño grande.

Se me escapa una carcajada, porque mi hijo no para de sorprenderme. Lo pongo de pie girándolo hacia el espejo y me posiciono detrás de él. Con ayuda de sus pequeñas manos y las mías como guías, lo ayudo a hacerse el lazo.

—Claro que eres un niño grande, campeón —reconozco al terminar mi tarea. Se me escapa una sonrisa, es todo un hombrecito y le recuerdo—: Te quiero, hijo.

Le doy un beso y lo bajo, Matt sale corriendo contestándome al mismo tiempo:

—Yo también te quiero, papi.

Me rocío con el perfume y salgo en busca de mi esposa e hijo, los encuentro en nuestra habitación. Emma lo tiene en sus brazos susurrándole algo al oído y él le sonrío. Se me hincha el corazón de amor y orgullo por mi familia. Mi esposa simplemente está bellísima con un vestido largo de color negro que se ciñe a su hermosa figura y su escote revela justamente lo necesario.

—A ver, ¿qué secretos guardan ustedes? —indago mientras me acerco a ellos.

Emma sonrío y le da un beso a nuestro hijo.

—Nada —alega Emma y me guiña el ojo—. Es una sorpresa.

—¡Sí, sí papi, una sorpresa! —exclama con mucha emoción Matt.

—Pues, voy a esperarla emocionado. —Tomo a Emma de la cintura y le doy un beso casto—. ¿Lista?

—¡Lista! —me asegura con una sonrisa.

Baja a nuestro hijo y toma su manita al mismo tiempo de que tomo la otra, juntos salimos al salón en dónde encontramos a mis padres y mi hermana Clare. Mi hermana Diane está en el último

trimestre de su segundo embarazo y tuvo que quedarse en Nueva Hampshire. Mi hermana menor nos observa y observo cómo en su rostro se dibuja una sonrisa.

—¡Son la familia perfecta! ¡Dan hasta envidia! —expresa Clare.

Todos sueltan una carcajada y yo niego, porque mi hermana nunca cambiará su manera de ser. Nos acercamos a saludar, Matthew se suelta y corre a los brazos de su abuelo, que lo alza y lo sienta sobre sus piernas.

—Abuelito, te amo —le expresa dándole un beso.

—Y yo te amo a ti, mi pequeño —le contesta mi padre.

—¿Y a mí? —le pregunta mi madre—. ¿No me quieres, mi príncipe?

—Sí, pero a abuelito lo quiero más—le indica abrazando a mi padre.

Todos estallamos en risas y mi madre nos observa ofendida, celos entre abuelos y todo se pone peor cuando llegan los padres de Emma. Conversamos con Clare mientras llegan los invitados, esta noche pienso llenar de sorpresas a mi esposa. El timbre suena y la señora Caitlyn, nuestra ama de llaves, la abre. Los primeros en llegar son Miles e Irene junto a Lucía, los acompaña Leonardo, el mejor amigo de la esposa de mi socio y ahora parte de nuestro grupo.

—¡Buenas noches, familia! —saluda mi mejor amigo. Me acerco y nos fundimos en un abrazo—. Felicidades, amigo.

—¡Bienvenidos! —Emma los recibe y abraza a Irene, para hacer lo mismo con Leo. Todos observamos a Lucía correr hasta en donde están sentados mi padre y Matt. Ella se sube a las piernas de su otro abuelo. La cría lleva un hermoso vestido rojo con unas medias panty negras, le da un beso a mi hijo y que éste corresponde sonriendo. “*Love is in the air*”, pienso—. ¡Qué bueno que llegaron!

—No podíamos faltar —me asegura Irene—. Feliz aniversario a los dos, les deseo muchos años más juntos.

—Gracias —respondemos al unisonó Emma y yo.

—¡Gracias por invitarme! —nos agradece Leo la invitación con una sonrisa.

—No tienes que darlas, sabes que eres parte de la familia —le ratifica Emma mientras los invita a pasar.

Nuestra casa poco a poco se llena con nuestros amigos. Emma diría algo así como: “*Nuestra pequeña pandilla está reunida*”. Todos pasamos al comedor para sentarnos a disfrutar del menú que nos preparó el *catering* que contratamos. Abordamos diferentes temas de conversación para amenizar la velada. La niñera se lleva a los niños a otra habitación, para que puedan cenar una carta especial para ellos.

Me detengo a observar por un segundo a todos los presentes, creo que les puedo asegurar que cada uno de nosotros nos hemos realizado como personas. Adam todavía le falta enrumbar su vida personal, pero creo que ya llegará quién lo enamore perdidamente. Todos por él ser el menor del grupo, lo dejamos disfrutar de su soltería.

Antes de regresar del salón, carraspeo para llamar la atención de los presentes. Me levanto y tomo la mano de mi dulce esposa.

—Primero que nada, quiero decirles que estoy muy feliz que casi todos estemos reunidos esta noche. —Observo como los ojos de Emma se entristecen del momento—. Los padres de Emma se encuentran de viaje celebrando de su aniversario número cuarenta de casados y no lograron llegar esta noche. —Respiro hondo—. Hoy, hace cinco años llegó a mi vida Emma y todo cambió de dimensión, cuando tomamos la decisión de casarnos hace cuatro años este mismo día, fue algo especial. Ella decidió unir su vida para siempre conmigo y formar una familia, me dio lo que tanto

quise.

—¡La obligaste! —apostilla divertido Miles y todos reímos.

—Puedo asegurarles que no ha sido fácil para ella tener que soportarme, recuerdo que cierta personita le dijo que era un demonio. —Todos vuelven a reírse y Said se sonroja—. Todo en mi vida cambió, formé una familia y gané hermanos. Miles, tú siempre fuiste un hermano para mí y me regalaste una nueva hermana. Said y Roccío son las hermanas algo locas de la familia y...

—¡Óyeme! —exclama Roccio haciéndose la ofendida.

—Y Adam pues, eres el hermano menor de todos y espero que algún día madures.

—¡Idiota! —expresa Adam.

Se escuchan las risas de todo mientras le guiño el ojo a mi amigo y socio. Centro la mirada en mi hermosa mujer que sonrío. Soy el hombre más afortunado del mundo.

—Emma, siempre estás en mi mente. Tú y nuestro hijo son la razón por la que despierto cada mañana y lucho por hacerlos felices. Cierro los ojos y puedo darte miles de razones por las cuales deseo compartir contigo el resto de mis días —le confieso y cada palabra está cargada de emoción. Observo como sus ojos se ponen vidriosos a causa de algunas lágrimas. Me acerco y las borro con mis pulgares—. Tú sonrisa es mi mundo, tu alma mi hogar y tu amor mi mayor regalo, solo tienes que hacer lo que tú haces para hacerme feliz. Espero que nunca más tengas deseos llorar o sufrir de nuevo, pero lo mejor de todo para mí: es que eres mía.

—¡Troglodita! —tose Adam—. Emma, la amansa bestia.

—¡Idiota! —le contesto mientras todos ríen.

—Te amo —susurra ella.

—Como siempre te he entregado los regalos antes de que todos llegaran —le recuerdo. Hoy le regalé un brazalete con símbolos de infinitos de eslabones con incrustaciones de diamantes, un hermoso *Rolux*, pero ella no se imagina la sorpresa que me traigo entre manos—. Solo que tengo otra sorpresa para ti.

—Caleb, ¿otro regalo? —me pregunta sorprendida.

Asiento en señal de confirmación y el timbre suena como estaba esperando.

—Nena, es para ti —le informo.

Emma se para corriendo hasta la puerta principal, todos la seguimos y solo se escucha:

—¡Papi, Mami! —Emma salta hacia los brazos de Ana y Williams—. Vinieron... —musita emocionada—. ¡Me dijeron que no lo harían! —solloza conmovida por la sorpresa.

Los padres de Emma la abrazan y besan, tenían alrededor de seis meses sin verse, por lo cual mi amada esposa se deprimió cuando ellos le informaron que no vendrían a nuestra cena de aniversario.

—No podíamos perdernos esto hija —le expresa Williams emocionado por verla. Se acerca a mí y me da un abrazo—. Gracias, hijo.

—Es mi placer —le respondo.

Todos estamos en el salón disfrutando de una velada exquisita. Sin embargo, para mí es un éxtasis observar el rostro de felicidad de mi esposa por la llegada de sus padres. No sé, pero es algo que no puedo expresar con palabras o quizás sí, podría ser:

Mi misión de vida es hacerla feliz.

Miles está fastidiando de nuevo a Adam. Los tres nos apartamos para fumarnos unos habanos.

—Bueno primito, eres el único que falta por casarse —apostilla Miles palmeando la espalda de Adam.

—¡Vete al diablo, idiota! —responde Adam con una sonrisa—. Para que contraiga matrimonio,

tengo que tener lo que ustedes tienen y ya lo perdí.

Su voz se quiebra mientras Miles y yo compartimos una mirada, sabemos que conoció a alguien y al parecer se desvaneció en el tiempo, pero hace mucho que no habla del tema.

—¡Venga, hombre! —lo animo—. Ya llegará otra mujer, porque quizás ella no era la indicada para ti —le aseguro y espero que esas palabras sirvan para calmarlo.

Él niega y aprieta su vaso de whisky, creo que no sabemos ni la cuarta parte de esa historia.

—El nombre que me dio es falso, no existe ninguna Alana Blunt en los Estados Unidos. —Suspira—. Viví los momentos más importantes de mi vida con alguien que jugó conmigo —sisea lleno de rabia.

—Adam, ya no puedes hacer nada. Imagino que moviste cielo y tierra con la ayuda de Carter —le expreso con voz preocupada y él asiente en señal de respuesta—. No te cierres, mira lo que sucedió con Irene y tu primo, también conmigo y Emma.

—Vamos primo, no te desanimes, porque el amor llega cuando menos esperas. —Miles lo abraza mientras le da palabras de aliento.

Emma toca su copa y todos centramos la atención en la hermosa mujer que desea decir unas palabras. Me acerco hasta ella y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche, también gracias a mis padres por regalarme junto a Caleb la mejor de las sorpresas. —Se alza un poco y me regala un pico en los labios—. También te tengo una sorpresa junto a Matt y Lucía. —Observo que Irene y ella comparten un guiño, nuestra amiga sale del salón—. Amar a alguien es maravilloso, pero es más asombroso que esa persona corresponda con amor a tus sentimientos. —Toma mi mano y me mira a los ojos. Trago el nudo de la garganta que se me ha formado—. Compartir la vida juntos como tu compañera o amante es lo mejor que me ha pasado. Sin embargo, soy tu amiga y la persona a la que recurres siempre. —Suspira—. Te amo porque cuando estoy contigo, el amor es divertido y haces que mi sangre hierva de pasión con cada palabra. —Observo a Irene entrar al salón con Matt y Lu—. Caleb, los niños llevan cada uno parte de mi sorpresa.

Se agacha y los llama, ellos salen corriendo hasta dónde estamos. Ella les susurra algo en sus oídos, Lucía asiente y se acerca a mí con una cajita en las manos.

—Tito, mi tita Ema te manda esto. —Ella me la entrega y me inclino para tomarla. Me da un beso antes de decirme con una sonrisa—: Espero que te guste la sorpresa.

Sale corriendo hasta donde está su papá que la alza en brazos. Voy a abrir la cajita y Emma me detiene, para recordarme:

—Falta la otra pista que la trae Matty.

Matthew me da una bolsa de regalo y yo abrazo a mi hijo. Le pregunto en secreto:

—¿Me dirás qué es? —Mi hijo niega y me saca la lengua en señal de respuesta.

Le aprieto la nariz y todos ríen por nuestra interacción de padre e hijo. Abro la cajita y encuentro unos escafpines de color amarillo. Mi corazón comienza a latir a cien por hora por la emoción mientras me siento en el piso como un niño abriendo un regalo de navidad y abro la bolsa. Dentro hay un portarretrato con un ultrasonido fetal. Alzo mi mirada hacia mi esposa que me sonrío y asiente, confirmando una de las mejores noticias que me han dado en mucho tiempo.

Tomo a Emma de la mano y la halo, ella cae sobre mi regazo, tomo su rostro entre mis manos y le doy un beso apasionado por esta nueva bendición que trae a nuestras vidas. Escucho los aplausos de nuestros amigos, pero solo me importa ella.

Este es por seguro es el tercer regalo más extraordinario que me ha dado la vida. El primero fue encontrarla, el segundo Matt y ahora este nuevo bebé. Otro hijo o una pequeña, lo que sea

mientras llegue sano. La felicidad sí existe y lleva nombre de mujer:
Emma Sofía Mraz.

El Resto de Nuestra Vida

Miles Chapman

Estamos de regreso a nuestro hogar, luego de disfrutar una cena llena de emociones. La noticia de que Emma y Caleb tendrán otro hijo me ha dado un poco de envidia. Al abrir la puerta, Luna salta a recibirnos como siempre, ella es una hermosa *Golden Retriever* de cuatros años. Nuestra primera hija, como la llama cariñosamente mi mujer.

Anhelo tener otro hijo desde hace más de un año, claro que entiendo que Irene se niegue, porque desde luego toda la locura que hemos vivido estableciéndonos en la ciudad y ella adaptándose una vez más. Sin embargo, recuerdo que le pedí un equipo de fútbol y pienso esta noche seguir el ejemplo de mis amigos y concebir nuestro segundo hijo.

Eso espero.

Mi esposa se sienta en el sofá junto a Leo y se descalza de sus tacones, muerdo mi labio porque deseo masajear sus pies.

—Voy a llevar a Lu a su cama —les informo.

Tengo a nuestra hija en brazos, se rindió de cansancio luego de jugar con Matt.

—Te ayudo, amor —me propone y yo niego.

—Deja que lo hago yo. —Le guiño el ojo—. Leo, espero que me ayudes con lo que te pedí. — Me dirijo a mi aliado y estoy seguro que como siempre no me defraudará.

Cuando salíamos de la casa de nuestros amigos, lo aparté y le pedí que vigilara a Lucía. Le comenté mis planes y él emocionado por tener otro sobrino accedió a ayudarme.

—Sí, mi amado capullo —me responde el gilipolla.

Niego porque este hombre no cambiará nunca y escucho como él se carcajea junto a Irene mientras camino por el pasillo. Entro a la habitación de Lucía y la acuesto en su cama cuna, busco en sus cajones un pijama y le quito su ropa con sumo cuidado de no despertarla. Al quitarle el lazo, me doy cuenta de que su cabello ha tomado las tonalidades del color dorado casi iguales a la de su madre. Al terminar, mi bebé se remueve un poco y me quedo observándola embelesado de amor. Lu es mi ángel y la que le devolvió la vida a su madre, la persona que me hace ser un mejor hombre del que era antes de tenerla. Por eso, cuando observo los ojos felices de mi esposa e hija, para mí es como observar el mismo cielo. Nunca me daré por vencido por ellas, porque son todo lo que había buscado y he encontrado.

Prendo su lámpara para ahuyentar los monstruos, la tapo con su manta y pongo a Stuart a su lado —uno de los *Minons*— que es su protector. Acostar a Lucía para dormir es todo un ritual y yo disfruto hacerlo, ya que paso la mayor parte del día fuera de casa.

Salgo de la habitación y voy a la que comparto con Irene. Entro al mismo tiempo de que barro con la mirada todo a mi alrededor y encuentro encima de la cama su vestido. Sonrío pensando en todo lo que espero de esta noche.

Desato mi pajarita para desabrochar mi camisa, busco a mi mujer en el vestidor y lo que encuentro hace que mi miembro se endurezca: Irene lleva un hermoso conjunto de lencería negro. Al verme ella sonrío y me guiña el ojo pícaramente, camina hasta donde estoy de pie quitándose

los gemelos y con sus uñas recorre mis abdominales. Me estremezco ante su toque atrevido.

La deseo como un crío en la pubertad.

—Eres mi sueño hecho realidad —musito con voz ronca.

Ella sube sus manos acariciando mi torso y me quita la camisa.

—Y tú el mío —reconoce con voz ronca.

Deja un reguero de besos desde mi pecho y se detiene en mis abdominales, saca su lengua para lamer cada uno de ellos. Al mismo tiempo que sus manos desabrochan mi cinturón y mi pantalón, se arrodilla ante mí. Relame sus labios y dibuja con su dedo índice las líneas de mi *six pack*. Se detiene en la pretina de mi pantalón y los baja junto con mi bóxer. Gimo cuando toma mi polla entre sus manos e inicia la tarea de masturbarme. Me sorprende cuando la mete en su boca y con una de sus manos aprieta mis testículos. Llevo mis manos a su cabeza y la tomo del cabello al sentir como sus labios acarician la piel de mi miembro.

—¡Joder! —exclamo cuando lo engulle todo en su boca.

Bajo mi vista y nuestros ojos se encuentran, muero de placer cuando observo como en los de ella comienza a formarse una tormenta gris. Dentro de mí ser nace una necesidad primitiva de penetrarla a lo bestia, hasta que siento sus labios en la base de mi polla. Ella arquea un poco y sus ojos se llenan de lágrimas ante el esfuerzo.

—Respira —le pido con voz dulce.

Suelto su cabello para liberarla y ella saca todo mi miembro de su boca, al tanto que toma una respiración profunda. Muerdo mi labio cuando vuelve a meterlo todo. Amo cuando ella toma las riendas y hace lo que quiere conmigo.

Le pertenezco. Escucho una voz en mi interior y le doy toda la razón. Irene tiene el poder y el control de mi ser. Por supuesto, algo que ella ha descubierto a través de los años.

Se escapa de mi garganta un sonido gutural cuando el orgasmo comienza formarse en la parte baja de mi espalda. La alzo por sus hombros y la tomo de sus caderas, al mismo tiempo de que ella me abraza con sus piernas. Nos estampo contra una de las paredes y la beso con ansias de estar dentro de ella. Rompo con fuerza sus bragas y escucho como se le escapa un gemido, la penetro mientras siento como sus músculos se contraen ante mi invasión.

Los dos rompemos el beso y jadeamos. Inicio un vaivén de movimientos que nos enloquecen a los dos. Su coño está tan húmedo que resbalo con facilidad y hace que la desee más.

—Eres lo más hermoso de mi vida. Te amo y donde quieras que vayas, yo iré. —Muerdo su labio inferior—. Me voy a correr, nena, sígueme.

—¡Cristo, Miles! —Baja su rostro a mi hombro y lo muerde.

Yo gimo y exploto derramándome dentro de ella. Ella me sigue gritando mi nombre y rasguñando mi espalda.

La maldita gloria.

Estamos acostados en la cama luego de hacer el amor de nuevo. Nuestros cuerpos están entrelazados, nuestras respiraciones ya están ralentizadas. Estamos en el nirvana postorgásmico que tanto anhelamos conseguir las parejas.

—Pequeña saltamontes —le llamo.

—Dime —responde entre dormida y despierta.

—Quiero otro hijo —le pido casi en un ruego.

Irene se separa de mí y eso me hace sentir una sensación de abandono. Un miedo se instala en

mi pecho cuando apoya su cabeza en su mano y me estudia por un tiempo. Sus fastuosos labios están hinchados a causa de mis besos y la sábana se cae descubriendo sus hermosos pechos. Respira hondo cuando por fin rompe el silencio.

—¿Otro hijo? —inquiere y yo asiento afirmando—. Miles...

Me giro y la tomo de su rostro acariciando con mi nariz la suya. ¡La amo por Dios! Siempre ha sido ella y solo ella, mi alma gemela.

—Nena, somos felices y espero seguirlo siendo hasta el resto de nuestras vidas. —Le doy un beso casto—. La canción de hoy es de *Rest of my life* de Bruno Mars.

—¡Oh, Miles! —me dice con voz entrecortada.

—Como lo dice ahí: todas las mañanas, despierto al lado de un ángel. Todos nos dijeron que no funcionaria, exceptuando Leo, pero han pasado los años y aquí estamos. —Sus ojos se nublan por lágrimas de emoción—. Ya te prometí en aquel San Valentín, cuando me diste la noticia de que seríamos padres, que te amaría toda la vida. Nena, no me cansaré de reparar el daño que te causé, aunque me asegures que me has perdonado —le prometo, mi voz se corta ante la emoción—. Soy el hombre más afortunado del mundo porque te tengo a mi lado.

Ella acaricia mi rostro y me besa, correspondo porque sus labios son el maná de mi vida. Cada día al abrir mis ojos doy gracias al cielo por devolverla tantas veces a mi lado.

Irene rompe el beso y sonrío.

—¿Uno solo? —indaga y yo asiento con una sonrisa—. ¿No el equipo de fútbol que me pediste?

Yo suelto una carcajada ante el comentario. Quiero una familia bastante grande, pero ya veré cómo voy a convencerla.

—Bueno, pueden ser tres —confieso emocionado—, ser una familia de cinco no es malo.

Ella niega sonriendo puesto de que sabe que siempre gano y eso no puede evitarlo.

—¿Puedo pensarlo?

—Nena...

Pone sus dedos en mis labios y yo los beso.

—A ver, capullo. —Suspira—. Es a mí a la que le darán de nuevo los vómitos, a la que se hincharán los tobillos y a la que le entren ganas de que desee cagarme en ti y en todas tus generaciones por hacerme ver como una vaca. —Suelto otra carcajada—. Merezco, aunque sea un día para pensarlo.

—Vale —acepto—, pero quiero mi respuesta mañana en la noche.

Ella se acuesta de nuevo y yo me coloco encima observando su hermoso rostro. Sonrío y acaricia el mío.

—¿Sabes qué no hay nada que pueda negarte? —me pregunta con voz emocionada.

—Lo sé.

—Contigo es donde quiero y prefiero estar, porque haría cualquier cosa por ti. —Con sus palabras me está dando un sí—. Te amo, mi capullo en cuerpo de dios griego.

Yo me rio negando porque es una frase tan Leo.

—Entonces, ¿es un sí?

Me saca la lengua y me responde:

—Puede que sea un sí o puede que sea un no.

—Pues, voy a tener que trabajar para convencerte de que sea un sí.

—¿Cómo? —pregunta pícaro.

Bajo mi rostro hasta su cuello y empiezo a dejar un reguero de besos.

—Besando cada rincón de tu cuerpo, amando cada una de tus curvas y haciéndote gritar ese sí en cada orgasmo que te dé.

Se le escapa un gemido ante mi promesa, porque sabe que cumpliré cada una. Siempre doy gracias a Dios que la tengo a mi lado, que abrí los ojos y recuperé lo que siempre me ha pertenecido.

Los dos comprendimos que no estábamos rotos y podíamos amar de nuevo, que teníamos que entregar todo de nosotros para ser oportunos, que muchas veces para conseguir la felicidad hay que sufrir un poco.

Catherine siempre Catherine

Emma

Estoy terminando de meter los platos en el lavavajillas, puesto de que soy la que se encarga a la hora del desayuno de la cocina mientras Caitlyn llega a casa. Me voy al salón de la televisión para ponerme al día con las noticias, aprovechando que Caleb llevó a Matt a caminar al *Central Park*. Enciendo el televisor y busco CNN para escuchar, mientras recojo algunos de los juguetes que están regados por toda la alfombra.

Me detengo de golpe cuando el presentador nombra a la mujer de mis pesadillas.

No puedo creerlo.

—Catherine Hawkins, la hija del senador Leonard Hawkins fue hallada sin vida en casa de sus padres en Nueva Hampshire. —El comentarista de noticias lo anuncia con voz conmocionada—. La exesposa del senador Lewis estuvo recluida en un centro psiquiátrico por dos años a causa del incidente que por poco causa la muerte del magnate de inversiones Caleb Mraz. Se presume que la causa de la muerte es un suicidio.

Respiro hondo y escucho como la puerta principal se abre y la cierran con tanta fuerza que me hace estremecer.

—¡Emma, Emma! —Escucho la voz de Caleb buscándome, no puedo responderle a causa del estado de conmoción en el que estoy.

Cate está muerta. ¡Dios mío!

Llevo mis manos a mi rostro y lloro, puedo habernos causado un daño horrible, ya que por poco ocasiona la muerte de Caleb y nunca voy a perdonárselo. Sin embargo, ella era un ser humano muy perturbado y me da lástima que acabara de esta manera. Lo cierto es que nunca imaginé que la noticia de su muerte me conmocionara, pensé que me daría igual.

Observo en la pantalla como la casa de Los Hawkins está rodeada por la policía y sacan el cuerpo de Catherine en una bolsa negra. Ella está ahí dentro sin vida y aquí estoy llorando su muerte.

—Nena, aquí estás. —Caleb se sienta a mi lado y me abraza, oculto mi rostro en su pecho y de fondo se escuchan las declaraciones de la mucama que encontró el cuerpo—. ¡Joder! —Apaga el televisor—. Mi padre me avisó hace una hora.

—¿Y Matty? —le pregunto con la voz en casi un hilo.

—Lo dejé en casa de Irene y Miles —contesta y asiento cabeceando pues creo que lo mejor—. Nena, dime algo, ¿estás bien? —me pregunta dejando un beso casto en mi coronilla.

¡Muerta!

¡Cate está muerta!

Por fin puedo respirar tranquila después de cinco años. Siempre tuve el temor que ella volviera a planear algo en contra de Caleb y todo ter involucrara a nuestro hijo.

—Es que solo... —musito mientras cabeceo negando—, me tomó por sorpresa la noticia, porque siempre tuve el temor de que volviera hacernos algo —confieso en voz alta.

—Nena...

—Casi te pierdo por su causa, Caleb. —Alzo mi rostro para observar el suyo, tiene el ceño fruncido y me observa con ojos cargados de amor—. No puedo decirte que me entristece o que me alegro de su muerte. —Él asiente de acuerdo—. Solo puedo asegurarte que ahora puedo vivir en paz, porque sé que ni ella o Alejandro podrán hacernos daño de nuevo.

—Nena, nada ni nadie podrá separarnos, nos pertenecemos, aunque estemos alejados a miles de kilómetros nuestras almas siempre estarán unidas. —Caleb me besa y me abraza fuerte contra su cuerpo.

Tenemos rato así cuando le pregunto:

—¿Te duele su muerte?

—Sí y no. —Respira hondo sopesando sus palabras—. Esto es muy complicado, pues ella fue parte mi vida desde que éramos unos niños. —Suspira—. Hubo un tiempo en la que consideré mi amiga, además fue una persona a la que le tuve un profundo cariño. —Asiento aceptando mientras acaricio su pecho a través de su camiseta blanca—. Pero también comparto contigo ese sentimiento de tranquilidad por su muerte.

—En las noticias te nombraron —musito.

—Mi padre me llamó por eso, ya que debemos estar preparados para cualquier cosa y los paparazis van a querer saber qué siento por su muerte. Decidí dejar a Matthew con Irene y Miles, para. —Me da un beso en la coronilla—. También porque no sabía si te habías enterado.

—¿Crees que los paparazis molesten mucho? —inquiero preocupada.

Desde que fundaron la empresa nuestras cuentas bancarias crecieron cuadruplicándose. Caleb, Miles y Adam son tres de los hombres más influyentes en Nueva York, ellos crecieron como la espuma y se mantienen todavía en lo alto, porque son los mejores en su área. Nos toman fotografías haciendo cosas tan ridículas como comprar papel higiénico. Lo cierto es que todavía no entiendo eso del *Jet Set* y me parece hasta estúpido salir en el *The Post* por cualquier cosa.

—No lo sé, pero tomaré las provisiones necesarias para protegerlos, de eso puedes estar segura. —Caleb me besa castamente en los labios y me abraza contra su pecho.

Nos quedamos de esa forma por un tiempo. Él debe estar pensando que no puede borrar de un plumazo los buenos recuerdos, aunque se hayan manchado con sangre.

Finalmente puedo vivir en paz, porque ahora sé que afuera no hay nadie que pueda dañar a mi familia. Llevo las manos a mi vientre donde una nueva vida anida, cierro los ojos y le pido a mi angelito que está en el cielo que siempre nos proteja.

—¿Segura de qué estás bien? —Caleb indaga preocupado.

—Sí —respondo. Él toma mi mentón con su mano y alza mi rostro para poder ver mis ojos—. Te amo, Caleb, tú y mis hijos son el centro de mi corazón.

—¡Y yo a te amo, nena! —expresa.

Observo como su nuez de Adán sube y baja cuando traga fuerte, para luego besar mis labios. Soy una de las mujeres más afortunadas de la tierra, tengo un esposo maravilloso, un hijo muy dulce y sano, también estoy esperando otro fruto de nuestro amor. No puedo pedir más que pequeñas cosas, Caleb ha cumplido cada una de las promesas que hizo al casarnos.

—¿Vamos por Matty? —le pregunto.

—Sí, nena, vamos a llevarle ropa para cambiarlo. —Sonríe tranquila—. Irene nos invitó a pasar el día en su casa, también estará Adam y creo que Leo.

—Vale, ¿qué te parece si llamo a Said?

—Ya nos adelantamos nena y no puede, porque los trillizos la tienen cansadísima y Roccio regresó a Hoboken.

—La pandilla últimamente está ocupada con tantos niños —le digo riendo.

Caleb se ríe ante mi comentario y agrega:

—Podemos hacer un equipo ya.

—¡Joder! Creo que ustedes nos creen conejas, en vez de mujeres. —Le tiro el cojín del sofá y salgo corriendo.

—¡Ya verás cuando te atrape! —exclama, atajando el cojín.

Trato de correr hasta nuestra habitación, pero él es más rápido y me alcanza a la mitad del pasillo que separan las habitaciones. Me atrapa por la cintura para besar mi cuello, camina conmigo aprisionándome contra la pared, atrapa mis manos y las sube encima de mi cabeza dejándome a su merced. Sonríe lobunamente ya que sabe que nunca me resistiría a su toque, muerde mis labios y juega con ellos. Se me escapa un gemido y los abro, aprovecha la oportunidad para besarme apasionadamente. Pueden pasar los años y seguimos profesando esa mi pasión que sentimos desde el primer día.

Hacemos el amor en el pasillo aprovechando que estamos solos, luego lo hacemos lentamente en nuestra habitación. Hay veces que parecemos dos adolescentes que han descubierto el sexo por primera vez. Amo entregarme al deseo y a la pasión que siento por él.

Y le dije sí

Irene

Estoy coloreando con Lu y Matty para entretenerlos un poco mientras todos llegan. Mis niños han crecido juntos, se adoran y aunque de tanto amarse tienen sus peleas acostumbradas. Los dos no pueden vivir separados y se reconcilian minutos después con la intervención de Emma o la mía. Estos son los momentos que a veces me hacen extrañar ejercer mi profesión. Ojo, que no me estoy quejando, pero hay instantes en los cuales anhelo estar de nuevo en un salón de clases.

Estamos terminando de colorear varias cartillas de *Los Minions*, pues ellos tienen una fascinación por estos muñequitos, lo que me causa mucha gracia. Recuerdo la primera vez que salieron en los cines que hasta mis alumnos pedían a gritos que pusiera a Gru con su pandilla.

—Mami —me llama Lu.

—Sí...

—¿Los titos vienen por Matty? —me pregunta.

Sonrío porque sé muy bien que se acerca un nuevo berrinche de ella.

—Sí, nena.

Ella aprieta sus labios en señal de disgusto mientras Matty deja su dibujo y le da un beso.

Son como Miles y yo.

—Te lo dije —le comenta él a mi hija con voz de sabelotodo.

Lu tira su lápiz amarillo y se cruza de brazos.

—¡Lucía! —la regaña.

—¡Mamiiii! —Sus labios tiemblan ante la impotencia—. Yo quiero que Matty se quede en casa.

Me siento en medio de los niños y los tomo con mis brazos sentándolos en mis piernas.

—Vamos a ver, nena. —Exhalo cansada ya que estos dos me agotan muchas veces—. Matty tiene que ir con sus papis, pero mañana tienen clases y se verán de nuevo ¿Verdad que sí, Matthew?

—Sí, Lu. —Matt la toma de la mano.

Ellos me recuerdan tanto a Miles y a mí, que espero que no se repita la misma historia. Y si llegara a suceder, que sea completamente diferente.

—Está bien... —responde ella muy poco conforme.

En el salón solo se escuchan las risas de Matt y Lucía mientras miran *Peppa, La Cerdita*. Todos los adultos estamos tomando unos cócteles en la terraza, tratamos de animar el día después que Caleb recibiera la noticia de la muerte de Cate. Miles estuvo un poco taciturno, imagino que por la amistad que de alguna manera los unió. Decidimos no cocinar y compramos pizza en nuestro lugar favorito, *Joe's Pizza*. Estoy viendo cómo se esconde el sol detrás de los rascacielos.

—Irene... —me llama y es nada menos que mi soltero favorito.

—Dime, guapo, —Me giro y sonrío.

Me hace señas y lo sigo. Él se aleja de todos y yo me preocupo al ver su rostro contrariado.

—¿Recuerdas cuándo te dije que serías la primera que me vería sufrir por amor? —pregunta y yo asiento—. Ella volvió —confiesa y su voz es casi un susurro.

—¿Volvió? —inquiero sorprendida.

Él asiente.

—Voy a cumplir mi promesa, pero esta vez no la dejaré ir... —Sus palabras se pierden mientras bota todo el aire contenido en sus pulmones—. Quiero lo que tienen todos ustedes tienen y lo quiero con ella, solo con ella.

Su voz está cargada de tanto anhelo que me enternezco. Sé de primera mano lo que ha sufrido Adam por esa mujer misteriosa. Tomo su mano y le expreso:

—El camino a la felicidad no es fácil, pero si ella es la indicada, lucha hasta lograr estar juntos. —Respiro hondo—. Tú sabes lo mucho que nos tomó a Miles y a mí llegar hasta aquí. —Adam asiente—. No creas que ha sido todo color de rosa, porque después hemos tenido discusiones o diferencias. Algunas tontas y otras eran para demostrar un punto. Lo importante es aceptar quién tiene la razón y nos cuesta, porque somos humanos y siempre queremos tenerla.

—Irene...

—¿Sí?

—Alana... —Niega pensando mejor las cosas, *se llama Alana*, murmuro en mi mente—. Olvídalo... —expresa retractándose.

—Cuando estés listo, estaré aquí.

Adam asiente y me da un beso en la frente, se gira para unirse de nuevo al grupo. Me quedo observando las luces de la ciudad, los edificios, los rascacielos y la paz que me da el titilar de las luces. Pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida, pequeños detalles como que ya no doy clases y me asocié con Emma para abrir una juguetería.

Miles y yo nos mudamos a Nueva York exactamente el año después de reconciliarnos, teníamos dos meses de casados y aquí Leticia nos obligó hacer una boda para todos. Dejar España y todo lo que creí tener allá ha sido la mejor decisión de mi vida, porque recorrido un largo camino junto a mi esposo y no me arrepiento. Comprendí de que todo llega a su debido momento, los dos tuvimos que esperar doce años para aprender que el primer amor es para siempre.

Unos brazos me rodean y sé que es él porque reconozco su aroma, porque cuando me toca mi piel lo sabe.

—Un dólar por tus pensamientos —susurra Miles en mi oído.

—Pienso en lo mucho que hemos recorrido hasta hoy —contesto y él deja un beso en mi cuello.

—Fue un camino largo y con muchos desvíos, pero todo nos ha llevado a ser felices... ¿Por qué eres feliz, cierto?

Me doy vuelta y lo abrazo. Miles puede ser un niño grande muchas veces.

—Soy más que feliz y no puedo pedir más. Te tengo a ti y tengo a Lucía y espero pronto poder darte otro hijo.

Miles me aleja un poco cuando le digo esto último y me pregunta:

—¿Eso significa?

—Eso significa que sí. Lucía y tú ganan. Es un buen momento para tener un hijo.

—¡Joder, nena! —Observo como sus ojos brillan de felicidad—. No sabes lo feliz que me haces.

—Él que no sabe eres tú lo feliz que me haces cada día al despertar y al ir a dormir. Porque cumpliste tu promesa y has dado todo de ti para hacerme feliz y estar juntos.

Le doy un beso casto. Cuando lo rompe, me responde:

—Seguiré dando lo mejor de mí, nena; porque siempre recibo todo de ti. Tú y mi hija hacen que dé él ciento por ciento por hacerlas felices. Si hace cinco años no hubiera abierto los ojos, quizás mi vida sería triste y tú estuvieras en los brazos de otro.

—Pero no fue así —le aseguro. Miles asiente y me sonrío—. Además, ¿cómo no iba a darle la oportunidad a mi capullo favorito en cuerpo de dios griego?

Miles suelta una carcajada y me da un largo beso apasionado. Estos son los momentos que amamos y recordamos el largo camino que nos llevó al final del cuento de hadas.

Regresamos con todos y observo como Lu y Matty corren hasta nosotros. Ella se sube a las piernas de Adam y Matthew se sienta en las piernas de Miles. Todos sonreímos pues siempre nos sorprenden.

—Tito... —Lucía llama a Adam jalando su camiseta de polo.

—¿Sí, princesa? —le responde él y todos centramos la atención esperando la nueva ocurrencia de mi princesa.

—Tito, yo quiero la nueva muñeca de la princesa Jazmín —le pide batiendo sus hermosas pestañas.

Miles suelta una carcajada, la cual siguen los demás y yo niego muerta de risa. Simplemente mi hija sabe cómo conseguir lo que quiere, al igual que su padre. Adam sonrío y atrapa su nariz entre sus dedos. Lucía aprieta su carita en forma de disgusto, ya que le molesta que le hagan eso.

—Pues, no puedo negarle nada a mi único amor —contesta embobado y la niña suspira bajito.

—¡Olvídalo! —exclama Miles ante la reacción de Lu—. Ella no va esperar por ti nunca.

Todos no reímos porque se comporta como el padre de las cavernas lleno de celos. Adam lo ignora y le da un beso sonoro a Lu.

—Prometo que mañana tienes tu muñeca de la princesa Jazmín.

—¡Síííí! —Se baja de sus piernas y corre hasta Leo—. Viste tito, hice lo que dijiste y conseguí lo que quiero.

Leo se atraganta con el coctel y todos ríen.

—¡Leo! —le espeto.

—¡Florecita! —me llama con voz chillona—, es que desde niña hay que enseñarla a conseguir lo que quiere.

Ya con Leo es maldad discutir sobre que no debe enseñarle a Lu. Él hace y dice lo que le apetece, creo que por eso es el mejor tío y malcría hasta la saciedad a Lucía.

—¡Joder! —dice Miles—. No le enseñes cosas, que luego tendré que encerrarla.

—Y yo ayudarte —le dice Caleb divertido.

—Además de creernos conejas a nosotras —responde Emma a los dos—. Creen que sus hijas serán monjas de clausuras.

Todos nos reímos y le doy la razón. La noche transcurre entre risas con ocurrencias de los niños y de Leo. Espero que mi amigo no vuelva pronto a Barcelona, porque sé que lo voy a extrañar.

Cuidar de mi Familia

Caleb

Iniciamos una nueva semana llena de reuniones con nuestros clientes y algunos que son nuevos. Tengo la mente en todo lo que sucede a mi alrededor, como lo había pensado los paparazis están persiguiéndonos para saber nuestros comentarios sobre la muerte de Cate. Mis padres ya están en Nueva Hampshire para asistir a su funeral. Mi madre todavía guarda un gran cariño por su familia y creo que por la misma Catherine.

En este momento no sé qué es lo que siento por su muerte, pero estoy seguro que tengo sentimientos encontrados por esta noticia. Creo que aún llevo guardado aquel cariño que sentí por ella alguna vez y que todavía el miedo quedó grabado en mi mente después que atentara contra mi vida. Todos los periódicos dan suposiciones sobre su estado mental, también hacen énfasis de que no había mejorado y decidió quitarse la vida. La autopsia reveló que fue una sobredosis de barbitúricos la causa de su fallecimiento. No quiero imaginar el dolor de Bill y de sus padres, nunca quisiera pasar en una situación similar.

Sin embargo, no puedo negarles que el día en que todo sucedió, lo que más me preocupaba era la reacción de Emma. Por eso cuando la encontré en casa llorando y observando en la pantalla la noticia, dentro de mí surgió ese instinto de protección. Ahora que ella está embarazada de nuevo, quiero encerrarla en una burbuja de cristal y que nadie pueda lastimarla.

Marco el número de Carter en mi móvil, espero unos segundos a que mi amigo y director de seguridad conteste.

—Harris. —Lo hace al segundo tono.

—Carter, buen día —le saludo.

—Buen día, Caleb. Estaba esperando tu llamada —me informa, siempre adelantándose a mis acciones.

—Para eso te pago —respondo y los dos reímos. Más que un trabajo, nos une una amistad de muchos años. Respiro hondo y le pido—: Quiero que refuerces la vigilancia de Emma hasta que se calme todo.

—Claro, te entiendo. Me adelanté a tu pedido y eso está resuelto en unos minutos... —Se aclara la garganta—. Caleb, créeme que siento mucho que todo esto les esté afectando nuevamente.

Yo también, pienso.

—Parece de que Cate hasta muerta jode mi relación con Emma —refunfuño con amargura—. Quiero que alejes a todos y cuides a mi familia. Ella está esperando un bebé... —susurro finalmente agobiado.

—¡Joder! ¡Amigo, felicidades! —exclama emocionado—. Tengo a una persona de mi entera confianza y lo único que te voy a pedir...

Carter duda y yo frunzo el ceño, alejo el móvil para visualizar la pantalla para ver si continúa en línea.

—¿Qué vas a pedirme? —inquiero curioso.

—Adam no puede acercarse a la persona que enviaré.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones, pero es la mejor y por eso confío que ella hará el mejor trabajo. —Respira hondo—. Es mi socia.

—¿Ella? ¿Socia? —indago curioso, porque no lo mencionó antes.

—Sí, ella es una *exmarine* y le confiaría mi vida, es una de mis socias, Caleb. —Suspira—. Solo haz lo que te pido.

—Está bien, Carter —acepto cansado—. Ahora te pido que hagas lo que tengas que hacer. Por favor, envía a la chica ahora mismo para entrevistarla.

—Gracias por no preguntar nada más. —Suspira—. Te envió un mensaje cuando esté en camino. Enhorabuena para ti y Emma por este nuevo bebé.

—Gracias. —Cuelgo la llamada entre preocupado y a la vez aliviado.

No entiendo todo el misterio con la chica, pero si ella es la indicada para cuidar de mi familia, haré y aceptaré lo que sea. Me levanto y salgo de mi oficina a la sala de reuniones. Encuentro a Miles y Adam conversando.

¿Cómo le oculto esto a Adam? Un guardaespaldas es difícil de ocultar.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días —responden al unísono.

Todos estamos algo conmocionados por la muerte de Cate. Crecimos juntos y puede que en el camino ella se perdiera, pero la consideramos por mucho tiempo nuestra amiga. Realmente la situación es bastante complicada de comprender.

—¿Qué tenemos para esta semana? —pregunto sus agendas para sincronizarlas con la mía.

—Estaré viajando el miércoles a Los Ángeles para cerrar los contratos Mc’lister y Holloway —contesta Adam—. Espero estar de regreso el viernes.

Miles y yo asentimos mientras anotamos en nuestro iPad.

—Yo estaré viajando a Barcelona y Londres, ya que Connor Bellamy y su esposa Paulina desean abrir un restaurante aquí —me informa Miles.

Anoto que debo enviarle a Miles los análisis de riesgos de Cono y su nueva inversión. *Como extraño a Said*, digo en mi mente al recordar que ella se encargaba de esas cosas.

—Tengo esta semana la reunión con Nicholas Goldman. —Todos hacemos una mueca porque es un negocio que nos traerá beneficios, pero el hombre es un inglés insufrible y agrego con fastidio—: Espero que esta vez sí firme los malditos papeles.

Miles carraspea y me pregunta:

—¿Estás bien?

—No lo estoy —contesto en automático y en su rostro se forman arrugas de pura preocupación—. No me afectó la muerte de Cate o digamos que sí. —Exhalo cansado—. La verdad es que me enerva que los parásitos de los paparazis ahora quieran joder mi vida.

—Te entiendo, ya que esta mañana Lu se asustó por culpa de un grupo que nos esperaba fuera del ático —comenta Miles molesto—. Fuimos amigos, pero para nadie es un secreto que la relación se rompió por lo que sucedió.

—¿Llamaron a Carter? —pregunta Adam.

Los dos asentimos al mismo tiempo. Miles y yo por nuestras familias, somos capaces hasta de matar si es necesario.

—Yo estoy esperando una *exmarine* que enviará para cuidar a Emma —comento.

—Y yo le pedí también refuerzos para Irene y Lucía —me expresa Miles.

—¡Cate jode hasta muerta! —expresa Adam con fastidio.

—Amigo, tengo que decirte que en eso tienes razón —conuerdo.

Soltamos una carcajada relajando el ambiente. Me doy cuenta de que le he dado información a Adam, pero me olvido cuando me dan un dossier lleno de las referencias de un nuevo cliente. Estudio los papeles con detenimiento y cuidado. Nuestra empresa es una de las más solicitadas a nivel mundial. ¿La razón? Orientamos a nuestros clientes a invertir en actividades económicas que sean fructíferas para sus negocios, una cartera de clientes que empezó simplemente con una veintena de empresas, el día de hoy podemos estar orgullosos de decir que hemos quintuplicado esa cantidad y cada una de las compañías tiene atención personalizada.

Llevamos unas cuantas horas enterrados en papeles, cuando mi móvil suena devolviéndome a la realidad. Observo un mensaje de Carter.

«Jessica Hanks, es la *exmarine* que estará cuidando a Emma de cerca. Revisa tu email.»

Chequeo mi bandeja de entrada y ahí encuentro el correo que él acaba de enviar. Curioso, lo abro y descargo el documento, leo su hoja de vida que incluye detalles como: Cuánto tiempo estuvo en servicio, edad, domicilio, artes marciales que práctica, también detalla que fue la primera en su clase en West Point y que fue herida en combate, razón por la cual pidió la baja que le fue dada con honores.

—¡Joder! —exclamo en voz alta.

—¿Qué sucede? —me pregunta Miles preocupado.

—Esta mujer es toda una *G.I. Joe* —expreso señalando la pantalla.

Ambos se levantan de sus asientos y se acercan a leer la hoja de vida tan asombrosa de esta mujer.

—Seguro es horrible —comenta Adam riéndose—. Todo un hombre en cuerpo de mujer.

Todos soltamos una carcajada, reviso si Carter adjuntó alguna foto de ella y claro que lo hizo. Picho para descargarla con mis amigos a cada lado, ya que son unos curiosos. Al finalizar, la abro para visualizar y me sorprende al encontrar una hermosa rubia.

—Alana... —susurra Adam.

Frunzo el ceño al escuchar la voz conmovida de mi amigo. Reviso su hoja de vida y verifico el nombre de la chica. Se llama Jessica Alana Hanks Fernández, padre norteamericano y madre española.

¿Será por eso que Carter...?, pienso en mi mente.

—Adam... —lo llamo, pero me ignora caminando de un lado a otro, pasa sus manos por su cabello de manera nerviosa—. ¡Joder, Adam vas a abrir una zanja en el suelo!

—Primo, ¿quién es Alana? —indaga Miles preocupado.

Adam se detiene y nos mira apretando sus puños. Está completamente en shock y creo que está a punto de darle algo.

—Es ella... —Niega y respira hondo—. Ella es la mujer de la cual me enamoré en Los Ángeles, creí verla hace algunos días por aquí. —Pasa las manos por su rostro y las restriega. Cristo Santo, que todo esto es más grave de lo que pensaba—. Pensé que estaba volviéndome loco, obsesionado por su maldito recuerdo.

—Primo...

—No me acerqué para hablarle, ya que estaba dudando de que era ella. —Niega—. Nunca me imaginé todo lo que acabo de leer en su currículum. —Le pega un puñetazo a la pared, Miles y yo corremos a detenerlo—. Me enamoré de una maldita mentira. Primero el nombre y ahora todo esto.

—Vamos, Adam, cálmate —le pide Miles sujetándolo por sus hombros—. Todo tiene una razón de ser.

—Hombre, tienes que darle la oportunidad de que te explique —comento, tratando de calmarlo.

La puerta se abre y entra mi secretaria, ella pone los ojos como platos al ver la escena sorprendida por la escena. Algo que tiene Molly es que muy profesional, se recompone para anunciarnos:

—Señor Mraz, le informo que la señorita Hanks está aquí y lo espera.

Le hago un gesto y ella entiende, pero espera mi orden. Echo un vistazo por el rabillo del ojo y observo como Adam se endereza y cuadra sus hombros. Esto no será nada fácil, lo entiendo ahora todo, la petición de Carter y lo perdido que estuvo mi amigo cuando ella desapareció. Tengo más

—Gracias, Molly. —Sonrío—. Por favor, dame unos segundos para recibirla.

Ella asiente y sale trancando la puerta. Me giro para hablar como mis amigos, observo como Miles detiene a Adam en su sitio.

—Adam, tengo que pedirte que te calmes, te advierto que dado a sus capacidades ya he decidido contratarla. —Respiro hondo—. Perdona.

—¡Joder, Caleb! —grita molesto—. ¿Me está jodiendo?

Miles se mantiene en tercer plano observando mientras le dejo claro todo a Adam. No pienso ceder en nada.

—Te voy a decir algo que quizás la rabia no te deja ver, esto es una oportunidad de descubrir por qué te mintió. Siéntate y compórtate como el hombre de negocios que eres —culmino zanjando la discusión.

—Primo, Caleb tiene razón. —Miles media entre los dos. Adam se suelta de su agarre y se sienta en su lugar.

—Me quedo a la entrevista —me advierte.

Asiento aceptando mientras Miles se sienta. Camino hasta la puerta para dejarla pasar y observo como una chica rubia y hermosa se levanta al ser llamada por mi secretaria la llama. Se acerca con una sonrisa y me tiende su mano estrechándola fuerte.

—Un gusto conocerlo, señor Mraz.

—El gusto es mío, señorita Hanks —contesto. Me aparto y la hago entrar.

Ella se paraliza unos segundos y observo como cruza su mirada con la de Adam. Se queda suspendida en el tiempo, hasta que susurra:

—Adam...

Alana, mi dulce Alana...

Adam Chapman

—Adam... —susurra sorprendida al verme.

Aprieto mis puños con rabia al escuchar su voz, simplemente no demuestro nada y me quedo observándola, detallando cada rasgo que besé de su rostro, apreciando cada curva de su cuerpo y tengo que aceptar que continúa tan hermosa como cuando la conocí hace cuatro años. Mi corazón se debate entre abrazarla o gritarle, solo me detiene saber que me ocultó su verdadera identidad, porque en este momento todas sus mentiras me corroen las entrañas y hacen que olvide cuanto la extraño.

El tiempo está suspendido entre Alana y yo. Solo existimos los dos como siempre, como la primera vez y seguirá siendo así.

Observo por el rabillo del ojo que Miles y Caleb nos observan preocupados. Deben creer que voy armar un espectáculo aquí. Me remuevo en mi asiento y aparto la mirada.

—Señorita Hanks, siéntese por favor. —Caleb le pide de manera amable.

Alana asiente conmovida y camina temerosa a la mesa. Cuando toma asiento frente a mí, pienso: *Así es, Alana, tú estás en mi terreno*. Tomo el bolígrafo y lo muevo entre mis dedos. Miles se gira y me susurra al oído:

—Por favor, no te comportes como un capullo. —Suelto un resoplido en señal de respuesta—. Comportate como un hombre. Evita molestar a Caleb —me advierte.

Me quedo observándola unos segundos más y rompo la conexión cabreado, ya que durante cuatro malditos años la busqué literalmente hasta debajo de las piedras y Carter me aseguró que no encontró nada. Llegué a creer que la tierra se la había tragado.

Lo sospeché; lo sospeché tantas veces y preferí apartar todo creyendo que eran imaginaciones, mi maldita inseguridad y miedo de enamorarme. Ella me dio señales de lo que realmente era y yo no la dejé hablar, pero ahora la encuentro y me entero de todo. Nada queda oculto, nada. Y de eso pueden estar seguros. Esto deber ser una broma del maldito destino, la vi en ese *Starbucks* y dudé, claro dudé de que vera ella. Pensé que estaba obsesionado por encontrarla y ahora está sentada frente a mí, temblando.

Alana... ¡Maldita sea, se llama Jessica!, grito en mi mente colérico.

—Estuve leyendo su hoja de vida. —Caleb le informa tratando de calmar la tensión—. Muy impresionante. Interesante que usted se retiró con honores y a muy corta edad.

—Tuve que hacerlo y mis superiores me concedieron la baja por mi hoja de vida y comportamiento intachable —reconoce segura.

Ella me busca con la mirada por un momento y luego vuelve a observar a Caleb. Me llevo la mano al mentón y la detallo, debo estar volviéndome loco de la rabia y al mismo tiempo de la emoción, creo que los años la han hecho más hermosa. Lleva un traje femenino color negro y una camisa blanca. A diferencia de la chica que encontré por primera vez en aquel café, la hace ver un poco más madura. Ella gira un poco su rostro para observarme y se sonroja ante mi escrutinio.

—El trabajo en el cual estamos interesados es muy simple —Caleb sigue informándole de la

situación—. Mi esposa e hijo necesitan protección. —Ella asiente en respuesta—. La esposa de mi socio Miles Chapman y ella normalmente comparten gran parte del día porque son socias, los dos deseamos que tengan seguridad las veinticuatro horas del día.

—Entiendo, señor —responde. Su voz es segura, no vacila a las órdenes de Caleb. *Toda una militar*—. ¿Dos mujeres y dos infantes?

¿Cómo no lo pude ver?

—Sí. —Mi primo es quien le confirma lo que pregunta—. Carter, estoy seguro de que te habrá comentado la situación. Estamos ahorita bajo el asedio de paparazis y los niños se alteran. —Ella asiente—. No estarás sola, pero queremos que estés con ellas. Tu trabajo directo será con la señora Mraz.

—Entiendo —responde—. ¿Cuándo desean que comience con mis servicios?

—Inmediatamente —agrega Caleb—. Mi secretaria te entregará la dirección de mi casa.

Alana se levanta y nosotros también como los caballeros que somos. Respiro hondo tratando de calmarme y de doblegar mis sentimientos hacia ella. Me mantuve al margen de todo por el coraje que siento, pero no aguanto más. Necesito por mi estabilidad mental solucionar esto. No voy a mentir diciendo que no me importa la seguridad de mi familia y quiero que estén a salvo. Sin embargo, mi único deseo es conocer las razones por las cuales huyó de mí de aquella manera.

—Entonces, es todo un placer trabajar para usted. —Alana le asegura tendiéndole su mano a Caleb—. Señores... —Asiente hacia donde estamos Miles y yo.

Ella sale de la sala de juntas y yo suelto todo el aire contenido en los pulmones. Me estaba ahogando.

—¿Estás bien? —me pregunta Miles.

—No —respondo hosco.

Salgo de ahí rogando que no se haya ido y la encuentro en los ascensores, camino decido hasta ella. La tomo por el codo y la giro con fuerza. Cuando nuestras miradas se encuentran, me observa con sus hermosos ojos de color gris sorprendidos, mientras por dentro me muero por besarla de nuevo y recordar el sabor de sus besos.

—¡Suéltame! —grita, zafándose de mi agarre—. ¿Qué diablos te pasa?

Que me mentiste, contesto en mi mente.

No le contesto y la tomo de la mano, se resiste, pero ejerzo toda la fuerza que puedo y camino llevándola prácticamente a rastras hasta mi oficina. Ignoro sus quejas y gritos, mi secretaria Lory se levanta y se queda observando alucinada el show que estoy dando. Abro la puerta y la empujo para que pase. Cuando tranco la puerta, me aseguro de pasar el pestillo para no ser interrumpidos.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? —me grita roja de la rabia.

—¿Qué me pasa? —bramo furioso y me acerco a ella—. Me sucede que desde hace cuatro malditos años busco a una tal Alana Blunt. Sucede que te fuiste sin despedirte. Sucede que me enamoré de un maldito fantasma. ¿Por qué, Alana?

—Adam...

—¿Por qué no me dijiste la maldita verdad desde el principio?! —grito.

Ella se estremece por el tono de mi voz. Se lleva las manos a la boca y ahoga un gemido mientras hace gestos negativos con su cabeza.

—Adam..., yo... —tartamudea.

—Adam, ¿qué? ¿Qué nuevas mentiras me dirás?! —le grito molesto.

—Todo tiene una explicación —susurra y observo como sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Maldigo la hora en la cual contestaste ese e-mail! —exclamo frustrado y agrego—: Me

regalaste los mejores dos meses de mi vida y te largaste.

—¡Yo te busqué! —me grita y la tomo por los brazos.

—¿Cuándo? ¡No me mientas, Alana! —le exijo frustrado—. Mejor te llamo Jessica... Ese es tu maldito nombre, ¿cierto?

Ella asiente.

—Meses después de irme volví y fui a donde trabajabas en Los Ángeles —musita. Se calla un segundo y lo que dice me desconcierta—: Una chica llamada Olive me dijo que habías salido con tu prometida.

—¡Mentira! —Mi voz sale como un bramido—. Yo nunca he tenido una prometida. Estaba contigo y quería estar nada más que contigo.

Ella se zafa de mi agarre y seca sus lágrimas, sus ojos grises se llenan de tanto odio que me hacen dudar y retroceder.

—¡No tengo porque mentirte! —me grita—. Hay muchas razones del por qué te oculté mi nombre y creo que puedes adivinar ahora una —me expresa roja de la rabia—. Además, te vi salir con ella de tu casa.

—¿De qué hablas? —averiguo y ella me ignora.

—Te advierto esto solo una vez. —Respira hondo y grita—: ¡No te acerques nunca más a mí!

Camina hacia la puerta y yo la sujeto de la mano. Se suelta cuando esa electricidad se dispara entre nosotros, la misma que sentí el primer día.

Jessica se estremece y yo le susurro:

—Te quería, me había enamorado de ti. —Niego—. Hubiera dado todo por tenerte a mi lado.

Ella suspira bajito y se suelta, me giro para evitar verla irse de nuevo. Me mantengo de espaldas a la puerta y fijo mi vista al *Empire State*.

—Yo me fui a Afganistán amándote... —susurra—. Volví, no miento, te busqué y no te encontré... Lamentablemente el tiempo pasa y aún te sigo amando.

Cierro mis ojos cuando escucho la puerta cerrarse y por primera vez en muchos años lloro, porque yo también la sigo amando como el primer día.

Un Deja Vú

Miles

Entro a la oficina de Adam sin tocar y lo que encuentro dentro es un *deja vú* de mi vida anterior: mi primo tiene su torso sobre el escritorio y llora como un niño pequeño.

—Primo, ¿qué sucede? —le pregunto preocupado, nunca lo había visto reaccionar de esa manera.

Trato de levantarlo y él niega con su cabeza. Me siento terrible de tan solo verlo así tan débil, porque sé qué es lo que siente amar y que esa persona no esté a tu lado. Trato de moverlo de nuevo y no lo logro. Adam hipeando me pide:

—Llama a Irene, necesito hablar con ella.

—Vale, primo, pero necesito que me digas lo que sucedió aquí adentro —le exijo lleno de preocupación.

—Me sigue mintiendo —expresa taciturno—. Ella dice que me buscó en el banco y le dijeron que no estaba ahí.

—Primo, puede ser cierto —respondo.

Adam niega y se levanta de manera violenta. Siento empatía al observar su rostro afligido por la tristeza, ya que sé que es estar hecho mierda por la mujer que amas. Nunca pensé que viviría para ver a Adam jodido.

—¡No le creo! —grita como un niño al que le han arrebatado lo que más quieren—. ¡Maldita sea!

—Adam, por favor cálmate —le exijo con un tono de voz que no acepta un no por respuesta. Él alza su rostro sorprendido, pero él que sorprende soy yo al observar que tiene los ojos rojos de llorar—. Ve a casa, Adam. No es una petición, es una orden.

—¡No me jodas, Miles! ¡No pienso irme! —ruje molesto—. ¡Tengo cuatro reuniones!

Me desafía con la mirada como si él fuera un niño a punto de un berrinche. No me dejo amedrentar por su comportamiento y le pido en tono de voz demandante:

—¡Vete ahora! —Tomo mi móvil y le hago señas para que no hable—. Hola princesa.

Lucía de nuevo le ha robado el móvil a su madre. Observo a mi primo caminar por su oficina al borde de un colapso.

—Papi, papi te hice un dibujo para la oficina. —Sonríó ante lo que dice mi pequeña princesa.

—Esta noche lo veo, princesa. Prometo enmarcarlo y traerlo. —Ella ríe y yo le pido—: ¿Me pasas a mami?

—Sí —acepta y del otro lado se queda en silencio unos segundos—. ¡Mami! —Escucho a Irene llamarle la atención y Lucía susurra—: Es papi, espera mami. —Escucho a Irene que dice “Está bien”—. Papi te quiero...

—Yo te amo a ti, princesa.

Adam se detiene de golpe y me mira de arriba abajo para volver a caminar de un lado a otro. Escucho como mi esposa e hija comparten unas palabras. Luego Irene me habla:

—Cielo... —Mi corazón late más rápido con tan solo escucharla.

—Pequeña saltamontes, espera a Adam. Irá a casa porque tiene que hablar contigo —le pido a mi esposa.

Adam se detiene y me susurra “Gracias”.

—¿Pasa algo? —pregunta asustada.

—Ya te contará él —contesta—. Te amo.

Mi esposa suspira bajito y yo me siento el hombre más afortunado del mundo de tenerla a mi lado.

—Yo te amo a ti. —Suspira—. Dile a Adam que lo espero, pero es mejor que llegue con la princesa Jazmín para hablar tranquilos.

Yo suelto una carcajada, porque una promesa hecha a mi hija es mejor cumplirla.

—Vale, yo le digo.

Cuelgo la llamada y mi primo se sienta en el sofá, su cuerpo solo manifiesta la derrota que abriga su alma. Me acerco y palmeo su espalda, ya que realmente espero que Adam sea un poco más inteligente que yo y escuche a la chica; lo pongo en duda porque cuando queremos, los Chapman podemos ser obtusos.

—Irene te espera —le informo y él asiente—. Recuerda pasar por la princesa Jazmín. —Esta vez le recuerdo el regalo de Lucía y vuelve asentir, con la mirada perdida en el ventanal—. Primo, no sé. La verdad, no sé si te sirva de algo esto, pero Leo una vez me dijo: que lo fácil se termina rápido y lo difícil es lo que perdura en el tiempo. Debes luchar por esa chica, hazlo, pero te voy a pedir que no te ciegues ante la rabia que sientes en este momento. —Aprieto su hombro—. Date la oportunidad y no te cierres al amor.

Adam se levanta de la silla y camina hasta la puerta, se detiene a mi lado y se vuelve hacia mí. Aprieto los labios al encontrarme con sus ojos vidriosos. Niega como si lo que está pensando fuera algo que no creyera y sin previo aviso, me abraza.

—Gracias, primo.

—Siempre estaré para ti.

Rompemos el abrazo y salimos de la oficina. Adam se detiene y le habla a su secretaria:

—Lory cancela todas mis citas, necesito que las reprogrames.

Ella toma la agenda y la abre. Lo observa a él y luego a mí. Yo asiento y ella vuelve su mirada a él.

—Sí, señor. —Revisa algunas páginas más adelante—. Voy a reprogramar todas sus citas para el miércoles de la semana que viene, ¿le parece?

—Sí. —Se queda pensando un poco y le pide—: Cambia mis boletos para irme mañana.

—Sí, señor, le enviare un email con el cambio. Que tenga feliz viaje.

—Gracias, Lory —responde.

Me despido con un gesto de ella, acompaño a mi primo hasta que sube al ascensor. Preocupado, me dirijo a la oficina de Caleb y lo encuentro sumergido en su ordenador. Me desabrocho mi chaqueta y me siento frente a él.

—Ahora le toca a Adam... —le comento preocupado.

Caleb alza la vista por encima de la pantalla y se queda observándome. Se recuesta del espaldar de su sillón y esboza una sonrisa.

—Ya era hora —contesta en tono de burla.

—Pero a él le toca la *G.I. Joe* —agrego muerto de risa.

Los dos soltamos una carcajada. Yo tendría miedo de liarme con una mujer que sabe matar a una persona con sus propias manos.

—Miles... —Caleb me llama con voz preocupada—. Tenemos que estar preparados. —Asiento—. Ella tiene un hijo de dos años, creo que casi alcanza los tres años.

Pongo los ojos como platos y me quedo mudo por unos segundos. ¿Mi primo tiene un hijo? Vaya...

—¿No creerás...?

—No lo sé, pero sea lo que sea no sabemos cómo lo tomará Adam. Creo que es mejor que ella se lo diga. No quiero ni imaginar que ese niño sea de él. ¿Cómo irá a reaccionar?

Mierda.

—¡Cristo! —exclamo.

Caleb y yo compartimos una mirada. Sabemos que debemos estar para Adam y nada más.

—Somos una familia, hay que apoyarlo —me asegura.

—Lo sé. ¿Sabes? Ella le dijo que lo buscó. —Caleb se queda observando y yo niego—. ¿Y sí fue para eso?

—Tenemos que tener cuidado, porque Carter me pidió que él no se acercara a la chica, no comprendo nada —comenta extrañado.

—Entonces, Carter conoce la verdad —contesto sorprendido.

—Voy a llamarlo y cualquier eventualidad te informo —me dice.

Yo asiento y me levanto, abrocho mi chaqueta y él vuelve a lo que sea que lo tiene tan absorto en la computadora.

—Me voy el miércoles y regreso el lunes. —Caleb asiente—. Me llevo a Irene y Lu, quiero alejarlas un poco.

—Vale... —Suspira—. Veré si puedo escaparme el fin de semana con Emma y Matty a Nueva Jersey o Los Hamptons.

—Adam no vuelve hasta el lunes —le informo—. Nos vemos.

Él me hace un gesto con la mano. Salgo, voy a mi oficina y recojo mis cosas para irme a casa. No puedo dejar de pensar en Adam, pues estoy seguro que a mi primo lo harán sufrir por amor como a todos nosotros.

Para ser feliz, muchas veces que hay que sufrir. Pienso saliendo.

Agobiada

Emma

Caleb como siempre cumple sus promesas. Sin embargo, creo que en este momento se la ha ido le mano, ya que ha reforzado todo nuestro esquema de seguridad al punto de ponerme un guardaespaldas. Me siento una celebridad y no me gusta la sensación de que me estén vigilando. Por ahora observo como Matt juega divertidísimo con la chica que está a cargo de protegernos, se llama Jessica, tengo que aceptar de que es hermosa. Mis padres me hablan y yo trato de prestarles atención.

—Entonces Sophie, ¿de cuántas semanas estás? —me pregunta mi papá.

—Tengo ocho semanas, papi —contesto.

A mis padres se les ilumina el rostro, ya que tendré una familia numerosa y ellos soñaban con una. Además, sé que ellos también recuerdan el bebé que perdí por culpa del que no debe ser nombrado.

—¿Ahora tendrás a este gentío en casa? —Mi mamá me pregunta en español para que no puedan entenderle.

Yo niego muerta de risa. Mi madre... bueno, ella es muy ella y no puedo cambiarla, pero tampoco pienso hacerlo, se los aseguro. Me incómoda un poco todo esto, pero entiendo la obsesión de Caleb por protegernos. Los paparazis aparecen de la nada preguntando lo mismo y no les importa que esté con mi hijo de cuatro años.

—¡Mamá, por Dios! —exclamo—. Entiende que todo es por nuestra seguridad.

—Hija, te entiendo, pero ni nosotros, con tanta inseguridad que vivimos en Venezuela, teníamos guardaespaldas —comenta alucinada.

—Ha pasado mucho tiempo desde que dejamos Venezuela... —le recuerda mi padre con nostalgia.

Observo que Jessica se lleva bien con Matty, por lo menos eso es algo que me alegra. Vuelvo mi mirada a mis padres y recuerdo con nostalgia el país que me vio nacer.

—Sí, cinco años, ¿pueden creerlo? —Suspiro triste—. Muchas veces extraño visitar Maracay, para tomar el auto con Rocci y conducir a Choróní o Cata. Creo que así se sentirán todos los venezolanos que dejaron nuestra amada patria —comento llena de nostalgia.

Mis padres dejaron Venezuela al año de nacer Matthew y se establecieron en Miami. Viven en Doral, una pequeña ciudad llena de venezolanos. Siempre recuerdo la canción llamada Venezuela y se la canto a mi hijo, porque como dice su letra:

Entre tus playas quedó mi niñez.

Tendida al viento y al sol...

Y esa nostalgia que sube a mi voz

Sin querer se hizo canción...

—Mi bella Maracay... —susurra mi madre añorando nuestro país.

Recordamos lo mucho que nos divertíamos en nuestro país, mi padre extraña reunirse con sus amigos a ver la temporada local de béisbol. Allá en Venezuela un *caraquista* no se lleva con un *magallanero*, la rivalidad entre los equipos es palpable. Mi madre rememora todos los concursos del Miss Venezuela cuando los dirigía Joaquín Riviera. Dicen que recordar es vivir, pero que nostalgia da cuando escuchas el himno nacional del país en dónde naciste al estar lejos de él, puede que Estados Unidos me haya adoptado, pero amo mi Pequeña Venecia.

La puerta se abre y entra Caleb con el rostro serio, pero al verlo suspiro ya que lleva mi traje favorito azul marino con una camisa blanca y una corbata fina de color negro. Nuestro hijo sale corriendo con los brazos abiertos a recibirlo y él se agacha para abrazarlo, lo alza en brazos y le da un beso sonoro, se acerca a dónde estamos y se sienta a mi lado. Me regala un beso en los labios.

—Buenas tardes —saluda con voz cansada.

Mis padres se levantan y nos sonríen, mi papá se acerca para darme un beso.

—Bueno hijos, los vamos a dejar para que descansen —nos informa mi mamá dándonos un beso y tomando a Matty en sus brazos—. ¿No hay besitos para la abuelita?

Matthew niega sonriendo y ella pone cara de circunstancia. Mi madre sufre al igual que Elisa por el cariño de mi hijo.

—¿Y para el abuelito? —le pregunta mi padre en español y solo para molestar a mamá.

Todos nos sorprendemos cuando él contesta en un español precario por su edad:

—Sí, para el abuelito, sí.

Le da un beso a mi padre y mi pobre madre dolida se lo pasa a éste para que lo cargue. Eso señores, se llama celos entre abuelitos.

—¡Por Dios, Emma! —chilla mi madre—. Voy a creer lo que dice Elisa, este niño es puro amor para los abuelos.

Caleb y yo nos miramos y estallamos en una carcajada, nuestro hijo nos acompaña riéndose de su abuela y mi padre se atraganta de la risa. Ella nos observa con rabia y toma su bolso despidiéndose mientras refunfuña. Ellos se van a su hotel y nosotros nos quedamos un rato los tres en el sofá.

Matthew se baja de las piernas de su padre y corre hasta su habitación.

—¿Qué tal son los nuevos guardaespaldas? —indaga Caleb mientras acaricia mi espalda.

—Son agradables, además creo que ya la chica se ganó el cariño de tu hijo. —Sonrío, nuestro hijo es tan noble como su padre.

—Nena —me llama y yo alzo mi rostro.

Me encuentro con sus ojos que me miran preocupados.

¿Ahora qué?

—Dime, mi amor...

En el instante en que va a hablarme sobre lo que le preocupa, escuchamos un gran estruendo que proviene de la habitación de Matthew. Todos salimos corriendo y cuando digo todos, incluyo a Jessica y Edward. Caleb es el primero en entrar y yo le sigo asustada a lo que pueda encontrarme, sin embargo, lo que hallamos es para morir de la risa: Matthew está en todo el centro del desastre que ha causado, tumbó todos los juguetes que su padre se empeña en coleccionar. Nos observa asustado y con las lágrimas a punto de estallar. Camino hasta él para abrazarlo, lo alzo en mis brazos y el pobre está temblando ya que sabe que mi amado esposo le dará un regalo.

—¿Estás bien, nene? —le pregunto.

Mi niño se sacude comenzando a hipear del susto, tomo su cabecita y le doy un beso, pero Caleb lo llama con tono de voz cavernosa:

—Matthew James Mraz...

Mi pobre hijo se sobresalta y llora, hasta yo lo haría con el tono de voz que está usando. Me giro a donde están parados Jessica y Edward para indicarles:

—Una pequeña travesura. —Hago un guiño en complicidad—. Jessica, tú debes saber qué es esto.

Ella me sonríe y asiente. Esbozo otra a mientras trato de calmar los chillidos de Matt.

—Sí, mi hijo hace miles —reconoce ella con una sonrisa.

—Bueno, me dan unos minutos —les pido tratando de disimular mi enejo.

Ellos asienten y salen de la habitación. Caleb me observa furioso y yo lo ignoro, acaricio lentamente la espalda de nuestro hijo para que se calme.

—Emma... —sisea Caleb.

Niego y lo fulmino con la mirada. No quiero discutir con él frente al niño por unos juguetes.

—¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? —le pregunto preocupada.

Camino hasta su cama cuna en forma de auto y lo pongo de pie sobre ella. Lo reviso asegurándome que no tenga ni un solo rasguño.

—Matthew. —La voz de Caleb es más serena ahora, espero que se mantenga así—. ¿Qué te he dicho sobre esos juguetes?

Matt pone sus labios en forma de pato y le tiemblan a causa del miedo. Yo acaricio su rostro y le aliento a responderle a su papá.

—Vamos bebé, respóndele a papi.

—No puedo tocarlos... —Junta sus manitas moviendo sus deditos nerviosos—. Pero quería jugar con el *Aston Martin*.

Su voz es casi un susurro a causa de las lágrimas. Me niego a mirar a Caleb, porque le he repetido que nuestro hijo no está en edad de comprender la diferencia entre coleccionar o jugar.

—Tranquilo —le asegura acercándose y alzándolo en brazos—. Nos diste un susto de muerte.

Matty llora con ganas drenando todo el susto y lo abraza. Minutos después Caitlyn y yo recogemos todo mientras Caleb y Matt juegan en la terraza con el *Aston Martin*.

Así son los niños, cuando menos lo esperas te sorprenden con alguna que otra travesura. Solo que tengo que aclararle a mi esposo que los autos de juguetes son para jugar y no estar de adorno en la habitación de mi hijo.

¡Adam, pobre Adam!

Irene

Me exaspero observando a Adam caminar de un lado a otro en mi salón, ya que desde que llegó a la casa no ha dicho ni una sola palabra. Miles llegó de la oficina casi una hora después que él, pero salió con Leo y Lucía para darnos la privacidad que necesitamos. Cada vez que intenta decirme algo se queda callado haciendo gestos negativos con su cabeza. Estoy al borde un ataque cardíaco por lo preocupada que me encuentro y me imagino que todo tiene que ver con esa chica.

—Adam... —lo llamo.

Él se gira y me observa con los ojos vidriosos. Suspira y niega de nuevo. *¡Por Dios, que hable o lo mataré!*, pienso. Toma una respiración profunda y habla:

—Hace cuatro años envié un *email* a una dirección errónea. —Se le quiebra la voz—. Era urgente la respuesta de la otra persona, por eso insistí a la misma dirección exigiendo una respuesta. —Se ríe—. Kelly, ella que era la eficiencia en persona, había anotado mal la dirección. —Su tono de voz es de ironía, los dos sabemos que, todo lo contrario—. Alana... —Respira hondo—. Ella me respondió y me dijo que estaba equivocado, que no era quién pensaba.

Alana...

¿Quién es ella?

Dios, me está matando la curiosidad de saber su historia, pues hace poco la nombró y parece que de nuevo lo atormenta.

¿Cuánto daño le causó esa mujer a Adam?

—Y entonces... —le insto para que siga contándome.

—Al darme cuenta de que era otra mujer, me entró la curiosidad y revisé su perfil desde el mío en Google+. —Niega sonriendo ante el recuerdo—. Insistí como un maldito bastardo durante semanas, pero ella no respondió, si no meses después. Quería conocerla, porque en la foto que tenía se veía bellísima y algo me decía que ella era esa mujer. —Se acerca al sofá y se sienta a mi lado—. Yo tenía veinticuatro años, casi los veinticinco al igual que ella.

—Adam, ¿por qué la querías conocer? —averiguo curiosa por saber más.

—Era bellísima, Irene. Y no sé, quizás solo quería follarla, pero me enamoré. —Suelta un quejido—. Creo que ahora comprendo sus excusas de no querer darme su número, las veces que se negó a verme y las muchas veces que no respondió a tiempo los *emails*, siempre estaba de viaje o mejor digamos que de misión.

—Dios, Adam, todo esto parece una historia de película —comento ante todo lo que está contando.

Él asiente sonriendo, pero se nota la tristeza en rostro, no puedo creerlo mi chico alegre. Toma mi mano y la aprieta fuerte, recuerdo todas las veces que me afirmó que yo sería la única que lo vería sufrir por una mujer. También vienen a mi mente los primeros meses en Nueva York y lo que le costó adaptarse, porque estaba perdido y no era capaz de superar la ruptura.

—Sí, tienes razón —con cuerda—. Ella un día al fin accedió a tomarse un café, por aquellos tiempos a mí no me importaba nada, ¿sabes? —Yo asiento, por un tiempo creímos que no le

importaba nada—. Cuando entré a esa cafetería y la vi... ¡Cristo, Irene! Fue ver una diosa, estaba vestida con un jean desgastado y roto, una camiseta blanca y una cazadora de cuero. Por supuesto, yo llevaba un traje ya que salí de la oficina corriendo solo para verla. —Respira hondo—. Me enamoré de Alana a primera vista y luego metí la pata, porque le dije que odiaba los militares por mi padre y me dejó sólo en la cafetería.

—¡Adam, por Dios!

—Sí, yo y mi bocota, pero me dio una oportunidad. Me dijo que era algo así como instructora y yo me imaginaba a la protagonista de *Top Gun*, toda una mujer fatal y a todos los *marines* detrás de ella. Te juro que la parte de otros hombres detrás me repateaba el estómago.

—¿Qué sucedió entre los dos? —le pregunto.

El pobre se ve que está realmente afectado. No puedo creer qué se reservó todo lo que sentía por esa chica durante tantos años.

—Todo —susurra y pasa una de sus manos por el cabello—, pero un buen día ella desapareció, la busqué y no la encontré. Fue como si la tierra se la hubiera tragado.

—¿Pero y Carter? —chillo sorprendida.

Adam me da un vistazo dibujando en sus labios una sonrisa triste, el pobre está hecho todo un desastre a la espera de la rendición de un amor que no llega a su final en su corazón.

—Le di sus datos y ocho meses de búsqueda dieron como resultado que Alana Blunt no existía.

Quedo ojiplática. ¡Flipo! ¡Flipo a colorines! ¿No existía? Él de nuevo sonríe triste y se me parte el alma por mi niño.

—Te mintió —susurro.

Asiente dándome la razón, ahora más que nunca deseo conocer a la mujercita para darle unos cuantos guantazos por zorra.

—Eso destruyó mi corazón, porque amaba una mentira. —*¡Dios, pobre Adam!*—. El resto de la historia ya la sabes. —Asiento porque claro que la sé—. Pero hoy...

Se queda callado de nuevo y yo me remuevo, porque no termina de contarme la historia. Los hombres contando secretos son peores que nosotras.

—Hoy, ¿qué?

—Hoy, la he vuelto a ver... —contesta con rabia y yo llevo mis manos a mi boca completamente sorprendida—. El mismísimo Carter Harris la envió a las instalaciones de Mraz & Chapman y asociados.

Frunce su ceño y hasta yo lo hago, ya que ahora sí que no entiendo nada de lo que está sucediendo. Esto parece un cuento de nunca acabar.

—Alana no es realmente su nombre. Se llama Jessica Alana Hanks Fernández.

—¡Cristo! Ella es la nueva guardaespaldas de Emma. —Mi voz sale chillona por lo sorprendida que estoy.

—¡Sí! Me mintió y me ocultó que era una *marine*. Luego de que salimos de la reunión la atrapé y la llevé a arrastras a mi oficina. —*Por eso estaba alterado Miles*, pienso—. Discutimos y volvió a mentirme diciéndome que me buscó al regresar.

—Adam...

—No quiero tu lástima, solo deseaba sacarme todo de adentro.

—Estoy aquí, siempre lo estuve y lo estaré.

—Ella asegura que me buscó y que alguien me negó, pero... —titubea cabeceando—, no lo creo.

—Adam —lo llamo de nuevo preocupada.

—No quiero tu lástima, solo deseo sacar todo esto dentro —repite con voz rota señalándose el corazón—. Yo la sigo amando, porque me enamoré perdidamente de ella.

Me levanto y lo abrazo, creo que logro entender al fin porque nunca quiso conocer a nadie luego de mudarnos. Los comentarios que nunca tendría, lo que tenemos Miles y yo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le pregunto.

Quiero realmente ayudarlo, pero no sé cómo.

—Por favor, tú y Emma son buenas para leer el alma de las personas. Quiero saber si es verdad todo lo que dice.

—Hecho —Me separo de él y lo hago que me mire—. Pero tienes que estar preparado para enfrentar la verdad.

—Te prometo que lo estaré. —Aprieta mi nariz y yo hago un mohín. Adam sonrío triste—. Me voy, mañana salgo a Los Ángeles.

Asiento y lo acompaño a la puerta, aunque no me gusta la idea que se vaya lejos estando así. Lo siento, pero con mi familia me sale solo el instinto de mamá gallina.

—Adam —lo llamo, él se gira y se queda mirándome—. Te voy a pedir que no hagas locuras en Los Ángeles, por favor.

—Lo prometo, solo deseo alejarme un poco. —Yo asiento—. Dale un beso a Lu de mi parte. —Sonrío—. Los quiero.

—Nosotros a ti; nosotros a ti.

Adam sale del ático mientras me quedo pensando en todo lo que me ha contado, necesito conocer la verdad de los labios de ella, pero todo eso tomará tiempo. Si esto resulta más que un mal entendido, voy a confirmar mi suposición:

El camino de la felicidad es rocoso y tortuoso.

Míos

Caleb

Después de un maldito y largo día entro a la habitación para descansar, deseo escaparme un año entero de mis obligaciones y encerrarme en la casa de la playa con Emma y Matthew, para poder disfrutar de su compañía sin restricciones; alejarnos de todo lo que nos rodea y crear un mundo perfecto solo para ellos y para mí. Sin embargo, soñar no cuesta nada, porque tengo que enfrentarme al mundo, ya entiendo la causa de que tantos hombres después de tantos años sufren del complejo de Peter Pan.

Creer y madurar te hacen darte cuenta de que muchas veces es mejor ser niño. No me quejo de lo que he vivido hasta ahora, pero muchos creen que tengo una vida perfecta y no lo es, puedo asegurarles si bien hasta ahora obtuve todo lo que quise, no ha sido tan fácil hacerlo.

Mi motor siempre va ser mi familia y por eso no me canso de observarlos mientras duermen tranquilos y alejados de mis problemas. Dos de mis tres tesoros duermen abrazados en la cama, me encanta esa conexión de madre e hijo y hasta envidio la complicidad que hay entre ellos dos. Me toca ser el malo con nuestro pequeño, pero alguien tiene que ponerle carácter. Mi mente vuela a algunas horas atrás y las duras palabras que me dijo Emma por mi comportamiento luego de la travesura de Matt...

Emma entró como un huracán tirando la puerta. Se detuvo frente a la mesa, alcé mi mirada y sonreí pensando que estaba muy molesta. Ella se cruzó de brazos y movía unos de sus pies contra el suelo.

Sí lo está, susurró una voz en mi mente.

—Emma... —la llamé y esboqué la sonrisa de portada como ella la llama, pero la pasó por alto y me fulminó con la mirada.

—No vengas con tus sonrisas que estoy muy molesta contigo —me advirtió, me levanté de la silla ignorando sus palabras. Rodeé el escritorio y ella siguió cada uno de mis movimientos hasta que me senté en el escritorio frente ella—. A ver —carraspeó nerviosa porque como yo, no puede disimular que me afecta—. ¿Cuántas veces te he repetido que Matthew no sabe diferenciar lo que es de colección y lo que no?

—Muchas —respondí y crucé mis piernas y brazos—, pero si no le enseñamos desde ahora, nunca aprenderá.

—¡Joder, Caleb! ¡Es un niño! —exclamó molesta por mi respuesta. Verle de aquella forma hizo que mi polla pensará por sí sola—. Desde hoy no hay más juguetes de colección y si quieres, compras unos para ti.

—¡No! —contesté.

—¿Qué? —me preguntó sorprendida.

—Que no. Te concedo lo que quieras, pero eso no —le informé y la decisión estaba ya tomada.

—Caleb... —me llamó en tono de advertencia y se acercó en modo de desafío.

Fue la oportunidad perfecta de tomarla por la cintura y atraerla hacia mi cuerpo. Abrí mis

piernas y la posicioné en el medio de ellas, respiró hondo y se cruzó de brazos, pero el mal estaba hecho y es que me excité con tan solo verla molesta. Hizo una mueca con sus labios cuando tomé su mentón y la obligué a verme.

—Nena, te juro que me asusté al igual que tú —le aseguré—, los amo, solo quiero que nuestro hijo aprenda a valorar todo lo que tiene. —Bajé mis labios hasta los de ella y le di un beso casto—. Te prometo que algo haremos para que lo de hoy no suceda de nuevo.

—Matty no entiende —contestó refutándome—. El pobre solo quería jugar con el auto de su padre.

—Lo sé. —Acaricié sus labios con los míos y ella soltó un gemido.

—Caleb, estamos hablando —musitó, tratando de evitar lo inevitable.

Sonreí y la besé olvidando el tema. Emma se resistía un poco al principio, pero se rindió dejándome entrar a su boca y jugar con mi lengua. Llevó sus brazos alrededor de mi cuello y mordí su labio inferior sintiéndome feliz a que accediera a besarme. La presioné contra mi erección y ella jadeó excitada.

Bajé mis manos hasta el borde de su vestido y subí mis manos por sus muslos hasta llegar a su tanga, masajé un poco, pero la tela me estorbaba y la rompí. Ella rompió el beso jadeando. Observé que su rostro estaba sonrojado y las pupilas de sus ojos dilatadas a causa del deseo. Introduje mis dedos dentro de su sexo y con mi pulgar acariciaba su clítoris.

Mordía sus labios para evitar gemir, se encontraba tan húmeda, que toda mi mano estaba impregnada de ella. La torturé hasta que consiguió el orgasmo. Saqué mi mano, desabroché mi pantalón, la senté sobre el escritorio y la penetré. Tuve que cerrar mis ojos, puesto que las paredes de su coño palpitaban alrededor de mi sexo volviéndome loco.

Tomé su coleta y me estampé contra sus labios, comencé con arremetidas rápidas buscando el placer mutuo. Me tragué cada uno de sus gemidos y cuando sus uñas se clavaron en mi espalda avisando que estaba a punto, me derramé dentro de ella. Luego de dos penetraciones más ella me siguió arañando mi espalda.

Rompí el beso extasiado por el placer y posé mi frente en la suya. Nuestras respiraciones estaban aceleradas y me encantó ver su piel sonrojada.

—Te amo, nena, y no sabes lo que me excita verte pelear —le expresé completamente enamorado.

Ella negó y me sonrió.

—Tramposo...

Solté una carcajada, porque tengo mis maneras de convencerle para hacer lo que deseo.

—Lo sé... —Le guiñé un ojo.

—Esto no sé queda así y tenemos que hacer algo —me advirtió, mientras acariciaba sus labios con los míos.

—Te prometo que buscaremos una solución para los juguetes.

—Está bien.

—¿Me amas? —le pregunté.

—Te amo.

Suspiro y me acerco para dejar un beso en la frente de los dos, entro al vestidor y me cambio por un pantalón de pijama. Voy hasta el cuarto de baño mientras me cepillo los dientes, comprendo que la vida me dio el regalo de vivir feliz. Recuerdo que casi muero en la terraza de mi antigua casa y creo que ahí murió aquel Caleb solitario que solo vivía para trabajar.

La vida pone baches en el camino y el mío fue Catherine, mientras que el tropiezo de Emma fue Alejandro, pero todo nos llevó a encontrarnos. Me acuesto en la cama y los abrazo cerrando mis ojos disfrutando la sensación de fortuna de tenerlos a mi lado.

Capullo

Miles

Vamos sobrevolando el Atlántico en este instante, el jet va con más pasajeros que de costumbre, porque Leo viaja con nosotros de regreso y también volverá ya que solo irá en busca de sus cosas para establecerse en Nueva York con nosotros. El amor obra milagros y nuestro amigo está enamorado de un aspirante a actor de teatro que le ha pedido formalizar la relación. Por supuesto, nos alegramos por él y por su felicidad.

Pasaremos unos días de descanso en Barcelona y lejos de todo lo que nos genera un poco de estrés. Irene quiere respirar otros aires para regresar renovada a la apertura de la juguetería, pero también sé que le emociona pasar unos días en su tierra. Después de casarnos y mudarnos formalmente a los Estados Unidos, puso en venta su pequeño piso en Mataró y solo nos quedamos con nuestro piso en Pedralbes.

Esa fue mi idea cuando decoré aquel lugar, deseaba un espacio en donde siempre pudiera volver con ella y fue ahí donde finalmente entendió que éramos el uno para el otro. Guardo hermosos recuerdos de ese sitio ya que en nuestra habitación me dio la noticia que seríamos padres, nuestra hija dio sus primeros pasos en el salón y Luna destruyó los primeros cojines. La ubicación es perfecta, ya que está cerca de la casa de mis padres y del padre de Irene, que luego del accidente cambió por completo su actitud con ella.

Barcelona es importante para mi esposa, por eso soy incapaz de negarle que pasemos unos días cuando lo pide. La ciudad me encanta, la verdad es que su encanto en su belleza arquitectónica, muchas veces me pierdo entre sus calles para disfrutar de alguna cerveza sentado en cualquier terraza.

—Miles —me llama Irene con voz preocupada.

—Dime, Cielo.

—¿Sabes algo de Adam? —me pregunta preocupada.

Niego y es que lo único que sé de mi primo es que se fue a Los Ángeles. No puedo negar que realmente me preocupa su situación, ya que desde que descubrió la verdad sobre esta chica se encuentra muy alterado y me da terror que suceda lo mismo que con Jules. Aquellos tiempos fueron muy oscuros en la vida de Adam.

—Solo sé que está en Los Ángeles desde ayer —Me mata la curiosidad de saber la historia entre mi primo y la *G.I. Joe* que contrató Caleb—. Estará bien, te lo prometo.

—No lo creo, se sentía tan perdido ese día —me responde con duda—. Quiero conocerla.

—Cuando regresemos tendrás el tiempo suficiente para conocerla, porque en quince días inauguran la tienda y ella las va acompañar a dónde vayan, recuerda que nuestra vida allá es muy diferente a la de aquí.

Irene asiente de acuerdo, a diferencia de Emma que no está acostumbrada a los flashes molestos de fotógrafos, mi esposa siempre vivió en el ojo público al ser su padre un político conocido. Se levanta para sentarse en mis piernas, acaricia mi rostro y me da un beso casto. Aprovecho la oportunidad para apretar su trasero disfrutando de tenerlo en mis manos.

—¿Sabes? Extraño nuestras peleas estúpidas —expresa con una hermosa sonrisa en sus labios. Suelto una carcajada, pues yo también extraño esas pequeñas desavenencias. Me encantaba verla rabiar y llevarla al límite.

—¿Esas en dónde terminabas tus frases con capullo? —averiguo divertido y ella asiente en respuesta. En mi cabeza llueven las ideas que pueden llevarme a un polvo seguro con mi esposa —. Te propongo algo.

Al decir eso su rostro se ilumina, si le digo cualquier cosa, quizás termine con un guantazo en mi rostro y es por eso que tengo que pensar bien este trato.

—A ver. —Me llevo mi mano al mentón y acaricio pensando alguna cosa que la haga reír. Cuando se me ocurre algo perfecto para que se cabree, le susurro en el oído—: El trato es sencillo, te hago el amor en el baño del avión y tú me cuentas la historia de Adam y Jessica. — Ella niega—. Todos ganamos. Tú ganas un orgasmo y yo saber qué es lo que le sucede a mi primo.

—¡No! —Se levanta de mis piernas y su rostro está rojo de la rabia.

¿Pero qué sucede?

—¿No? —le pregunto.

Ella se cerciora que estemos solos. Doy gracias que Leo está en la habitación con Lu, creo que la he cagado.

—¡Exacto, no! —Cruza sus brazos—. Todo es sexo a cambio de algo. Sí claro, la única que gana el orgasmo soy yo. ¡No me jodas!

Pongo los ojos como platos, pues ahora sí que no la entiendo. ¿Será parte del juego?

—Pequeña saltamontes, sabes que lo deseas... —le expreso con voz seductora—. No te hagas la dura.

—Miles, de verdad de que eres un gilipolla la mayor parte del tiempo. —Me observa—. No te diré nada y por mí puedes casquearte la polla.

—¡Irene! —la llamo—. ¿Pero qué coño sucede?

—¡Joder! —Se levanta de la silla de mis piernas—. ¡Qué me joden tus tratos! Eres un peligro cuando me propones algo. Exceptuando cuando me propusiste ser tu esposa, ya que de resto siempre son proposiciones en dónde tú siempre obtienes algo.

—Pequeña... —susurro.

La he cagado y bien cagada, murmuro en mi mente mientras me quedo observándola con asombro.

—¡Pequeña, nada! Me voy a dormir con Leo y Lu. —Atraviesa el pasillo y se detiene frente a la puerta—. Que sea productiva tu paja. ¡Capullo!

Entra a la habitación cerrando la puerta detrás de ella. Suelto una carcajada, porque esta vez sí que me he ganado ser llamado:

¡Capullo!

Llegamos a Barcelona con buen tiempo, pasé el vuelo solo ya que Irene sigue con su cabreo y eso es algo que me tiene estupefacto. Normalmente se molesta y al rato se le pasa todo, por eso no entiendo nada de lo que está sucediendo y el porqué de sus reacciones. Llegamos al piso y Luna es la primera en entrar, seguida de Lu y mi esposa.

—¿Papi? —me llama mi hija.

—Dime, princesa —La alzo en mis brazos.

—¿Podemos ir mañana a donde el abuelito Felipe y el tito Diego? —me pregunta ilusionada y

miro la hora en mi reloj, veo que son las cuatro de la madrugada.

Ella está tranquila y es por el cambio de horario. Sin embargo, aquí ya es mañana.

—Más tarde iremos, porque ya aquí es mañana...

Lucía se queda viéndome y me pregunta:

—¿Cómo es eso papi?

—Bueno, nena, hay diferencias de horarios entre Nueva York y Barcelona. Allá en casa aún no termina el día y aquí estamos empezando uno nuevo.

Mi pequeña me ve como si tuviera dos cabezas. Me da risa, ya que pasé por lo mismo cuando era pequeño.

—No entiendo —me dice haciendo expresiones con su manitas.

—Mañana te explicó, nena —le asegura su madre y se acerca para tomarla en brazos—. Despidete de papi para ir a dormir.

Yo beso a mi hija y trato de besar a mi esposa, pero me hace la cobra y pongo los ojos en blanco.

—Hasta mañana, princesa —me despido de Lucía.

—Hasta mañana, papi —me responde con una sonrisa. Ella mira a su madre y luego a mí—. Mami dale un besito a papi...

Irene niega y yo sonrío. ¡Mi hija la celestina! ¡La amo!

—Luego, porque ya es tarde y tienes que ir a dormir —contesta tratando de ignorar la petición de nuestra hija.

Yo hago pucheros a Lu mientras Irene me fulmina con la mirada. *¡Efecto Chapman, querida!*, pienso mientras pongo el rostro triste.

—Mira, mami. —Lucía dice señalándome—. Papi esta triste...

¡Esa es mi hija!

—¡Vale! —responde Irene resignada—. Uno solo y a dormir.

—¡Sí! —Aplauda Lu.

Le ofrezco los labios y mi esposa hermosa se acerca, pero la muy canalla me da un beso casto en la mejilla y luego besa a Lu.

—¡Así no! —exclamo sarcástico.

—¡Sí, mami, así no! —grita Lu apoyándose.

Irene me quiere matar mientras de que disfruto este momento, sé muy bien de que la estoy llevando al límite.

—No hay más besos —responde—. ¡Vamos a dormir!

—No, mami, dale un beso de esos bonitos a papi —le pide nuestra hija batiendo sus pestañas.

—Lu... —le increpa su madre.

—Vamos, pequeña saltamontes —le pido batiendo las pestañas como nuestra hija.

Ella sonrío por debajo porque sabe que estoy ganando la batalla.

—Anda, mami. —Aplauda Lu.

—¡Anda, mami! —Imito a nuestra hija y mi sonrisa se ensancha.

Irene niega y accede a darme el beso, aprovecho la oportunidad tomándola por la cintura y profundizando un poco ese contacto casto que ella intenta darme. Escucho a Lucía aplaudir mientras disfruto de los labios más dulces del mundo que he probado. Cuando mi esposa rompe nuestra unión, me muerde mi labio inferior y estoy al tanto de que es su manera de vengarse.

—¡Qué rico beso! —expreso.

Irene besa a Lucía en la mejilla y me observa con los ojos llenos de malicia. Nuestra hija

sonríe feliz, sin embargo, su madre tiene otros planes.

—Hija —llama a Lu con una sonrisa—. ¡Tú papá es un capullo!

Yo pongo los ojos como platos y Lu grita:

—¡Capullo, papi, capullo!

Los dos soltamos una carcajada y ellas se van a la habitación de Lucía. Quedo a mitad del salón muerto de risa, porque mi esposa odia que digan tacos frente a su hija y acaba de enseñarla a llamarme capullo. Todavía no entiendo lo que está sucediendo, pero estos son los momentos que disfruto con mi familia.

Conociendo a Jessica

Emma

Chinatown es uno de los sitios de la ciudad que más visitados, me parece un lugar tan interesante y lleno de la cultura oriental. Cuando vivía en Caracas siempre visitaba el mercado oriental y creo que tengo cierta fascinación por la cultura china. Me encanta venir, ya que en algunos locales puedo encontrar la harina de maíz precocida para hacer mis arepas, es por eso que siempre que puedo y tengo la oportunidad vengo a este pedacito de China.

Sin embargo, todo es diferente hoy ya que necesitaba salir de la casa, porque en estos últimos días me estoy ahogando dentro de ella. La situación no hace más que empeorar y la prensa sigue fastidiando a Caleb con el asunto de *Lady Voldermort*. Muchas veces deseo escaparme para no escuchar nunca más el nombre de Catherine, pero no puedo hacerlo y ahora me toca ser paciente y también valiente. Realmente la paciencia es una virtud que no poseo. Poco a poco me acostumbro a tener una nueva sombra, la verdad es que Jessica nos sigue a Matthew y a mí muy cerca, pero respetando mi espacio personal.

Esta semana estaré sola en la ciudad y me siento un poco incómoda, son estos momentos que quisiera tenerlos a todos cerca. Irene está en Barcelona con Miles y Lu, Said viajó para visitar a su madre y disfrutar de lo poco que le queda de permiso postnatal y Adam está en Los Ángeles. Debo confesar que ahora en este preciso instante me muero de la curiosidad por conocer su historia con esta chica.

Haré de celestina, pero necesito conocer las dos versiones, susurro en mi mente.

Me detengo frente a la vidriera de una de las tiendas. Normalmente es una de mis paradas favoritas, ya que aquí venden bisutería china y algo que no he perdido desde que llevo una vida de lujos es que todavía soy feliz con las cosas sencillas.

—Voy a entrar —le informo.

Me giro y me encuentro con Jessica que me asiente sonriendo. La detallo y llego a la conclusión que la chica es linda, además me ha demostrado que es muy dulce.

—¿Entro con usted? —me pregunta amablemente.

—Sí, claro —respondo—. Matt, ¿entramos?

—No quiero —me responde haciendo un puchero.

Me percaté de que lo he obligado a caminar más de lo que está acostumbrado y el pobre debe estar cansado.

—Edward, ¿puedes quedarte con él? —le pido al otro guardaespaldas.

Según Caleb, siempre tengo que tener a alguien a mi lado, lo cual me parece exagerado. No soy una celebridad y todo esto me hace creer que solo avivamos el fuego. No tenemos nada que esconder, entiendo que se preocupe por mi seguridad, pero

—Sí, señora —contesta mientras alza en brazos a mi niño.

Entro a la tienda cuando ellos se suben al todoterreno que se ha estacionado al frente. Tengo que pensar bien en cómo abordar el tema con Jessica, pues no quiero parecer que soy una metiche. Caleb me contó cómo se alteró Adam y me sorprendí, porque él nunca pierde los papeles.

Digamos que él que nos hace reír a todos, pero siempre mantiene su postura de persona atenta.

Me aclaro la garganta para llamar su atención, ella gira su rostro y me observa.

—Jessy, me gustaría preguntarte algo. —Ella asiente—. ¿Puedo?

—Sí, señora.

Pongo los ojos en blanco, odio que me trate con distancias cuando las dos tenemos la misma edad. ¡Por Dios! ¿Ahora soy una señora?

—¡Por favor! —exclamo cansada y le pido—: Llámame Emma.

—Está bien, Emma. —Me sonrío.

Ya entiendo porque Adam está enamorado de esta mujer, si yo fuera hombre, también lo estaría. Jessica es una mujer muy hermosa, alta, con una excelente figura, (da envidia su cuerpo). Lo que me parece otra casualidad es que ella tenga también los ojos grises.

¿Qué tendrán estos hombres con los ojos de ese color?

—Me gustaría saber... —Me callo.

La verdad, no puedo preguntarle todo a los golpes.

—¿Quieres saber sobre mi relación con Adam? —indaga ella y yo asiento. Me imagino que debo estar sonrojada, ya que ella sonrío y agrega—: Es complicado.

—Lo sé... —contesto mientras tomo en mis manos una pulsera de Jade—. Pero Adam para mí es como un hermano.

Se instala un silencio incómodo entre las dos. Muerdo mi labio, ya que al decir eso la estoy predisponiendo y seguro va creer que la detesto. Niego y voy a decirle que se olvide, cuando ella habla:

—Soy un ex *marine*, mi padre fue un general y uno de los consultores del pentágono. —Respira hondo—. Conocí a Adam cuando estaba en una misión en Afganistán. Yo normalmente no decía a lo que me dedicaba, puesto que los hombres se intimidaban. —Me observa y yo asiento—. Todo comenzó por un *email*. Hablamos por unos meses y eso me gustaba, porque era como tener a alguien que siempre me esperaba. A veces regresaba de las misiones de reconocimiento y me alegraba de ver en mi bandeja de entrada sus mensajes. Cuando por fin accedí a vernos en persona... —Suspira—. Nunca imaginé que me iba enamorar de él y he pensado que estaba enamorada de él antes de conocerlo.

La melancolía en su voz me hace preguntarle:

—¿Aún lo amas?

—Sí. —Su respuesta es casi que inmediata—, pero entre nosotros no puede haber nada.

Niego porque si amas a alguien, puedes perdonarle cualquier cosa. Entiendo que el amor a veces duele y muchas veces se pone duro para conseguirlo, pero el amor es el sentimiento que mueve al mundo.

—¿Por tu hijo? —averiguo.

—Sí, por mi hijo entre otras cosas. —Niega—. Disculpa Emma, pero prefiero no seguir hablando del tema.

Asiento ya que entiendo su resistencia a contarme algo más sobre el asunto. Me estoy metiendo en un terreno que no es de mi incumbencia. Quiero ayudar a mi loquito a ser feliz.

—No juzgues a Adam —le pido—. Puedes sorprenderte con lo increíble que es con los niños. —Sonríó al pensar cómo ama a Matt y Lu—. Solo debes mirarlo con Lu y Matt. Además, quizás él esté herido por perderte hace cuatro años.

—Te dije que no es solo por mi hijo. —Suelta el aire contenido en sus pulmones—. Son muchas cosas.

Me pongo en sus zapatos porque cuando estaba con Alejandro, omitía todo lo que me dolía de nuestra relación. Solo hay algo que no me termina de cuadrar en esta historia.

—Una última pregunta —le digo y ella niega riendo.

—¿Eres curiosa o quieres mucho a Adam?

—Sí, lo sé, soy una metiche. —Me río y agrego—: Solo que me gusta ver felices a las personas que amo. —Ella asiente—. ¿Recuerdas el nombre de la persona que te negó a Adam en el banco?

—Sí, su nombre es Olive.

¡Bingo! ¡Lo sabía!

Entonces los rumores eran ciertos, esas malditas arpías querían quedarse con alguno de ellos. Todos en la oficina decían que Adam se estaba follando a Kelly y seguro Olive le negó a Jessica para ayudar a su amiga.

—¡Lo sabía! —exclamo en voz alta.

—¿Ah? —Me observa extrañada.

—Olvidalo. —Le hago un gesto con la mano—. Vamos a pagar. —Le enseño un collar que escogí para ella—. ¿Te gusta?

—Es lindo.

—Es tuyo —respondo.

—Gracias.

Cambiamos el tema y conversamos sobre su hijo Sean, pero de mi mente no se borra ese nombre: ¡Kelly! ¡Joder con la rubia! Ya sabía que era una arpía, no pudo con Miles y quiso con el primo. ¡Lagarta! Tengo que hablar con Irene, porque algo tenemos que hacer para conseguir que estos dos hablen y se cuenten toda la verdad. Mi sexto sentido me dice que Jessica es la mujer para Adam.

Hoy es noche de comida típica venezolana y por eso estoy cocinando arepas. Claro, que también aprovecho que mis padres están en la ciudad. Jessica se interesó en lo que cocino y anota todo lo que hago. Haré unas arepas con carne mechada y unas reinas pepiadas, que es la arepa más famosa de mi país y a todos les llama la atención el nombre.

—Entonces, ya el pollo está frío —le explico a Jessica en español, algo que me encanta poder hablar en mi lengua materna—. Lo troceamos con las manos como hicimos con la carne.

—Vale... —responde—. ¿Y la palta?

—La picamos de último para que no se oxide —respondo—. Pero si quieres hacerlo, le rocías zumo de limón.

Mi madre entra a la cocina y exclama:

—¡Que rico huele la carne! —Me da un beso cuando se acerca.

—Gracias, mami —le respondo.

—Entonces le enseñas a la chica a cocinar... —me comenta.

—¡Mamá! —le increpo.

—Sí señora, lo cierto es que siempre me han llamado la atención las arepas —responde Jessy con una sonrisa.

—¿De qué parte de España eres? —le pregunta mi madre—. Siempre voy de visita.

—Soy estadounidense, nací aquí, pero mi madre es de Sevilla y viví ahí hasta hace muy poco

ahí. —Sonríe—. Apenas tengo unos meses que regresé, pero al pedir la baja me mudé con ella para superar la pérdida de mi padre.

Anotado, ahora entiendo porque no la encontraba Adam, pienso mientras escucho atenta la conversación.

—Sevilla es hermosa —dice mi madre—. Cuando vivía la difunta Duquesa de Alba era emocionante ir a sus ferias.

Niego sonriendo porque a mi mamá siempre le gustó la prensa del corazón de España. Irene y yo le llamamos a veces Maruja.

—¡Todavía los son! Yo cuando puedo me escapo a las ferias y me visto de flamenca — responde con nostalgia Jessica.

—Yo quiero hacerlo —le digo.

—Te prometo que el año próximo iremos —contesta Jessica.

Mi mamá aplaude emocionada, creo que ella lo que haría es pasarse la feria quejándose y haciéndonos la vida a cuadros.

—¡Sí, sí, yo también! —Se une emocionada mi madre.

—¡*Miarma*, iremos todas! —responde Jessica.

Soltamos una carcajada, pues como dicen los españoles: Jessica es majísima, pero los venezolanos diríamos: ella es pana.

Ahora lo que me toca es hacer que Adam y ella bajen sus barreras para que así puedan solucionar sus problemas. Creo que seré la celestina de los Chapman eternamente, primero Miles y ahora mi loquito. Estoy cayendo como una metiche consumada y no me importa, puesto que solo deseo la felicidad de mis dos amigos.

Estado del plan de reconciliación de Jessica y Adam: en marcha.

No puede ser cierto...

Irene

Para ser feliz solo tienes que estar rodeado de las personas que amas. Apenas tenemos día días en Barcelona y estoy que salto por las calles tirando confeti luego de que Nacary nos diera la sorpresa de venir a pasar unos días aquí. Me encanta estar con mis amigos y ahora acompañados de nuestros hijos. Ella está con Gabriel su hijo, que es ahijado de Leo y también mío.

Estamos dando una pequeña caminata en el Paseo Marítimo de Barcelona junto a Leo, a Nacary y Gabriel, a Diego y a Lu. Mi hermano ya tiene once años y protege como a nadie a su pequeña sobrina. Sigue siendo un niño especial e inteligente, lo seguimos de cerca mientras llevo la carriola de mi pequeño ahijado.

—¡Joder! —exclama Leo y señala a Diego—. Mi amado principito está grande.

—Inmenso y muy inteligente —conuerdo con una sonrisa de orgullo. Nos detenemos cerca de un local y llamo a mi hermano—. Diego, vamos a comer aquí.

Él detiene su bicicleta y se gira para verme.

—Vale —contesta y pone cara de fastidio—. Ya vamos.

Me agacho y le hago caras a Gabriel que se ríe. Me dan ganas de tener otro bebé y espero que todos los intentos que estamos haciendo Miles y yo den fruto.

—Gabriel es tan bello —comento a mis amigos—. Nacary, estoy enamorada de mi ahijado. — Ella ríe por mi comentario.

—Deberías darle un hermanito a mi ahijada —comenta ella.

Me levanto y cuando voy a contestar, me detiene la voz de mi hija:

—Mami, mami, mi tito Diego me dijo que decir capullo es malo.

Yo sonrío porque le enseñé esa palabra luego de molestarme con mi capullo favorito. Ahora me toca decirle de que no puede decirle a todo el mundo así.

—Sí, nena, pero se lo decimos a papi de cariño —contesto.

Leo y Nacary sueltan una carcajada mientras Diego frunce el ceño, mi pequeño hombrecito y su amor por Miles.

—Es feo que llames a Miles así —me reprende Diego.

Yo me sorprendo, lo cierto es que muchas veces se comporta como un adulto. Voy a responder, pero Leo saca el andaluz que hay dentro en él y le contesta:

—*Miarma*, cuando crezcas, comprenderás. Que, si te contamos, ¿no te lo crees!

Diego sufre de Asperger y sus estudios han arrojado que su IQ es tan alto, que supera a todos los niños de su edad. Miles cuando se enteró, me comentó: Tenemos a nuestro propio Sheldon, refiriéndose al protagonista de la serie *The Big Bang Teory*.

Me llena de orgullo decir que mi hermano con once años está a la mitad del bachillerato, cuando debería estar empezándolo. Me complace saber que mi padre y su esposa aceptan la condición de mi hermano.

Nuestro padre ahora es el alcalde de la ciudad y desde hace unos años ha apoyado la iniciativa

de la inclusión de niños especiales en el sistema regular de educación. Estar rodeado de tanta gente incómoda a Diego, por eso es que todos le damos el espacio cuando se encierra en sus pensamientos.

Entramos al local y pedimos una paella, bebidas para los menores y los mayores ordenamos unas pintas. Al servirnos la comida, mi pequeña Lu pone cara de circunstancia, ya que odia el pescado. Trato de hacerme la sueca, pero me jala por la camisa y me hace señas para decirme un secreto. Bajo mi rostro a su altura, ella toma mi oreja y me dice:

—Mami, yo no voy a comer eso.

Niego y le digo bajito:

—Vamos nena, pruébalo.

—¡Asco! Mami eso huele feo.

Pongo los ojos en blanco, el mesero aún no se ha ido y le pido:

—Por favor, ¿puede traerme una tortilla de patatas?

—Sí, señora.

—¡Yumi, mom! —me dice la cría en inglés.

—Sí, yumi... —contesto molesta—. Te comes la tortilla o no hay postre.

Leo nos mira por unos minutos y me suelta una fresca:

—Esto es tu culpa. —Me señala—. ¡Esa niña es más gringa que tu abuela!

Nacary se atraganta con la cerveza y Diego despega los ojos para observarnos con verdadero interés.

—¡Leo! —exclamo.

—¡Leo, nada! Florecita, que Lu cada día va más gringa y tú nada, le aplaudes todo. Doy gracias que Miguelangel y yo nos mudamos, porque voy a poder enseñarla a ser una buena española.

—Tito Leo —lo llama Lu.

—Sí, mi flor del campo.

—¡Capullo! —Leo pone los ojos como platos y Diego se tapa su boca para no reírse a carcajadas.

—¡Lu! —le digo riendo.

Nacary muerta de risa nos dice:

—Joder, que extrañaba tenerlos cerca. Que bella estampa hacemos: dos mujeres, tres niños y un gay. Lo mejor de todo es oír a mi ahijada a llamando a Leo, capullo.

—¡Dios! Princesa, no me llames así —le pide Leo a Lucía abanicándose con la servilleta.

Agarro la pinta de cerveza y brindo:

—Por los amigos que son la familia que podemos escoger.

—¡Por los amigos! —Brindan mis amigos con ellos.

Pasar la tarde con tus mejores amigos es único, pero escucharle a tu hija decirle capullo a tu amigo, la verdad que no tiene precio.

Luego de comer y ponerme al día con mis amigos, vine a traer a Diego a la casa de mi padre. Estoy sentada en el sofá y me siento enamorada observando a Diego enseñar a Lucía a jugar *Twister*. La puerta de la casa se abre y la voz de mi padre inunda toda la sala:

—¿Dónde está la princesa del abuelo?

Lucía se incorpora tumbando a Diego en el tablero y sale corriendo en busca de su abuelo.

—¡Lu! —le increpa mi hermano a su sobrina.
—¡Abuelooooooooooooo! —grita la niña emocionada.
Mi papá la alza en brazos y le da besos.
—¿Cómo estás, mi princesa?
—Bien, abuelito, ¿sabes? te extraño.
—Y yo a ti.

Echo un vistazo y me siento feliz, porque la verdad es que con mi padre fue un largo camino el que recorrimos para poder llegar hasta aquí. Nada en la vida es color de rosa y mi relación de padre e hija con él era un desastre. Mi papá se acerca al sofá y se sienta a mi lado con Lucía en las piernas.

—Hola, hija. —Me da un beso en la mejilla—. Diego, ven a darle un abrazo a tu padre.

Mi hermano se levanta con cara de fastidio del suelo. Se sienta en el medio, abraza a mi padre y luego me abraza a mí.

—Hola, papi —le digo con cariño—. Yo también te he extrañado.

Él me corresponde con una sonrisa y me contesta:

—Y yo a ustedes. —Me acaricia el rostro—. Diego, lleva a Lu a ver algo en la tele —le pide mi papá.

—Vale... —responde y me da un beso—. Te quiero Irene, ojalá nunca tuvieras que irte de casa. Mi corazón se arruga de la emoción, ya que esas son las mismas palabras que me dijo cuándo regresábamos de la fuente mágica con Armando.

Los dos se van a la habitación conversando, me quedo observando a mi papá con detenimiento, los años se notan en su cabello que ya está gris a causa de las canas y unas arrugas surcan su rostro. Ley de vida, porque todos llegaremos ahí.

Él me toma de la mano y me expresa con emoción:

—Cada día te pareces más a tu madre. —Exhala cansado y yo me preocupo—. Eres una mujer hermosa y luchadora, estoy orgulloso de ti.

Los dos esbozamos una sonrisa triste. Siempre he pensado que el único y verdadero amor de mi padre fue mi madre.

—Gracias, papi —le respondo.

—Gracias a ti por perdonar todo lo que hice. —Suspira—. Tengo que pedirte algo.

—¿Qué? —respondo.

—Me iré de viaje con Paula, pero tengo que informarte que estamos casi que a punto de divorciamos, digamos que este viaje es un intento de que todo se resuelva —me cuenta y ni idea tenía que fueran a divorciarse mi padre y su esposa, estoy más que sorprendida—. Por favor, ¿podrías ver de Diego unos días en junio?

—¿Aquí? —le pregunto.

—Dónde sea, nena, porque nosotros iremos a las Bahamas y puede llevarlo a Nueva York.

—Vale, sabes que no tengo problema.

Me da una palmada en la pierna y se levanta ofreciéndome su mano.

—Vamos a por un café.

Yo lo sigo porque una taza de café no me vendría mal. Lo que me extraña es que no me ha apetecido tomar ni una.

—¿Sin azúcar? —me pregunta mi papá cuando entramos en la cocina.

—Sí, deja que te ayudo —le respondo.

Él me hace un gesto con la mano y empieza a preparar el filtro para poner el café. Se para

frente a mí y me pregunta con voz taciturna:

—¿Eres feliz?

No puedo dudar en responder, porque soy la mujer más feliz del mundo.

—Sí, soy muy feliz, no puedo pedir más. —Él sonríe tristemente—. Miles me ama, Lucía es increíble, los tengo a ustedes y a los chicos.

—Mi nieta es increíble —concuerta orgulloso.

El olor del café emerge al mismo tiempo que una sensación de náusea se apodera de mi cuerpo. Debo estar pálida, porque mi padre me observa preocupado. Sin embargo, a medida que se intensifica el aroma, no puedo aguantar más y corro hasta el cuarto de baño para vomitar.

Mi corazón se acelera y sé muy bien lo que significa esto. Hago una cuenta mental y tengo dos semanas de retraso. Los senos sensibles no eran porque me iba a bajar la menstruación.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

¡No puede ser!

—¡Estoy embarazada! —gimo sentándome en el suelo del baño.

Llevo las manos a mi vientre y sonrío de nuevo, Miles se ha salido con la suya. No tenía que pedirme un hijo, porque si mis cálculos son ciertos, debo tener un mes de embarazo.

El inicio de nuestros problemas

Caleb

Las jornadas de trabajo muchas veces se hacen eternas, sobre todo al encontrarte con clientes tan gilipollas como este, estoy a punto de matarlo en cada encuentro. El hombre tiene tres años expresando que está interesado en nuestras propuestas comerciales y cada vez que le presentamos algo, se echa para atrás como un maldito cangrejo. Estando en la oficina lo único que anhelo es regresar a casa lo más pronto posible, para poder disfrutar de mis momentos únicos junto a Emma y a mi hijo, ya que estos días no han sido muy fáciles para nosotros. Salgo de nuestro hogar momentáneamente y dejo mi alma en él, algo tan simple como eso.

Entro a mi hogar y un aroma a deliciosa comida casera inunda mis fosas nasales. Coloco mis llaves en el *bowl* de cristal que Emma colocó en el recibidor, escucho las risas de Matthew en algún rincón del ático.

—Jessy, ¿a qué no me atrapas? —le dice en español.

Sale corriendo del pasillo, debo confesar que me encanta esa risa fresca e inocente que emite. *Música, para mí es el coro de ángeles cantando*, pienso mientras él se detiene al verme.

—¡Papi! —grita emocionado.

Sonrío y me inclino para recibirlo entre mis brazos, mi pequeño corre hasta dónde estoy y nos fundimos en un abrazo que me reconforta, me hace olvidar el día de mierda que pasé hoy. Emma y Jessica salen de la cocina sonriendo y eso me hace respirar tranquilo, porque al menos ellas dos se llevan bien y no sumo una preocupación más.

—Hola, mi campeón. ¿Cómo está el segundo hombre de la casa? —lo saludo alzándolo en mis brazos.

—Bien, papi—responde feliz—. Hoy, mami hizo arepas.

¡Ay Dios, no otra vez!, murmuro en mi mente dibujando una sonrisa. Recuerdo el embarazo de Matt, comimos arepas en el desayuno los nueve meses y creo podría soportar otros nueve meses comiéndolas todos los días.

—¡Qué bueno! —Me acerco donde está Emma y le doy un beso—. Hola, nena.

—Mami es mía —me recuerda Matthew posesivamente.

—Hola, amor... —me saluda mi esposa con una sonrisa.

—Matt, mami también es mía.

—¡No! —responde desafiándome—. Es mía y de mi hermanita.

—¿Hermanita? —pregunta Emma sorprendida.

¡Joder, sí! ¡Una niña!

—Yo le hablé a mi hermanita y me dijo que es niña, así como Lu —contesta convencido.

No puedo evitar que se ensanche mi sonrisa por su comentario. Le doy un beso en la coronilla a mi bebé y uno en los labios a mi esposa.

—¿Falta mucho para cenar? —le pregunto a Emma.

—No. —Toma a Matt de mis brazos y me pide—: Ve a cambiarte.

—Hecho —respondo. Le doy un beso a los dos.

Me despido con un gesto y voy a mi habitación. Me desvisto para tomar una ducha rápida, me visto con un jean y una camiseta blanca, siempre he preferido quedarme descalzo en casa. Mi móvil suena y lo busco en el saco que me quité. Al revisar, veo que tengo catorce llamadas perdidas y me sorprende al darme cuenta que el código de área es de New Hampshire. Vuelve a sonar y respondo de inmediato:

—Mraz.

Alguien se aclara la garganta:

—Caleb... —Alguien me llama tímido.

¿Quién carajos es?

—¿Sí? —respondo.

—Disculpa, soy Bill Lewis.

¡Mierda!

¿Qué hace llamándome el exesposo de Cate?

Ahora él que se aclara la garganta soy yo. Respiro profundo para estar preparado de la conversación que vaya a tener con este hombre.

—¿Qué tal, Bill?

—Mraz, iré directo al grano. —me advierte. ¿Dios, ahora qué?—. Catherine dejó una carta con tu nombre.

—¡No la quiero! —contesto sin pensarlo.

No tengo que pensarlo, ya que no quiero nada de esa mujer. Lo único que deseo es que todo esto acabe y pueda vivir finalmente en paz. Bill se aclara la garganta y me imagino que para él esto debe ser lo más incómodo del mundo.

—Mraz, nadie sabe las razones por las cuáles Catherine se suicidó. —Suspira—. Sus padres y yo necesitamos saberlas. La carta tiene tu nombre y nos negamos abrirla.

—Pueden abrirla, pues ya te dije que no me interesa. —Suelto el aire contenido en mis pulmones—. Cerré el capítulo de Catherine el mismo día que un jurado la declaró que estaba enferma.

¡Joder! Definitivamente Catherine me jode hasta muerta.

—¿Nunca te importó? —me pregunta con un tono cargado de celos.

Escucho que la puerta de la habitación se abre y ruego: *¡Que no sea Emma!* Me giro y la encuentro observándome con preocupación.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Un segundo —le pido a Bill—. Sí, nena, dame un minuto y te explico.

—Te espero —me contesta trancando la puerta y camina hasta el borde de la cama.

Se sienta en ella y comienza a morder sus uñas. Respiro hondo acercando mis manos y tomo las suyas, necesito tocarla para responder a la pregunta de este cabrón.

—Catherine en su momento fue muy importante para mí. —Percibo como Emma se tensa ante lo que estoy diciendo, por eso agrego—: No puedes pretender que ahora me importe algo sobre su vida, luego de que ella intentara asesinarme, pero todavía guardo bonitos recuerdos de todos nosotros; pero solo recuerdos de nuestra niñez y eso te incluye, Bill, fuimos amigos y te conozco de una vida entera.

—¡Ella te amaba! —brama al otro lado del teléfono Bill—. Nunca me amó como te amaba a ti.

¡Pobre hombre!

—Lo siento mucho, Bill —me disculpo por algo que no tengo la culpa, por eso pienso bien mis palabras antes de decirlas—: Yo nunca la amé, aunque sí sentía un profundo cariño por ella, no

quiero saber lo que dice la carta. Les doy mi autorización para que puedan abrirla. —Respiro hondo—. Espero que con el tiempo también tú puedas sanar el dolor que te causó y dejar atrás todo.

—¿Qué te jodan, Mraz! —me grita y cuelga.

Emma se queda callada. Lo sé, estoy seguro de que los engranajes de su cabeza están dando vueltas. Guardo el móvil en el bolsillo y me siento junto a ella.

—¿Está todo bien? —indaga preocupada.

—Para mí todo está muy bien, pero para ellos no —contesto—. No te preocupes-

La abrazo y la atraigo a mi cuerpo, dejo un beso en su cabello. Ella posa su cabeza en mi pecho escuchando mis latidos y así todo se calma. Emma siempre será mi paz.

—¿Qué quería? —me pregunta casi en un susurro.

Tomo una respiración profunda, porque no quiero preocuparla con todo esto y tampoco deseo que se vea envuelta en las locuras de una mujer que no supo aceptar que todo había terminado entre nosotros. Sin embargo, no puedo mentirle y le prometí que nunca ocultaría algo que tuviera que ver con nosotros.

—Cate dejó una carta con mi nombre. —Ella se tensa—. Tranquila nena, no pienso involucrarme en nada que tenga que ver con ella. —Suspira y sonrío—. Simplemente le dejé en claro a Bill que ellos tienen mi autorización para abrirla y leerla, pero no deseo saber nada más.

—¿Hasta cuándo Cate? —inquieta con voz dolida.

Pienso al igual que mi esposa, ya este caldo se está pasando de cocción y me estoy cansando.

—Espero que esta sea la última vez que tengamos que escuchar de ella.

—Espero lo mismo —responde.

Dejo otro beso casto en su cabello y nos quedamos un rato así, solo abrazados, porque ella está en dónde pertenece. No quisiera que pasara por esto, la verdad es que deseo protegerla de todo y nada la tocara. Necesito alejar toda su atención de esta nueva aparición de mi exnovia, pero ¿cómo hago para que no se entere de nada?

Emma llegó a mi vida en el momento justo, no creía que el amor a primera vista existiera hasta que ella se cruzó en mi camino. Así fue lo nuestro, un amor instantáneo y que será infinito. Ahora tengo un motor de vida por el cual luchar, ellos, mi familia.

Sé muy bien que me espera alguna revancha de parte de Bill. No pudo obtenerla nunca, pero ahora la buscará y tengo que estar alerta.

¡La vida te da sorpresas, sorpresas te regala la vida!

Miles

Llego a la casa a las dos de la mañana, porque tuve que viajar a Madrid a una reunión. Odio los días en los cuales tengo que estar tanto tiempo alejado de mi familia. Por fin, esta tarde estaremos de vuelta a Nueva York. Necesito de mis pequeñas y muero por abrazarlas. Adam se burla de lo dependiente que me he vuelto de mi familia, solo que él no sabe que cuando consigues el tesoro llamado *felicidad*, no quieres dejarlo escapar.

Entro a nuestra habitación sin hacer ruido y encuentro a Irene y Lucía dormidas en la cama. Cuando mi esposa está sola en casa, trae a la pequeña Lucía a la habitación. Me aseo y me cambio por un pantalón de pijama y una camiseta. Me acerco a la cama y me quedo admirando como un idiota a mis dos mujeres. Mi princesa abraza a su madre tomándola del rostro con sus manitas y sus frentes se juntan. Para mí esta es la imagen más hermosa en todo el mundo.

Me meto a la cama con ellas y las rodeo con mis brazos. Necesitaba este calor de hogar estando tan lejos por unas horas. Muy pocas veces la vida te regala una segunda oportunidad con el amor de tu vida. ¿Y yo?

Tuve la oportunidad de reencontrarme con mi alma gemela y dejar los miedos infantiles a un lado. Todo este tiempo juntos Irene me enseñó que tenía miedo a ser feliz, me tocó perderla para encontrarme y ganarla de nuevo.

Mis recuerdos viajan siempre a París cuando era el ser más gilipolla del mundo, verla en los brazos de Armando y sentir que iba a perderla para siempre me mataba. Fue en aquel momento que me di cuenta que amaba Irene como nunca imaginé amar a nadie, que siempre sería el amor de mi vida y que tenía que entregar todo de mí.

Me despierto con un golpe en el pecho. Me siento de tajo y abro mis ojos pensando “¿Qué sucede?” Cuando enfoco mi mirada, encuentro a una Irene cruzada de brazos. En mis piernas encuentro con lo que me pegó, la abro y encuentro unas pruebas de embarazo.

¡Dios, sí! Mi sonrisa lo debe decir todo porque ella me fulmina con la mirada. No entiendo su cabreo, porque había aceptado tener otro bebé. Lo cierto es que sé cuál es su molestia, ya que de nuevo me he salido con la mía.

—¡Te saliste con la tuya! —gimotea como una niña y yo sonrío.

La tomo por la cintura y la obligo a sentarse en mis piernas. Ella me abraza mientras creo que soy el hombre más feliz sobre la tierra.

—¿Crees que...? —le pregunto curioso.

—¿Para qué crees que son las pruebas? —me pregunta la listilla.

Le doy un beso en los labios y me demoro más de lo normal para romperlo. Disfruto cuando su cuerpo se relaja en mis brazos y su garganta emite un gemido. Rompo el beso pegando mi frente de la suya.

—Vamos hacer pis en un palo —le digo emocionado.

—¿Pis en un palo? ¿Qué es eso, papi? —inquire Lucía entrando a la habitación.

Irene se gira sonriendo y le contesta a nuestra hija:

—Ya verás nena, dame unos minutos y te explico.

Lu la ve con rostro de qué no entiende, mi niña es una cría muy inteligente y curiosa para su edad. Irene toma la bolsa con las pruebas, se levanta y se despide por unos minutos de nosotros.

—¡Ven, princesa! ¡Ven con papi a la cama! —le pido a mi pequeña.

—¡Síiiiiii! —exclama.

Ella corre y sube a la cama, nos sentamos un rato. Ella en mis piernas y yo abrazándola. ¿Perfecto? Lo es, por lo menos para mí.

—Te extrañé mucho, princesa. —Le doy un beso y huelo su cabello que tiene aroma a cítricos como su madre.

—Yo a ti... —Se queda pensando—. ¿Sabes, papi?

—Dime nena...

—Ayer le dije capullo al tito Leo y me reprendió.

Yo suelto una carcajada y no puedo evitar imaginar el rostro de *Drama Queen* de mi amigo. ¡Pobre Leo! Mi hija tiene maneras muy peculiares de decir las cosas, pero su tío la adora desde antes de que ella diera la primera patada.

Recuerdo el día que me enteré que sería su padre, no cabía de la felicidad. Este es uno de los regalos más hermosos que la vida me ha dado.

Irene sale del baño con dos palitos en la mano y me anuncia:

—Cinco minutos.

—Está bien. —Le hago señas para que se siente a nuestro lado. Al hacerlo no puedo dejar de corroborar lo que ha dicho nuestra hija, preguntándole—: ¿Lu llamó capullo a Leo?

Ella suelta una risita y Lucía también acompaña a su madre. ¡Vaya dos! Con ellas nunca termina la diversión.

—Sí —contesta riendo—. Tenías que haber visto su cara, todo un rey del drama —me dice.

¡Eureka! ¿Qué les dije? Conozco a Leo como si en teoría lo hubiera parido.

—Me lo perdí. —Le hago cosquillas a Lu—. Tienes que decir esas cosas cuando yo esté, señorita —le pido mientras la ataco y la risa de mi hija inunda la habitación.

—¡Miles! —me increpa Irene—. Esto es mi culpa por enseñarle esas cosas.

—¡Papi! ¡Ya, papi! —me pide Lucía desesperada.

Yo paro por unos segundos y le alzo el suéter de su pijama. Me agacho y observo como Irene nos mira con una sonrisa dibujada en los labios.

—¡Te voy a comer! —bromeo con ella resoplando en la pancita de mi pequeña.

Lu ríe y me trata de alzar con sus manos. Irene pone los ojos en blanco, pero en el fondo disfruta de estos momentos.

—¡Papi, ya! ¡Basta! —me pide Lu riendo.

Juego con nuestra hija para no desesperarme esperando. Pensar que por poco me pierdo de todo esto... Por eso doy gracias al Universo, por convertirme en el hombre que Irene necesitaba y no ser uno que alguna vez estuvo a su lado.

—¡Ya! —anuncia Irene cuando la alarma de su móvil suena.

Me detengo emocionado y cruzo mi mirada con la de ella. *¡Cristo, que esté embarazada!* Ruego en mi mente.

—¿Cinco minutos? —le pregunto sabiendo cuál es la respuesta.

Ella asiente tomando una de las pruebas de embarazo con manos temblorosas. Me incorporo y

tomo a Lucía mientras aún ríe por las cosquillas. Irene se acerca y pone el palito frente a nosotros tapando con su dedo el resultado.

—¿Qué es eso, mami? —curioseas Lu mirando la prueba—. ¿Pis en el palito?

Los dos nos miramos y soltamos una carcajada. Nuestra hija no se le escapa nada y ahora toca explicarle que tendrá un nuevo hermanito.

Eso espero.

—Sí, es el pis en el palito—contesta riendo Irene.

—¡Qué asco, mami! —Lucía hace un mohín, porque le hemos enseñado muy bien a lavarse las manos después de ir al baño.

—Ya verás nena qué significa —le señalo a nuestra hija y dejo un beso en su mejilla. Respiro hondo y le pregunto a Irene—: ¿Lista?

Irene asiente y levanta el dedo. El símbolo de más en color morado está en la ventanita del resultado. Irene jadea y yo sonrío feliz.

Positivo. ¡Dios gracias!

Le doy un beso a Lucía y luego beso a Irene en los labios. Esta es la mejor manera del mundo de despertar.

—¡Un bebé! —pronuncio emocionado.

Lucía me ve como si estuviera loco, creo que esta es una de esas tantas veces que puedo decir que estoy pleno, veo como Irene al fin sonrío alegre por la noticia y le explica a nuestra con una simple frase:

—Un hermanito para Lucía.

—Un hermanito para Lucía —repito emocionado.

Lucía pasa su mirada de su madre a mí, creo que sigue sin entender todo este alboroto. Por fin, cuando Irene le repite que tendrá un hermano, parece que comprende y comienza a saltar en la cama feliz. Mi esposa se levanta y la acompaña, busco mi móvil y le tomo una foto para enviársela a mi madre y a mis amigos con el mensaje:

«SEREMOS PADRES».

Le doy enviar y accedo a la carpeta de música para buscar nuestro himno de la alegría. *Happy* de Will Pharrell suena y yo me paro en la cama junto a ellas y las acompaño.

—¡Un hermanito! —grita Lu.

—Te amo —me expresa Irene con lágrimas de felicidad en los ojos.

—Las amo —le respondo feliz.

¡Soy feliz! Ni en mis sueños más profundos imaginé mi vida junto a ella. Observarlas saltar con sonrisas y felices me hace llegar a la conclusión:

¡Que la felicidad es única y verdadera!

Sin poder dormir

Emma

Todo lo que está sucediendo con la muerte de Cate no me deja llamar, muchas veces pecho de desconfiada, pero la vida me ha enseñado a esperar lo peor en los momentos en los cuales más reímos. Tal vez estoy siendo la mujer más suspicaz del mundo, pero ella llamada de Bill es como un presagio, el anuncio de que ellos no estarán contentos hasta lograr que Caleb esté destruido. Observo el reloj que tengo en la mesa de noche y son apenas la tres y cuarto de la mañana, he dormido cuatro horas. Respiro hondo resignada de que esta será una noche de insomnio, hago un cálculo mental y en España deben ser la una de la tarde. Me levanto y salgo sigilosamente de la habitación. Paso y reviso que todo esté bien en la de Matty y lo encuentro durmiendo como un ángel.

Camino hasta el salón para tomar el teléfono fijo, marco el número del celular de Irene. Me siento en el sofá mientras espero que ella responda. Respiro hondo cuando escucho:

—¿Sucede algo?

Pienso bien mi respuesta porque no deseo asustarla. Sin embargo, necesito hablar con alguien para sacar todo lo que siento.

—Es complicado —susurro.

—Emma... —me llama preocupada y me pregunta—: ¿Qué sucede?

—Todo es por la muerte de Cate. —Resoplo y a ella se le escapa un taco—. En la tarde llamó el exesposo ¡Joder Irene, le dejó una carta a Caleb! Se suicidó y todavía estaba pensando en mi esposo, estoy cansándome de todo esto, todos me piden que tenga paciencia, pero comienzo a perderla.

Se instala un silencio incómodo entre las dos por unos segundos. Me imagino que no sabe qué decir, la verdad es que tampoco sabría qué decir en su lugar. Necesito cerrar el capítulo de Cate en nuestras vidas y dejar todo ese pasado atrás.

—Amiga... —Irene lo rompe primero—. Catherine estaba loca. Por favor, deja de preocuparte. Sabes muy bien que Caleb te ama y siempre lo ha hecho. Solo hay que verlos juntos para saber el amor que se tienen el uno por el otro. Olvida todo y concéntrate en el embarazo, nuestra tienda y que en nada estaremos compartiendo en familia.

Respiro hondo cansada, lo sé, pero hay veces que es tan difícil dejar ir ciertas cosas. Definitivo, no puedo dejar esto cosas atrás y me convierto en una obstinada.

—Lo sé, pero odio que de alguna u otra manera siempre salga a relucir su presencia entre nosotros. —Resoplo molesta—. Te juro que esa llamada me provocó un desasosiego, que algo malo va a suceder —confieso.

Te doy la razón en lo primero y quizás esto no te guste, pero entiende que ella fue alguien en la vida de Miles y Caleb. —Irene carraspea—. Todo está reciente y estás molesta. La llamada no traerá consecuencias, tienes que tratar de estar un poco más tranquila y dejar de creer que solo nombrarla es presagio de desgracias.

—Lo sé, pero quiero que ya Cate salga de nuestras vidas.

—Te entiendo y me pongo en tus zapatos, Emma. Solo que no puedes ponerte así y piensa que estás embarazada. —Suspira—. Tienes que estar calmada, te lo pido.

Toco automáticamente mi vientre y mi bebé está ahí. Sonrío, sabía que mi amiga me pondría los pies sobre la tierra.

—Gracias, quizás estoy siendo infantil —contesto apenada.

—No lo eres, estás preocupada y es válido —me indica ella con voz tranquila.

—Más te vale decirlo —comento riendo y ella ríe—. ¿Cómo están?

—Bien... —Suspira—. Cambiando de tema y ya que llamas adelantándote, ya que lo haría al bajar del avión, para contarte que tengo una buena noticia.

¿Buena noticia?

—Dime —contesto con voz curiosa.

—¡Estoy embarazada! —grita emocionada.

—¡Oh Dios, ¿en serio?! —grito bajito emocionada.

—Sí, me hice esta mañana la prueba en presencia de Miles y Lu. —Se ríe emocionada—. Creo que no debemos tener tiempo mucho de diferencia.

Escucho unos pasos y me giro, Caleb aparece en la sala con cara de pocos amigos y buscándome.

—¡Felicidades amiga! Dame un segundo. —Tapo el auricular y le digo a Caleb—: Es Irene.

—Emma... —me llama con voz preocupada.

—Un segundo. —Le hago un gesto con los dedos y él niega, regalándome su sonrisa de portada—. Amiga...

—Sí, ya sé que tienes que irte —responde Irene.

—Tengo que ir a dormir —contesto apenada.

—Vale, descansa, salimos en dos horas para Nueva York —me informa.

—Buen viaje y felicidades, besos a Miles y Lu —contesto—. Los quiero.

—Gracias Ems, nosotros también te queremos —se despide y cuelga.

Caleb me ofrece su mano y yo la tomo, respiro hondo tratando de relajarme. Me jala para levantarme y me toma de la cintura, me lleva contra su cuerpo para quitarme el teléfono de mi otra mano. Lo tira en el sofá y se queda unos segundos observando mi rostro.

—Nena... —Acaricia mi rostro y me pregunta con voz preocupada—: ¿Por qué no estás en la cama?

No quiero mentirle, pero no decirle lo que siento sería herirlo. Cierro mis ojos para que no pueda observar lo mal que me siento.

—Me molesta que Cate siga apareciendo en nuestras vidas, no quiero saber más de ella. —Suspiro—. Lo siento Caleb, pero esto tiene que acabar.

Ya está, lo dije, no puedo seguir moviendo mi vida con miedo al qué pasará y sin saber qué otra cosa preparada nos dejó esa loca para jodernos.

Caleb toma mi mentón y alza mi rostro.

—Abre los ojos, nena —me pide con voz apaciguadora—. Nena, ábrelos —repite, pero esta vez su voz es demandante. Los abro y él me sonrío. ¡Dios! Mi corazón me late a mil por hora, porque sigo enamorada como el primer día—. Te amo nena, no me niegues nunca ver tus ojos. —Suspiro y él acaricia mis labios con uno de sus dedos—. Odio esta situación tanto como tú y también espero que sea la última vez que aparezca.

¡Lo amo!

—¿Por qué no me dijiste? —inquiero herida.

—Porque es mi deber protegerte y proteger a nuestros hijos. —¿Puede ser más romántico con su respuesta? Se me escapa otro suspiro—. Te amo como el primer día y nena, que te entre en esa cabecita que eres mía.

¡Mi dios griego!

Alzo mis brazos y me sujeto a su cuello. Como soy una enana me pongo en las puntas de mis pies. Caleb esboza una sonrisa de portada, porque el muy canalla sabe que voy a besarlo.

—Y yo te amo a ti... —musito muy cerca de sus labios.

Me estampo contra sus labios y él profundiza el beso adentrando su lengua en mi boca. Me levanta para que suba mis piernas alrededor de sus caderas y lo hago encantada. Rompe el beso y me recuerda:

—Emma, te escogí a ti...

—Yo te pertenezco...

—Vamos, dilo —me pide, acariciando mi nariz con la suya.

—Soy tuya.

—Por siempre.

Caminamos hasta la habitación y me acuesta en la cama. Me quita el picardías y esa sutil caricia de sus manos y la seda enciende mi piel. Caleb besa mis pechos y baja dejando un reguero por mi piel. Se detiene en mi vientre donde dibuja un corazón con su dedo y deja otro beso mientras que acaricio su rostro emocionada, porque me está recordando que allí hay una nueva vida anidando. Me hace el amor hasta que nuestros cuerpos caen laxos y el sueño nos vence.

Jessica...

Irene

Nueva York, la ciudad más cosmopolita del mundo y la que estoy aprendiendo a amar. Tengo tres días de regreso, pero hasta hoy puedo ponerme al día con los pendientes. Diego vino con nosotros, lo cual me hace tan feliz pues adoro tenerlo cerca.

Llego a la Quinta Avenida en donde pronto abriremos la tienda de juguetes. Estaciono mi camioneta BMW frente la tienda. Después de manejar un híbrido, ahora manejo este monstruo.

—Llegamos —aviso y veo a Lu y Diego por el retrovisor—. Baja con cuidado, Diego.

—Vale —responde con fastidio viendo su *Nintendo DS*.

Me bajo y abro la puerta trasera para bajar a Lu. Desabrocho el cinturón de la silla para el auto y la alzo en brazos.

—Mami... —me llama ella.

—¿Sí, nena? —le respondo sonriendo. Mi princesa está cada día más hermosa, para mí es ver a Miles con los ojos de color gris.

—Quiero helado —me pide haciendo pucheros.

Yo niego trancando la camioneta y activando la alarma. También es una niña caprichosa como su papá.

—Nena, son las nueve de la mañana —le contesto y la bajo para que pueda caminar a mi lado.

—¡Pero mami, yo quiero un helado! —gimotea.

¡Cristo! *Es digna hija de su padre.*

—Ya veremos, Lucía Helena —le expreso seria—. Vamos.

La tomo de la mano y empiezo a caminar hasta la puerta. Por el vidrio observo a Emma junto a Jessica y Matt. Respiro hondo porque a esa mujer no la soporto y quiero pedirle que me cuente qué sucede con Adam. Creo que este cuento traerá problemas a la familia. Me detengo frente a la puerta unos segundos o eso creo.

—Irene... —me llama mi hermanito y me pregunta con curiosidad—: ¿Vamos a entrar?

—Sí, claro —respondo y abro la puerta.

Emma sonrío al verme entrar y sale corriendo a abrazarme. Por supuesto, Lu se suelta de mi mano y corre hasta donde está Matt. Miro de arriba a abajo a Jessica y fuerzo una sonrisa.

—¡Felicidades! —me felicita emocionada mi amiga por mi embarazo.

—¡Gracias! —Esta vez sí sonrío emocionada. La saludo con dos besos en la mejilla y la abrazo fuerte.

Debo confesar que la extraño mucho los días que nos separamos, Emma se ha vuelto parte esencial de mi vida. Ella se gira y atrapa a Diego en un abrazo enorme.

—Mi niño, estás inmenso—le alega con una sonrisa

Diego se sonroja porque siempre ha tenido como un enamoramiento hacia Emma. Me causa ternura que tenga su primer amor platónico.

—Señora Mraz, un gusto verla.

—¡Dios, Diego! —exclama Emma ofendida—. Dime Emma.

Él asiente mientras observo los cambios que han realizado al local. El diseño es completamente nuestro y me encanta por el sello que estamos dando a esta tienda. Caminamos y al llegar al mostrador, ahí está Jessica con los niños, me encuentro otro niño con unos hermosos ojos grises que me sonrío. Me quedo observándolo, pero inmediatamente sé a quién se parece, cierro los ojos pensando en Adam y creo que va darme algo. Ella se da cuenta de lo turbada que estoy y que he descubierto la verdad, me saluda nerviosa:

—Un gusto volverla a ver, Señora Chapman.

Centro mi atención en ella y trato de sonreír, pero no me sale. No puedo ser simpática con ella y me niego a ser su amiga.

—Igualmente, señorita Hanks.

Emma observa nuestra interacción y le dice a mi hermano:

—Diego, por favor lleva a los niños a la trastienda porque les dejé una sorpresa a todos. —Le hace un guiño robándole una sonrisa a mi hermano—. Incluyéndote.

—Está bien y gracias señora... —titubea al decir *señora* y me hace sonreír—. Emma... —dice finalmente.

Esperamos a que mi hermano se lleve a los niños y yo miro molesta a Emma, es mi amiga y la amo, que conste, pero puede ser muy insistente cuando cree que puede solucionarles la vida a todos.

—Emma... —susurro su nombre en tono de advertencia.

—Nada, mamita —me dice en español—. Te advierto desde ya que me escuchas o me escuchas.

Pongo los ojos en blanco molesta y Jessica nos observa callada en segundo plano. No quiero discutir frente a esta mujer.

—¿Qué tengo que escuchar? —inquiero molesta también en español, señalo a Jessica—. Adam la está pasando de nuevo mal por culpa de esa mujercita.

Observo como Jessica palidece y Emma sonrío. Me extraño y fijo mi atención en mi amiga, que mueve sus cejas divertida.

—Ella habla español —me informa señalándola y ahora la que palidece soy yo. —*Bien, soy toda una arpía*—. Dale una oportunidad, puede sorprenderte con su historia.

—Vale... —respondo con voz cansada—. Te escucho, pero esto no quiere decir que te crea.

Emma aplaude triunfante y en su rostro se dibuja una sonrisa. Trato de ignorarla, pero sé que ella debe tener razones para obligarme a escuchar a esta chica.

Tienes que darle una oportunidad, susurra una voz en mi interior.

Jessica asiente y comienza hablar con unas palabras que me tocan el alma:

—Donde hay deseo hay una llama encendida, dónde está esa flama alguien está destinado a salir lastimado. —Suspira, su rostro está lleno de dolor—. Salir quemado no significa que vas a morir, solo tenemos que seguir intentándolo. —Suelta todo el aire contenido en sus pulmones—. Yo aún amo a Adam.

Emma y yo respiramos hondo con su confesión. Trato de ponerme en sus zapatos y recuerdo lo que sufrí a causa de lo mucho que amé en secreto a Miles. Observo que Jessica tiene los ojos vidriosos a causa de las lágrimas. ¿Cómo podría juzgar a alguien sin conocer su historia? Eso mismo que ellos viven pudo pasarme. No soportaría que nadie juzgara mi historia con Miles sin conocerla.

Escucho atenta lo que nos cuenta, esto es una historia conmovedora con mucha culpa de otras personas. Observo a Emma y veo que se le escapan algunas lágrimas. Algo en mi corazón me dice

que le crea, pero tengo las dudas y mi lealtad es para Adam.
¿Puedo darle el beneficio de la duda?

—Emma, me encanta como quedó todo.

Ella sonríe feliz porque las dos queríamos que la tienda fuese un espacio diferente y tomamos como decoración de la película *Oz*. En lo particular a mí me encantó la historia, de cómo llegó el Mago a la tierra de Oz, la ambientación es exquisita ya que te invita a soñar y creer que estás en la película.

¿Una juguetería es para soñar? Yo así lo creo.

—Sí, la verdad es que los padres vendrán con sus hijos, comprarán nuestros productos y también los pequeños van a poder interactuar con todo lo que tenemos aquí —me responde—. Seremos como el *Disneyland* de las jugueterías.

Suelto una carcajada por su comentario y le digo emocionada:

—Falta poco.

—Sí, dos días y seremos las dueñas del Mundo Mágico de Oz —contesta feliz Emma. Tuvimos que comprar los derechos para usar la palabra *Oz*, pero finalmente nuestros esposos lograron nuestro capricho.

Terminamos de poner el último juguete en el anaquel y las dos nos quedamos observando nuestra tienda. Esto es un sueño que juntas hicimos realidad, sin pensarlo dos veces la abrazo y le susurro:

—Gracias.

Emma corresponde a mi abrazo.

—A ti.

Buscamos a nuestros hijos en la trastienda y encontramos a Matt, Lucía y Sean jugando con una pista de carrera muertos de risas y Diego con un libro. ¿De dónde lo sacó? Mi hermanito siempre está leyendo.

Estoy agotada, pienso y recuerdo que mañana iré al doctor.

—Mañana tengo el primer ultrasonido —le informo a Emma.

—¡Qué emoción! —responde aplaudiendo—. Yo igual, porque con todo lo que sucedió tuve que posponer la cita. —Pone los ojos en blanco.

—Me da miedo —confieso—, el primero es como una expectativa y no sabes qué te dirán —agrego asustada.

Todo tiene una razón. Por ejemplo, cuando me hice el primer ultrasonido en el embarazo de Lucía me daba terror que me dijeran que algo malo ocurría. Ahora, me da terror que el accidente me traiga consecuencias con este bebé, porque estar al borde de la muerte cambió mi manera de ver el mundo.

Emma toma mi mano infundiéndome tranquilidad.

—Irene..., después de todo lo que sucedió es momento que todos seamos felices.

Asiento porque tiene razón, pero mi corazón está inquieto y sé que algo malo se avecina. Tal vez sea miedo, solo eso.

La Investigación

Caleb

Me estaciono frente a la tienda de Emma e Irene y por el retrovisor observo que Miles hace lo mismo. Me quito la corbata y desabrocho los dos primeros botones de mi camisa, arremango las mangas y me bajo. Camino hasta la puerta mi mejor amigo me espera leyendo algo en el móvil con gesto preocupado.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Él alza su rostro y se queda mirándome por unos minutos. ¿Ahora qué? Estos días han estado llenos de problemas y me estoy cansando de tanto drama.

—Adam... —Niega y frunce su ceño. ¿Qué habrá sucedido? —. Me estoy enterando que se folló a Kelly, no me molesta, pero me sorprende después de que me dijera que ama con toda su alma a Jessica.

¡Vaya tela con Adam! ¿No está sufriendo por amor?

Estoy por pensar que con él no podemos hacer conjeturas. Una cosa siempre sale a luz cuando ya estamos por dar una conclusión final.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—No sé, pero va tener que explicarme muchas cosas. —Me hace un gesto con su cabeza señalando dentro de la tienda—. ¿Entramos?

Alzo mis hombros porque no quiero meterme en los problemas de faldas de Adam. Miles tuvo los suyos y sabemos que Kelly puede ser una arpía cuando lo desea. Creo ellos van a discutir y yo seré el mediador, pero tenemos que esperar su regreso de Los Ángeles, solo que se está tardando más de lo normal, me imagino que huyendo a todo lo que debe enfrentarse.

Entramos juntos a la tienda y los dos nos sorprendemos, porque el lugar es realmente: ¡Sorprendente! La decoración es exquisita. Tanto así, que me gustaría ser niño otra vez para jugar en los pasillos de esta juguetería. Miles y yo compartimos una mirada y sé que él también está orgulloso como yo.

Nuestras mujeres salen con los niños y Emma se ve increíble con ese vestido que se adhiere a cada curva de su cuerpo.

—¡Joder, está increíble! —exclama Miles y su rostro está completamente sorprendido.

—¡Felicidades, señoras! —Las felicito con voz cargada de orgullo por sus logros.

Matt y Lucía corren hacia nosotros y yo me agacho para recibir a mi pequeño. Lo tomo en brazos y le doy un abrazo.

—Hola, campeón —lo saludo y le doy un beso—. ¿Qué tal el día?

—Jugando con Lu y Sean —contesta feliz. Qué fácil es ser niño, no te preocupas por nada y todo te hace feliz por muy pequeño que sea—. Papi, quiero comer pizza.

—Si tito, pizza... —Lucía me hace ojitos—. Papi dijo que sí.

Le echo un vistazo a Miles y alza sus hombros en señal de que no le negaría nada a su hija. Pongo los ojos en blanco y digo:

—Entonces, ¡todos a *Joe's Pizza*! —anuncio.

Todos aplauden emocionados y yo me río. ¿Cómo negarme a cenar en familia? No puedo hacerlo porque esa palabra ahora significa: *todo*.

Saludamos a nuestras esposas y nos dan un recorrido corto por el establecimiento. Los niños nos insisten tanto que lo dejamos para una próxima visita.

Estamos disfrutando de unas ricas pizzas y una cena en familia, cuando de repente a través de los vidrios unos flashes de las cámaras iluminan dónde estamos sentados. Observo como Emma e Irene tratan de cubrir a los niños y yo maldigo para mis adentros.

—¡Joder! —sisea Miles molesto—. ¿Hasta cuándo van a perseguirnos?

Busco con la mirada a los hombres de Carter, pero solo veo a Edward que sale y trata de dispersar a los parásitos de los paparazis.

—¡Caleb, haz algo! —chilla Emma.

Aprieto mis puños y busco mi móvil. Marco a Carter que contesta al primer repique, contesta:

—Harris.

—Creo que es mejor que muevas el culo de los guardaespaldas, porque estoy en *Joe's Pizza* y un enjambre de paparazis está jodiendo —le informo con voz molesta.

—Dame cinco minutos y te vuelvo a llamar —contesta.

—Te estoy dando uno y estoy hablando en serio —bramo molesto.

Emma se remueve incómoda porque nunca le han gustado este tipo de atenciones. Irene trata de proteger a Lucía y Diego, quienes observan inquietos el ambiente. Miles llega con el encargado del local y nos dice:

—¡Vamos! —Toma a Lucía y la carga. Anuncia—: Podemos salir por la puerta trasera. —El encargado asiente.

Éste nos pide disculpas mientras yo me levanto y hago lo mismo con mi pequeño. Le ofrezco la mano a mi esposa.

—Vamos, nena —le pido a Emma.

Me parte el alma encontrarme con su rostro triste, porque últimamente la situación que estamos viviendo se está volviendo difícil. Quisiera poder evitarle esto, pero no puedo y me recuerda que soy un humano y simple mortal.

No soy el dios griego que ella merece.

—¡No lo soporto, Caleb! —me expresa ella con voz cansada cuando estamos cruzando la trastienda—. ¿Ahora qué?

Mi móvil suena y no puedo responderle a mi esposa.

—Mraz —respondo el móvil sin ver quién llama.

—Caleb, esto no es por Catherine. —Carter se aclara la garganta.

—¡¿Entonces ahora por qué nos joden?! —le grito.

Irene, Diego y Miles se detienen en el camino y se giran para verme. Debo parecer un maldito energúmeno, pero estoy harto de esta situación.

—Es por la tienda.

¿La tienda? ¿Qué carajos?

—No entiendo, explícate —inquiero alucinado.

Carter suelta una risita y me dice:

—Pues, Irene y Emma están en la mira del ojo público, son las dueñas de la juguetería más esperada del año. Además, son las esposas de los dos corredores de bolsas más ricos del país.

¡Cristo!

—¿Me estás jodiendo? —indago alucinado.

Todos me observan preocupados y tenemos algo de qué reírnos por un ratito. Matt se aferra a mi cuello asustado y yo le doy un beso para que se calme.

—¿Qué sucede, Caleb? —me pregunta Miles alarmado.

Le hago una señal con la mano para que espere un segundo. Escucho todas las nuevas indicaciones de Carter de reforzar también la seguridad de Irene.

—El día de la inauguración quiero refuerzos, porque estamos hablando de mi esposa e hijos. además, creo que Miles va a respaldarme cuando le cuente.

—Estoy trabajando en ello —responde Carter.

—Quiero resultados —le advierto molesto—, y los quiero ya.

—Está bien.

Termino la llamada y les indico:

—Un solo auto —Miles se queda observando y le informo—: Les explico ahí.

Salimos y los guardaespaldas nos cubren, solo escuchamos las preguntas:

—¿Cuándo la abre la tienda?

—¿Para cuándo tienen otros bebés?

—Señor Mraz, ¿qué sabe sobre de la investigación que le abrió el senador Lewis en su contra por evasión de impuestos?

Me detengo de golpe al escuchar esa pregunta. Miles me llama y yo simplemente no puedo moverme.

¿Evasión? ¿Bill? ¿Qué carajos?

Subo a la camioneta y respiro hondo. Todos escucharon la misma pregunta y deben estar esperando alguna reacción por mi parte.

—Caleb... —me llama con voz preocupada mi mejor amigo.

—¿Evasión de impuestos?! —chilla Emma.

—¿Caleb, estás bien? —me pregunta Irene realmente sobrepasada.

—Aquí no, vamos todos a casa —contesta.

Miles asiente y arranca directo a nuestra casa, por el retrovisor me encuentro con un par de ojos grises que me observan preocupados. Nuestra vida siempre ha estado sujeta a los hilos que movía Catherine. Entiendo que Emma esté frustrada, yo lo estoy, pero también quisiera nunca haber conocido a mi exnovia y la mujer que hubiera sido mi esposa. No todo puede ser *perfecto* y la felicidad viene siempre teñida de algunos baches, ¿pero ahora qué?

Este problema tiene nombre: Catherine Hawkins.

Esto es celos y dolor hablando por un hombre despechado. La cosa es que está afectando a mi familia.

¡Maldita la hora en que se cruzó ella en mi camino!

Llegamos a la casa y lo primero que hago es tomar mi teléfono para llamar a mi abogado. Banks me explica todo lo que se avecina y respiro hondo.

¡Maldita sea, Bill!

Lo escucho por quince minutos y cuelgo más cabreado que nunca. Todos están a la expectativa de lo que tengo que decir. Cuento mentalmente hasta diez y les hablo:

—Bill está haciendo una investigación a cinco empresas que han crecido como la espuma en los últimos cinco años, alegando en que ella se legitima capital de dictaduras como la venezolana.

—*Una maldita mentira, porque él solo quiere joderme, pienso*—. Ninguno de nosotros tenemos

nada que temer, todo en nuestra empresa está cristalino y esto no va a proceder.

—Esto parece más personal —me apunta Miles levantándose molesto.

Emma cierra sus ojos y suelta todo el aire contenido en sus pulmones. No quiero que se preocupe en su estado de gravidez, pero no puedo encerrarla.

—¡Claro que es personal! —grita molesta y todos la miramos sorprendidos—. ¡Esto es por la maldita carta que te negaste a recibir!

—Emma... —la llamo, pero ella me ignora.

—¡Estoy harta! Harta, ¿me escuchas?! —ruge molesta. Irene y Miles comparten una mirada—. Cuatro malditos años y siguen tratando de jodernos. ¿Es que es un delito prosperar en este país? —Aprieta sus puños colérica—. Yo misma voy a llamar al mismo presidente Trump si es necesario, el idiota de Bill no se saldrá con la suya. ¡Esta es mi maldita familia!

—Emma... —llamo su atención con voz dulce.

—¡Emma, ni que leches! —exclama—. Estoy harta de Cate, Bill y toda su maldita familia. ¡Harta! —solloza cansada—. No podemos dar un paso con miedo a que ellos hagan algo, primero la loca suelta y ahora después de muerta, todos ellos molesto.

Corro hasta dónde está y la abrazo. Ella se sujeta a mi camisa y esconde su rostro para que no la veamos llorar. Acaricio su espalda y me encolerizo al sentir su cuerpo temblar por la frustración.

—Caleb —Irene me llama—, nosotros nos vamos. Podemos llevarnos a Matty si lo desean.

—¡No! —contesta Emma.

Irene se acerca y abraza a Emma, Miles se une al abrazo. Los tres la abrazamos tratando de calmarla.

—Un día me dijiste que nosotros éramos una familia. —Irene le explica en tono conciliador—. Entonces las familias se apoyan y me llevo a Matt, porque así pueden hablar tú y Caleb. —Ella busca mi mirada y sonrío al decir—: Entiendan que nunca estarán solos.

—Gracias —contesto agradecido—. ¿Sabes dónde está todo?

Ella asiente y sale a buscar a los niños.

—Mañana a primera hora te espero en la oficina. Descansen—. Miles le da un beso a Emma en la frente—. Saldremos juntos de ésta.

Él y yo compartimos una de esas miradas que dicen todo. Nos despedimos de nuestro hijo y amigos. Emma se vuelve taciturna y distante, porque sé que ella está cansada de que el pasado quiera volver a jodernos.

¿Y sí...?

Miles

Entramos a casa con los niños ya dormidos. Mi mente en este momento está funcionando más rápido de lo que debe y trato de hallar una solución para que esta investigación termine de la mejor manera. Estoy en modo robot y acompaño a Irene hasta la habitación de Lu y la acuesto en su cama, mientras ella hace lo mismo con Matt.

—Voy a ver que Diego esté acostado —le informo.

Irene asiente y yo camino hasta la puerta de la habitación. Su voz me detiene a mitad de camino.

—¿Estás bien? —me pregunta, pero su voz es dudosa.

—Sí —contesto. Me acerco y le doy un beso en los labios—. Si no he regresado en un rato, duerme, estaré en la oficina por un largo rato.

Toma mi mano y me recuerda:

—Mañana es otro día.

—Lo sé, pero tengo unas cosas que revisar. —Trato de esbozar una sonrisa.

—Está bien... —susurra.

Salgo de la habitación y voy a la de Diego, a quien encuentro leyendo. Sonríó porque nada puede atormentarlo.

—No te quedes tan tarde leyendo —le advierto en tono de padre.

¿Tono de padre? ¡Joder! Me estoy pareciendo a mi papá, pienso.

—Vale —contesta y se queda observándome por un minuto o menos. Me quedo parado expectante y él indaga—: ¿Esto los afecta?

¡Qué niño tan perspicaz!

—No lo sé... —le indico—. Vamos, descansa y déjame esto a mí. —Me acerco y le doy un beso—. Buenas noches, campeón.

—Buenas noches.

Entro a mi despacho y me siento en mi sillón, lo giro frente al ventanal e intuyo que se avecinan tiempos difíciles. Sin embargo, sé que los tres saldremos bien librados y que no va a afectarnos, porque como Caleb lo aseguró: estamos limpios y no tenemos nada que temer.

Mañana será un día de locura en la oficina, estoy seguro que lo único que haremos es trabajar para salir de esto. Moveré cielo y tierra, pero me encargaré de darle una cucharada de su propia medicina a Bill.

Me quedo con la mirada pérdida en las luces de Nueva York, me encanta como se ve el río Hudson desde acá y la tranquilidad que nos da. Mucho hemos pasado para lograr todo lo que tenemos y siempre jugando limpio. Nada podrá detenernos y de eso estoy más que seguro.

No sé por cuánto tiempo estoy perdido en mis pensamientos, cuando unos brazos rodean mi cuello. Irene deja un beso en mi mejilla.

—Vamos a la cama —me susurra—, no quiero dormir sola.

La tomo de su muñeca y la jalo hasta sentarla en mis piernas. Ella sonrío y acaricia mi cabello

en un modo hasta maternal.

—Nena...

—Miles, que peso mucho —me comenta riendo.

Yo niego porque me encantan sus curvas y odio que ella me haga ese tipo de comentarios. No quiero que esté insegura, cuando la amo tal cuál es.

Eres tan hermosa, delgada o gordita, pienso.

—No pesas nada —contesto y la tomo más fuerte de la cintura—. Te necesito.

Esboza una sonrisa y al ver su rostro tan calmado, pienso: *¡Que bella es!* Ella acaricia mi rostro y yo beso la palma de su mano.

—Olvida todo... —me pide—. Estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

Cierro mis ojos y pienso en mi familia, en Adam, Caleb y Emma. Ella misma lo dijo: *una familia*. Ahora toca luchar para no vernos afectados.

—Esto nos salpicará a todos y no será fácil para ustedes, que comienzan el negocio —le comento preocupado—. No quiero imaginar que se trae Bill entre manos, pero ver a Emma tan alterada me preocupó y ustedes no está para esto.

—Y a mí... —confiesa susurrando

—¡Están embarazadas, joder! —exclamo irritado—. Y ahora sucede esto. Las dos van estar sometidas al escarnio público.

—Miles, yo sé manejarme —contesta—. Soy hija de un político, ¿recuerdas? —Acaricia mi rostro y se levanta de mis piernas—. Vamos. —Me ofrece su mano—. Que es hora de dormir.

Asiento y tomo su mano. Me levanto y camino junto a ella pensando en lo afortunado que soy por tenerla a mi lado. Amo con locura a Irene, la amo como a nadie y la amaré hasta el final de mis días.

Entramos a nuestra habitación y se detiene frente a nuestra cama, con esmero y mimo me quita la ropa. Viene de repente a mi mente una canción que escuchaba mi abuela de un cantante español llamado Raphael.

—Como yo te amo —murmuro.

—¿Ah? —pregunta alzando una ceja.

—Es la canción de hoy —le respondo y ella sonrío.

—Miles... —susurra mi nombre y llevo mis dedos a sus labios haciéndola callar.

—Te amo como a nadie y nadie te amaré como yo lo hago. —Acaricio sus labios—. Te amo tanto, que duele. —Cierra sus ojos procesando lo que expreso—. Nadie les hará daño, porque voy a ayudar a Caleb y saldremos de todo. Te lo prometo.

Irene abre sus ojos y sonrío.

—Lo sé, saldremos de todo porque el amor siempre triunfará y este es nuestro cuento de hadas. —*Es cierto*, pienso—. Pero a veces hay momentos grises en toda historia.

Le doy un beso apasionado. Ella es mi hogar y mi todo. Caleb es mi hermano y lo ayudaré en todo. Estoy dispuesto a luchar hasta las últimas consecuencias.

Despierto abrazado a la mujer más hermosa del mundo. Hoy es el día que veremos por primera vez a nuestro nuevo bebé y muero de la emoción. Repetir de nuevo la incertidumbre de saber si es niño o niña, pero esta vez, deseo y le pido a Dios que nos deje vivir un embarazo sin accidentes o preocupaciones.

Me levanto, pero no sin antes besarla. Me ducho y me visto rápido. Al salir del vestidor, la

encuentro sentada en la cama.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa en los labios.

¡Dios! Mi pene de tan solo verla vestida con ese picardía se erecta.

Vamos muchacho, ahora no, le indico.

—Buenos días. —Me acerco y le robo un beso—. Te recojo a las doce.

—Vale —responde—. ¡Es hoy! —agrega emocionada.

—Sí, es hoy... —contesto acariciando su rostro—. Voy a la oficina a ver qué dicen los abogados.

—Avísame cualquier cosa —me pide—. Llamaré a Emma y le pediré que venga, las dos tenemos la cita hoy.

Asiento.

—Me parece bien y le diré a Caleb para recogerlas aquí.

Ella asiente y me sonrío. Me acerco y la beso.

—Feliz día, te amo —me despido.

—Igual... —Sin embargo, ella toma mi mano y duda por un segundo lo que quiere decirme—. Por favor, no vayan a ocultarnos nada. Te lo pido a ti, porque Caleb tiende a cerrarse y eso puede hacerle daño a Emma. —Suspira—. Y tú eres igual muchas veces, por favor...

¿Cómo nos conocen? Claro que lo hacen y es por eso que me siento a su lado. Le doy un beso en la coronilla y la abrazo.

—Te lo prometo, hablaré con Caleb —expreso de manera conciliadora.

Ella asiente, toma mi mano y la lleva a su vientre. Ese gesto hace que mi corazón lata a mil por horas.

—Te espero para conocer a nuestro bebé.

Le doy un guiño y le contesto:

—Te apuesto que será un niño.

Ella suelta una carcajada.

—No, no —me dice haciendo gestos con sus manos—. De nuevo, no. Esta vez te apuesto que son gemelos.

Pongo los ojos como platos.

—¡Estás loca! —le digo riendo.

—Puede ser. Mi prima Ángela tuvo gemelos y eso está en los genes —apostilla con una sonrisa socarrona.

¡Se está vengando! ¿Gemelos? ¡Cristo!

Me levanto y le digo:

—Si son gemelos... —Alzo mis hombros—. No me importaría que sean dos niños.

Salgo de la casa con una sonrisa en los labios a enfrentar el día que nos espera.

Y Leo se nos casará...

Emma

Pasé la noche sin dormir y no miento, porque literalmente estuve dando vueltas y vueltas en la cama. Caleb solo quiere que me calme. ¿Cómo puedo calmarme? Estas personas se han encargado de fastidiarnos por el hecho de que no aceptan la locura de Catherine. No hay que ser muy inteligentes para darse cuenta de que esto es una venganza personal.

Creo que lo que me está fastidiando de esta situación no es el hecho de la investigación y posible juicio, lo que realmente me enfurece es que todos estamos expuestos al escarnio público, además que podemos perder lo que mucho le ha costado a mi esposo y sus amigos. No siempre los buenos ganamos y es una de las muchas lecciones que he aprendido a lo largo de la vida, exceptuando algunas ocasiones en donde la verdad triunfa. Este mundo es de los que saben sobrevivir y yo aprendí a hacerlo hace mucho tiempo.

Entro al ático que pertenece a Irene y Miles y Matthew sale corriendo a mis brazos. Lo alzo y huelo su cabello cerrando mis ojos y absorbiendo su olor a bebé. Las madres nos calmamos con cosas tan simples como un simple abrazo.

—Mami, mami —me llama emocionado y agrega algo que llega a mi corazón—: Te extrañé.

—Y yo a ti —contesto emocionada.

Irene llega a dónde estamos y me señala el sofá.

—Vamos a sentarnos —me pide.

Solo cabeceo, no tengo deseos de hablar con nadie más. Camino hasta ahí, me siento con Matt en mis brazos y observo que Lucía sale del pasillo con un peluche de *Peppa* la cerdita en los suyos.

—Tita —me llama sonriendo—, ¿no vas a llevarte a Matt?

Observo a Irene que esboza una sonrisa y alza sus hombros despreocupada. Sabemos que nuestra pequeña tiene cierta posesión sobre mi hijo.

—No, nena —le respondo y me siento en el sofá—. Hoy se quedan con Leo mientras tu mami y yo salimos.

Ella me sonríe y le agarra la mano a Matty. Tengo una sensación, no sé cómo explicarlo, algo dentro de mí que me dice que estos dos serán algo más que amigos en el futuro y lo espero, de verdad, porque nada me haría más feliz que ellos se casaran.

—Vamos Matty, ya comenzó la Doctora Juguete —le informa Lu mientras le ofrece su manita y Matthew la toma.

—Te quiero, mami —me dice Matt bajándose de mis piernas y advierto como se pierden por el pasillo.

—¿Te sientes mejor? —inquire preocupada mi amiga y yo asiento confirmándole su sospecha.

—Estoy preocupada.

—Y yo, pero le di mi palabra a Caleb que lo dejaría resolver todo. —Suspiro.

—Le hice prometer a Miles que no nos oculten nada —me comenta.

Miles quizás no lo haga, pero Caleb es otro cantar y sé que tratará de esconderme todo lo que

me preocupe.

Por protegerme lo haría, susurra una voz en mi interior.

—Sé que esto es personal, pero me da mucha rabia —confieso entre dientes—. Caleb no tiene la culpa. Cate tiene la tiene. Además, fue ella la que se obsesionó con mi esposo y no pudo ver que a su lado estaba un hombre que la amaba.

—No voy a defender a Bill, pero tampoco quisiera estar en sus zapatos y tener que lidiar con ella y con su familia, Miles me ha contado que los padres de Cate son personas obsesionas con el estatus social y el qué dirán, no deben estar pasándola bien. —Irene toma mi mano y yo trato de sonreír—. Vamos amiga, hoy debería ser un día feliz, por primera vez veremos a nuestras moritas.

Suelto una carcajada.

—¿De nuevo moritas? —le pregunto muerta de risa.

—Bueno, a menos que vayamos a llamarlos *alliens* —contesta con una sonrisa—. Y después de ver tantos documentales, te cuento que no estoy de acuerdo.

—Me quedo con morita —conuerdo sonriente y le recuerdo—: Mañana...

—Mañana tendremos la inauguración más sorprendente en todo Nueva York —pronuncia emocionada esas palabras—. Una vez tú me dijiste que mirara el lado positivo de todo y bueno, estar en el ojo del huracán hará que las personas vayan por curiosidad y terminarán comprando, te lo puedo asegurar. —Guiña el ojo de manera cómplice.

—¡Estás muy positiva! —exclamo.

—Estoy cagada con el miedo, pero la vida me ha enseñado que el miedo solo un espejismo, que no nos permite luchar por lo que deseamos. Así que, por favor sonríe y acepta que esto será un asunto pasajero.

—Vale... —acepto resignada.

La puerta se abre y las dos giramos nuestros rostros para ver quién ha llegado. Leo entra abanicándose y con una sonrisa en los labios.

—¡Lo amo! —nos anuncia desde ahí.

—¿A quién amas? —lo interroga Irene.

—A Mike —contesta con una sonrisa de hombre enamorado y nos avisa en español—: Os tengo que contar algo —comenta emocionado.

Camina hasta el sofá y nos abraza, nos dos un par de besos y se sienta en el medio de las dos. Alzo una ceja divertida, porque con este hombre nunca se sabe y me pica la curiosidad que lo tiene tan feliz.

—¡A ver, cuéntanos! —le pido al mismo tiempo de que mi lado metiche se acciona.

Lo sé, pero no puedo evitar enterarme de todo.

—¡Me caso! —grita emocionado—. Miguelangel me propuso matrimonio y yo acepté.

Irene y yo compartimos unas miradas y gritamos emocionadas. Ella salta a abrazarlo y yo la sigo porque esta es la noticia del año.

—¡Felicidades! —Irene lo besa—. Te mereces ser feliz, mi Leo.

—Florecita, estoy que muero de amor por ese hombre...

Irene lo observa como una verdadera madre.

—¡Cuenta, cuenta! —le ruego mientras le doy un beso—. ¿Cómo fue la propuesta?

—Sí, cuenta —le pide Irene sentándose de nuevo.

—Bueno, anoche me invitó a cenar a Salinas. —Suspira—. ¿Saben? Probablemente es el restaurante de cocina española más romántico de Nueva York. —Yo pongo los ojos en blanco—. El ambiente es único, porque estamos a la luz de las velas y rodeados de flores preciosas.

—¡Leo! —chilla Irene frustrada—. Hemos ido ahí contigo, ¿recuerdas? No divagues y cuéntanos.

—Vale, vale, no me apuréis en esto. —Se abanica como si tuviera calor y me rio—. Estaba comiendo y de repente Miguelangel comienza a hablarme asegurándome de que me ama y todo eso. Se levantó de la mesa e hincó una rodilla en suelo. —Irene y yo suspiramos—. Estaba al punto del patatús todos nos miraban, todavía mucha homofobia, pero en fin casi me da un al pronunciar estas palabras: “Leonardo, quiero compartir el resto de mi vida junto a ti”, con esa voz masculina e italiana.

Se tapa el rostro sonrojado.

—¿Y? —le pregunto halándole de la camisa—. Cuenta, cuenta.

—Agregó: “Aquí podemos casarnos y vivir felices”. Respiró hondo y me preguntó: “¿Quieres casarte conmigo? —Leo se sofoca y por primera vez lo observo tan emocionado—. Por supuesto salté de la mesa y le dije que Sí y mil veces Sí.

—¡Leo, qué emoción! —chilla Irene—. ¿Llamaste a Naca?

Él niega y hace un mohín. Yo suelto una carcajada e Irene nos observa a los dos.

—No, porque llegamos a casa y nos entregamos a la pasión del momento. Y bueno... —Se abanica con la mano—. Hoy tenía que hacer de niñera, así que será más tarde que ponga al corriente a todos.

—¡Felicidades! —le digo—. Entonces, hay que organizar boda...

—¡Sí! —chilla—. Ví un hermoso traje *Dior* blanco en una vidriera, porque quiero una boda tal cual *Sex in the city*.

Irene y yo estallamos en risas. Tenía que ser Leo y me imagino toda la pompa, los cisnes y toda la cosa. Esta será la boda del año.

—¿Con Liza? —le pregunta con sorna Irene.

—Sí, florecita. Quiero a la Minelli en mi vida y en mi boda. —Nos señala—. Y ustedes me van ayudar.

—Estoy contigo —le digo.

Irene alza sus hombros y dice riendo:

—Pues, te digo desde ya que le tengo fobia a los cisnes.

Todos estallamos en risas, porque puede estar el día gris, pero siempre tendremos razones para sonreír.

¿Dónde cabe uno, caben dos?

Irene

Estamos los cuatros nerviosos y en silencio en la sala de espera de uno de los consultorios más costosos del mundo. Los chicos nos aseguraron que los abogados están trabajando para que esto no llegue a nada, por ahora introdujeron un recurso con todo lo relacionado a las finanzas, ya que siempre hemos sido cristalinos y en dónde la empresa se compromete a colaborar con la investigación, ellos están tranquilos y seguros de que nada podría salir mal. Caleb y Miles no tienen miedo, ya que han sido honestos en sus negocios.

Quien nada debe, nada teme, ¿cierto?

Esperar aquí es medio estresante, porque estoy segura que los cuatros nos morimos por observar por primera vez a nuestros hijos. Tengo miedo y no puedo negar que la ansiedad me está carcomiendo la mente, deseo saber que todo está bien con mi embarazo.

—Señora Mraz... —Una enfermera llama a Emma.

Ellos se levantan, pero Emma toma mi mano y la aprieta. Las dos compartimos el mismo sentimiento y tengo ese mal presentimiento que ahoga.

Sí, lo sé, estoy siendo negativa.

—Ya quiero que nos llamen —me comenta mi esposo removiéndose en su silla.

—Paciencia...—le pido y él se ríe.

—Tenemos una nueva apuesta —apostilla divertido.

Pongo los ojos en blanco y cuando pienso abrir la boca para responderle, me llaman:

—Señora Chapman... —La misma enfermera que llamó a Emma hace unos minutos hace lo mismo conmigo.

Nos levantamos y la seguimos. La adrenalina hace que mi corazón se acelere. Entramos a un consultorio y observo todo asustada.

—Llegó el momento —me susurra Miles.

Sonríbo tocando mi vientre, la tranquilidad de mi esposo me calma un poco. Tomo su mano y le doy un apretón que él corresponde.

—Puede cambiarse con esta bata. —La enfermera me entrega un paquete cerrado con una bata de hospital—. Se acuesta y el técnico le hará el ultrasonido.

—Gracias —contesto.

—De nada, estamos a su disposición. Mi nombre es Mary y nos estaremos viendo en sus controles.

—Un gusto, Mary —respondo con una sonrisa que ella corresponde.

La enfermera sale del consultorio dándome un poco de privacidad para cambiarme. Rompo el empaque y saco la bata, voy a bajarme el cierre del vestido y siento las manos de Miles deteniéndome.

—Déjame —me pide susurrando.

Asiento mientras bajo mis manos, él recoge mi cabello y lo pone a un lado. Lentamente baja el cierre..., yo cierro mis ojos disfrutando. Introduce sus manos por la abertura y acaricia mi

espalda.

—Miles....

—Lo sé —me expresa con voz ronca y deja caer mi vestido—. Vamos, ponte la bata o te follo aquí mismo.

Hago lo que me dice y me acuesto en la camilla. No han pasado ni dos minutos y la puerta se abre, una mujer entra con un uniforme rosado.

—Soy el técnico. —Sonríe. Miles y yo asentimos—. Leí que crees tener ocho semanas. Voy hacer el ultrasonido abdominal y en caso que no podamos ver bien, lo hare intravaginal —me explica.

—Vale.

Se coloca los guantes y pone el gel en mi abdomen, coloca el transductor y empieza a moverlo sobre el mismo. Miles toma mi mano y los dos observamos atentos la pantalla. El sonido fuerte del corazón de mi bebé empieza a escucharse y los dos sonreímos.

—¿Escuchas? —me pregunta emocionado.

Asiento y algunas lágrimas se escapan de mis ojos. Veo que la técnica frunce el ceño y me asusto.

¡Ahí está, lo sabía!

—¿Ocurre algo malo? —le pregunto.

—No —responde y mueve de nuevo apretando un poco más contra el abdomen. Yo respiro profundo—. Felicidades, son gemelos. —Señala la pantalla—. Miren, aquí se diferencian los fetos.

Quedo ojiplática y giro mi rostro para ver a Miles que está pálido. ¡No puedo creerlo! ¿Pueden creerlo? ¿Gemelos? ¡Ay Dios! Gemelos... ¡Virgen Santa, gemelos!

—Miles... —susurro su nombre asustada por su estado.

Paso mi mirada de la imagen que congeló el técnico a mi esposo. Estoy asustada y juro que lo que dije fue jugando, una simple broma que deseaba gastarle.

¡Gemelos! ¡Cristo!

—¡Miles! —chillo—. Di algo... —le ruego.

Él suelta mi mano y se acerca a la pantalla, la toca y niega. Pobre, creo que en esta me pide el divorcio.

—Gemelos... —dice—. Gemelos... —repite y yo comienzo a inquietarme.

—Miles, te juro que...

No deja que termine, cuando salta abrazarme para asegurarme:

—Soy el hombre más feliz del mundo. ¡Joder, gemelos! Sin ningún tratamiento de fertilidad —comenta riendo—. Deja que les cuente a todos que mis niños son rápidos.

¡La madre que lo parió! ¡Machista!

—¡Miles! —le espeto riendo—. Te amo.

—Y yo a ti, pequeña saltamontes —contesta besándome.

La chica se ríe mientras imprime la primera foto de mis bebés. Muero por contarles a mis amigos y a mi papá.

—De nuevo, felicidades. —Nos entrega la ecografía y me da algunas servilletas para limpiarme—. El doctor Hudson los espera.

Me siento en la camilla. Miles me ayuda a bajarme y a vestirme. Creo que no puedo creerme esto. ¡Cristo Santo! Apenas puedo con Lucía y ahora tendré dos niños más. Ahora serán dos llorando, pidiendo comida y hasta la cabeza de mierda.

¡Carajo! Creo que me estoy volviendo tipo Sherk, no quiero más bebés.

—Gemelos... —Miles repite—. ¿Eres vidente ahora? —me pregunta con sorna.

Yo me río. Dios mío, qué ocurrencias tiene este hombre. Creo que no debería decir más este tipo de cosas.

—Te juro que lo dije jugando y solo por tocarte las pelotas...

—Lo sé, pero dime la próxima vez que vamos a ganar todo. —Me da un beso en la coronilla y sonrió triste, toda esta felicidad se ve opacada por culpa de la investigación—. Pitonisa —dice riendo.

De nuevo se instala una opresión en mi pecho que no logro descifrar. Trato de enfocarme en mi alegría y entramos al consultorio del doctor. Nos recibe un hombre de cuarenta y tantos con una sonrisa dibujada en los labios.

—Irene... —Aprieta mi mano—. Un gusto.

—El gusto es mío —le contesto en modo automático.

—Miles, ¿y tus padres? —le pregunta, mientras tomamos asiento.

—Muy bien, Owen. Te envían saludos —contesta Miles.

—Veamos la ecografía —no dice el doctor y observa el informe. Alza su rostro con una sonrisa—. Gemelos, felicidades.

Miles aprieta mi mano.

—Gracias —le agradezco—. ¿Todo va bien? —inquiero asustada.

—Sí —responde—. Pero de hecho Irene, tengo que informarte que tienes nueve semanas de embarazo. Voy ajustarte la dieta, prepárate los récipes e indicaciones de todo lo que debes tomar durante —agrega haciendo anotaciones—. Regálame una sonrisa, porque dentro de poco tendrás dos niños sanos. —Para más inri me pide una sonrisa—. Así que quita esa cara.

Me remuevo un poco en mi silla, incómoda.

—¿Nena, estás bien? —indaga Miles.

Niego, no puedo estarlo. ¡Son dos niños!

—Tengo miedo —confieso finalmente y me dirijo al doctor—: Seguro que usted sabe lo de mi accidente, tengo miedo que tenga alguna complicación en el embarazo.

El doctor deja de teclear y me sonrío.

—Irene eres una mujer sana. ¿Has sentido algún síntoma extraño? —me pregunta y yo niego. De verdad, salvo al vómito inicial y de que no tolero el café, no parece que esté embarazada—. Entonces no tienes nada que temer. Claro, estás embarazada de gemelos y no va ser un embarazo fácil, llegará el momento que no podrás ni dormir. Pero por ahora vamos a preocuparnos porque su gestación sea la mejor.

—Vale —le respondo.

Miles toma mi mano y la besa mientras escucho todas las recomendaciones del doctor. Debo hacer ejercicio, por lo menos caminar una hora diaria, tener una dieta balanceada y rica en ácido fólico, tomar mucha agua y tratar de mantener la mente relajada.

Sí, claro, con un juicio en puerta, un marido loco, una boda gay y Adam despechado. Tendré el embarazo más tranquilo del mundo.

Feliz, asombrado y preocupado

Caleb

Soy el hombre más feliz del mundo y nada podrá opacarlo. Escuchar los latidos de mi pequeño hijo, hizo que mi corazón saltara enamorado una vez más de los regalos que nos da la vida. El embarazo de Emma está completamente normal y Owen solo hizo algunos ajustes en la dieta que debe tomar. Ella no para de moverse asustada mientras esperamos que Irene y Miles salgan, sé que está preocupada por la salud de nuestra amiga.

La puerta del consultorio se abre para dar paso a Irene pálida y a Miles sonriente.

—Irene, ¿todo va bien? —Emma le pregunta preocupada, acercándose.

—Sí... —susurra.

—¿Y bien? —le pregunto.

Miles esboza una sonrisa y grita emocionado:

—¡Son gemelos!

¡Joder!, pienso.

—¡Felicidades! —chilla Emma emocionada y abraza a Irene.

Abrazo a Miles emocionado, esto sí que es la noticia del año. Ya me imagino a Leticia organizando todo para sus nuevos nietos.

—Felicidades, amigo eres todo un potente —apostillo en modo de broma y los dos estallamos en risas.

Me acerco a Irene y estoy seguro que la pobre aún no sale de su asombro. Tomo sus manos y ella me observa como un ratón asustado.

—Irene, vamos. ¡Sonríe, que no se acaba el mundo! —le pido con una sonrisa.

Ella gime:

—¡Gemelos!

Miles se acerca preocupado y yo me quito para darles espacio. Toma sus manos y le pregunta:

—Nena, ¿estás bien? —La toma de la cintura.

—Gemelos —repite como un robot.

Pobre, yo estaría igual, pienso.

—Amiga, nos estás asustando —le confiesa Emma preocupada.

Ella se sienta y observo que está pálida, que ha perdido todo el color de su rostro. Miles corre y busca a Owen. Me quedo observándola y pensando en decirle algo. El doctor llega en compañía de mi amigo.

—Irene —la llama Owen—, ¿estás bien?

Ella asiente como un robot.

—Pequeña, nos estas asustando —expresa Miles.

Observo todo desde donde estoy y alzo mis hombros, creo que me toca ayudar. Me acerco hasta ella y me siento a su lado, tomo su mano y le doy un fuerte apretón. Irene gira su rostro y me mira asustada, con esa mirada me dice todo lo que siente.

—Irene... —la llamo en un tono de voz comprensivo—. ¿Estás asustada, cierto? —Ella asiente

y algunas lágrimas se escapan. *Pobre*—. Eres una maravillosa madre con Lucía y estoy seguro de que con estos pequeños serás una madre fenomenal.

—¡Pero son dos! —chilla.

Miles se arrodilla frente ella y con su mano toma su mentón haciendo que lo mire. Suelto su mano y me quedo en segundo plano, dándole el espacio que ellos necesitan.

—Y yo estaré a tu lado. Estarán Leo y todos nuestros —le expresa con voz dulce—. Tienes que estar feliz. Yo lo estoy. ¡Joder nena, flipo!

Él le dice eso último es castellano. Emma esboza una sonrisa y eso me conmueve, porque tenía días sin verla sonreír de esa forma tan genuina. Owen se levanta y palmea la espalda de Miles.

—Los veo el mes que viene —anuncia retirándose.

Asiento y me despido.

—¿Y entonces? —le pregunto.

Irene por primera vez sonríe y todos respiramos tranquilos. Creo que yo me hubiera desmayado ante una situación similar.

—¡Hay que celebrar! —exclama con una sonrisa.

Emma aplaude emocionada y yo me levanto para abrazarla. Miles le da un beso a Irene en los labios.

—Vamos a comer sushi, yo invito —propongo con una sonrisa.

Miles e Irene se levantan para irnos y yo tomo la mano de mi esposa. Salimos del edificio sintiéndonos felices, porque sí, porque tenemos motivos para serlo y porque estoy seguro que nadie nos puede arruinar la felicidad.

Irene y Emma tienen fecha de parto con algunos días de diferencia. Para noviembre estaremos celebrando la llegada de los nuevos integrantes y ya estoy ilusionado por consentir a mi mujer.

Cuando la noche cae sobre Nueva York es donde comienza su magia. Observo a lo lejos las luces titilar de los rascacielos y de los edificios, porque desde el cielo parecen un millar de pequeñas luciérnagas centellando.

Todos están preocupados por el tema de la investigación. Sin embargo, estoy tranquilo porque esto es una venganza personal. No hay pruebas que puedan tener en contra de nosotros y sí las hay, son falsas.

Marco el número de Carter, quien responde al tercer repique.

—Mraz, ya estoy en ello.

—Harris, quiero saber hasta lo más mínimo —le advierto.

—No te preocupes, tu padre me ha advertido lo mismo —confiesa—. Por ahora lo que he encontrado no es de color blanco.

—Vaya —exclamo y doy un silbido.

—Bill tiene negocios sucios. —Suspira cansado—. Si llego al meollo del asunto, lo tendrás acorralado —me informa.

—Excelente.

—Caleb, descansa —me dice—. Disfruta de tu esposa y olvida todo solo por hoy.

—Gracias.

—De nada, idiota. Te estaré informando. Saludos a Emma.

Recuerdo el tema de Adam y Jessica, tengo que solucionar ese tema también y saber por qué Carter le mintió a nuestro amigo.

—Carter... —lo llamo.

—Ajá —responde.

—Quiero que investigues a Jessica —le pido.

Escucho que maldice por lo bajo. Sé que ella debe ser de su confianza para estar cerca de su esposa, pero no es de la mía y me molesta.

—Caleb, tengo que confesarte que Jessica es persona de mi más alta confianza —me expresa molesto—. Su padre fue mi profesor en West Point, ella se graduó algunas generaciones después que yo con altos honores, además. —Se calla y respira hondo—. La verdad es que ella es como una hermana para mí; no jugaría con la vida de Emma y Matthew o a la familia de Miles. ¡Joder! Ustedes son mis amigos desde la infancia, creo que tampoco te he informado de que ella es mi socia.

—Carter...

—Esto es entre ella y Adam, lo siento tengo mis razones para ponerme de parte de mi amiga y no de él.

¡Cristo santo, esto cada vez se pone peor!, pienso.

—Carter, tienes que entender nuestra desconfianza. —Respiro hondo y agrego—: Ella es la mujer que Adam te mandó a investigar hace años e imagino que lo sabías.

—Sé y sabía quién era ella. Disculpa Caleb. —Se queda callado—. ¿Alguna has tenido que ocultar algo porque quieres proteger a esa persona?

—Sí —respondo y eso estoy haciendo con el juicio y Emma—. Carter, entiende mi desconfianza.

—Lo entiendo, amigo —murmura cansando—. Caleb, puedo asegurarte de que Jessica no quiere el dinero de Adam y no está de regreso por él. —Respira hondo—. Yo la obligué a ser el guardaespaldas de Emma, porque es la única a quien le confiaría mi propia vida.

—¡Joder! ¿Qué hago con Adam?

—No lo sé, pero algo sucedió entre ellos que hizo alejar a Jessica. —Suspira—. Yo sé las razones y sé que ella pidió la baja destrozada por la muerte de su padre y lo que sucedió con Adam.

—¿Tan grave fue? —indago.

—Para que ella dejara todo y viajara al otro lado del mundo cuando pudo ser una instructora...

—¿El niño es hijo de Adam? —pregunto y el otro lado de la línea se queda mudo—. ¡Carter!

—No puedo contestarte, pero sí puedo decirte que ella prefirió dedicarle tiempo al pequeño Sean y se fue lejos. Te juro que le pedí que regresara y ella se opuso temiendo que esto pasara, también sé que lo he forzado, pero ella debe enfrentar sus miedos.

—¡Cristo!

—Jessica es una hermana para mí y te puedo asegurar de que ella no la ha pasado bien en este tiempo.

Paso la mano por mi cabeza frustrado. ¡Joder! ¿Cómo puedo ayudar a Adam?

—Te creo, la verdad, y espero que todo esto termine bien por ellos —sentencio.

—Y yo.

—Carter, una última pregunta.

—Ajá... —murmura.

—¿Conoces al padre de su hijo?

—Creo que tú también lo conoces —contesta.

—¡Joder! —mascullo.

—Descansa, Mraz—me dice.

—Igual —contesto.

Cuelgo la llamada y me quedo mirando al vacío infinito. No puedo creer lo que me acaba de insinuar Carter y lo triste de todo es que Adam está perdido. Nos tocará a Miles y a mí recoger sus pedazos si esto llegara a salir mal.

Espero por su bien que no sea así.

La mejor decisión

Miles

Caigo jadeando sobre el cuerpo de Irene después de hacerle el amor por segunda vez, hoy desperté deseándola más que ayer y que todos los días. Cierro los ojos por unos segundos mientras los latidos de mi corazón se van ralentizando.

¿Se puede ser más feliz? Sí, sí puedo.

Irene es la persona correcta y lo más bonito que me ha pasado. Hay que atreverse a vivir y la vida es una. Si somos cobardes nos perdemos de tantas cosas y por eso me alegro de haber sacado el coraje para luchar por ella. Mi felicidad tiene nombre y es el de ella. Para mí *es ella* lo que todo lo puede y solo me ha dado regalos, como el de ser padre.

La noticia de que esperamos gemelos es la mejor en mucho tiempo y no puedo negar que toca mi ego de macho. Dos niños de un solo polvo..., sí, sí, lo sé, soy un capullo arrogante, pero es que son dos hijos. Mi pobre esposa estuvo en shock por horas, pero luego de mirarla, está feliz con la noticia.

Lucía fue otro cantar, aunque le emocionaba la idea de un hermanito, al explicarle que eran dos su berrinche fue tal que Irene casi se pone a llorar. Mi princesa estaba dispuesta a compartírnos con un solo hermano, dos es una cuota muy alta y que no está dispuesta a pagar.

Mi esposa me recalcó en modo de regaño que cada día se parece más a mí y solo alcé mis hombros para luego besarla. Es cierto, mi hija es una Chapman en carácter de pies a cabeza, exceptuando su belleza que sin dudas es igual a la de su madre.

—Miles —Irene me llama y toma mi mano.

—Mmm —murmuro.

—¡Miles! —me vuelve a llamar.

—Sí... —Abro mis ojos y giro mi rostro.

Sus labios están hinchados a causa de mis besos y tiene un hermoso chupón en su seno izquierdo.

—Eres un animal —me reclama y yo pongo los ojos en blanco.

—Pequeña saltamontes...

—¿Es que tenemos dieciséis? —Se levanta y camina hasta el espejo.

Yo admiro su hermosa y perfecta desnudez. Sus atractivas curvas que terminan en ese culo firme. Veo como revisa su pecho y sonrío.

Ella es mía, pienso y de tan solo hacerlo ya me siento un cavernícola.

Me levanto y observo mi naciente erección, camino hasta detenerme detrás de ella. La tomo por sus hombros y empiezo a masajearlos.

—Te amo —le susurro.

Ella sonrío y me observa a través del espejo.

—Eres un manipulador en potencia —apostilla con una sonrisa.

—¡Lo sé! —contesto sonriendo.

Ella frunce el ceño y me dice:

—¡Capullo!

—Pero me amas y no puedes ver la vida sin mí.

—Ve creyendo lo que dices —me responde picándome. Se trata de zafar de mi agarre mientras bajo mis manos a su cintura pegándola a mi cuerpo y restregando mi erección en su culo.

—No tengo que creerme nada —aseguro y observo que sus pupilas se dilatan a causa del deseo—. Yo tampoco puedo vivir mi vida sin ti. —Bajo mi mano y guío mi erección hasta la entrada de su sexo y confieso—: Te deseo como un colegial. —La penetro y a ella se le escapa un gemido.

—Miles, por favor —me pide.

Me muevo lentamente y ella arquea su espalda. Irene lleva su mano a mi cuello y expone el suyo como si fuera una tentación para mí. Lo beso y recorro con mi lengua toda su longitud. Tomo su pecho izquierdo y lo aprieto, sus gemidos me enloquecen. Quiero vivir la vida entera junto a ella.

—Tu cuerpo me pertenece —le digo ciego del deseo—. ¡Tú eres mía! —jadeo y salgo completamente de ella para volverla a penetrar—. Te amo.

—¡Oh Dios! —me dice.

—Estoy a punto de correrme.

Cierra sus ojos y jadea al tocarse su clítoris con su otra mano. Su cuerpo está ligeramente arqueado mientras la penetro. No puedo negar que observarnos en el espejo de esta manera es la escena más erótica del mundo.

—Míranos —le pido.

Ella obedece y me mantiene la mirada mientras disfruto de su cuerpo. Una, dos, tres; ella llega al orgasmo gimiendo mi nombre y yo la sigo derramándome dentro de su sexo. Muerdo su hombro y me gana una sonrisa. Estoy exhausto, pero la alzo en mis brazos.

—¡Miles, bájame! —me pide riendo.

La empujo en la cama y la sigo, caemos los dos sobre ella riendo y me siento completamente en el nirvana de la vida.

—¡Eres la jodida gloria!

Ella suelta una carcajada y palmea mi muslo. Yo giro mi rostro y me quito el cabello que se me ha pegado de la frente.

—Tenemos quince minutos para estar vestidos, porque Leo debe estar por llegar con Lu —me informa.

—Ajá...

—Miles...

Me llama y yo me giro subiéndome encima de ella. Flexiono mis brazos a cada lado y ella me observa feliz.

—Pequeña...

Me abraza por el cuello y me dice:

—Me haces feliz cada segundo que estoy a tu lado —me confiesa con voz dulce.

Eso hincha mi pecho y le doy un beso casto.

—Te amo. —Salto y me levanto de la cama. Ella gira y me observa comiéndome con la mirada —. ¿Admirando la vista? —inquiero burlón.

—Más de lo que piensas —contesta descarada.

Le doy una nalgada y ella suelta una carcajada.

—Vamos, descarada que hoy es el gran día.

Ella pega un grito emocionada. Hoy es la apertura de la juguetería y esta sesión de artes amatorias fue para calmar sus nervios.

—¡Joder! Y ahora tengo un hermoso chupón en la teta. ¡Serás animal!

—Esa boquita... —siseo.

—Pues te jodes, ahora no podré usar el hermoso Ángel Sánchez —dice haciendo un puchero y yo me río.

—Te verías hermosa hasta con un saco de papas en tu cuerpo —le digo y ella se sonroja y yo le aprieto la nariz—. La canción de hoy es *Creo en ti*, de Reik.

Ella salta sobre mí rodeando mi cintura.

—Y mi canción es *Sabes* de Reik. Muero porque me llesves a otro concierto de ellos.

Suelto una carcajada porque ella y Emma nos han arrastrado a conciertos de todos los grupos y artistas que les gustan. El último fue el de Imagine Dragons, no me quejo porque me encanta ese grupo, pero no soportaría ir a uno de Reik.

—Estás loca, no soportaría de nuevo niñas gritando por esos maricas.

Ella suelta una carcajada.

—Te amo, mi capullo.

—Te amo, pequeña saltamontes.

Para mí es imposible no amarla, porque en mi corazón tengo todo este amor que crece con cada gesto y con cada palabra. Ahora entiendo a Caleb cuando va por el mundo proclamando a Emma como suya, porque al sentir un amor como el nuestro, queremos gritarle al mundo que ellas nos pertenecen.

Irene llenó de fe mi vida, ella es mi principio y mi fin. Su amor es la razón por la que despierto todas las mañanas, mi familia me regala los motivos por los cuales lucho a diario para hacerlas felices. Mi dulce chica me enseñó a transitar entre nubes y caminos pedregosos, a ser fuerte y fue por ella que sanaron mis heridas, un pasado estúpido que me empuñé a llevar muy lejos. Sé que aún nos quedan batallas por ganar, pero con mi pequeña saltamontes a mi lado puedo ver un hermoso futuro, pues gracias a ella ya no tengo miedo.

Ellas siempre estarán a mi lado, suceda lo que suceda.

Irene es la única que puede alegrar mi vida, la única que me ayuda a soportar mis problemas y me ayuda a no perderme. La verdad es que a ella le debo todo.

El mundo de Oz

Emma

El mundo mágico de Oz es con lo que soñaba cuando era una niña. Siempre deseé usar las zapatillas de rubí de Dorothy y escaparme a ese lugar dónde solo reinaba la magia. Fue una suerte que Irene también sintiera lo mismo, por eso escogimos este tema para decorar nuestro negocio que esta noche abre las puertas.

La prensa está a nuestro alrededor y los flashes nos ciegan a Irene y a mí. Cuando tomamos las tijeras, le pregunto con una sonrisa:

—¿Lista?

—Sí —contesta emocionada.

Juntas cortamos la cinta para dejar entrar a todos y así dar por inaugurada la meta que nos llevó dos años alcanzar. Ella y yo nos abrazamos, creo que no pude escoger mejor socia. Mi amiga y yo desde el primer día nos pusimos de acuerdo en lo que deseábamos. Entramos acompañadas por nuestros esposos e hijos.

—Felicidades, nena —me susurra Caleb y yo subo mi rostro para mirarlo. Sonrío al encontrarme con sus ojos que brillan a causa del orgullo.

—Gracias. —Sonrío—. Te debo tanto, porque ustedes son parte de este sueño.

La tienda está llena de invitados y nuevos clientes. Nuestros empleados trabajan facturando y la atracción principal es la decoración en donde los niños de diferentes edades corretean por los diferentes planetas. Me acerco donde están Miles, Irene y Adam, ya que deseo saludar a este nuestro que solo tiene unas horas de vuelta en la ciudad.

Me detengo cuando escucho la acalorada conversación que están teniendo y lo que le recrimina Miles.

—Eres un soberano imbécil, porque follarte a Kelly te ha metido en tremendo lío.

Quedo ojiplática y me acerco cautelosa. Observo a Irene, tiene el rostro serio y sus labios apretados en una línea recta, lo que significa que está muy molesta. Sin embargo, Adam no se queda callado y le contesta a Miles en modo de pregunta:

—¿Celoso por qué me follé a la misma mujer que tú?

—¡Adam! —le increpa Irene.

—¡Cristo, Adam! —exclamo sorprendida.

Él nos da una mirada furibunda y niega. Miles aprieta los puños queriendo matarlo y yo le daría una tunda para que madure de una vez por todas.

—Pueden meterse en sus putos asuntos y dejar mi vida en paz. —Adam nos advierte alzando su voz una decimas—. Me tienen hasta el gorro.

Voy a contestarle molesta, pero Irene me interrumpe diciéndole:

—El hecho de que Miles se follara a Kelly, por lo menos a mí no me afecta, eso sucedió antes de estar juntos. —Exhala y respira profundamente—. Pero el hecho que tú lo hagas luego de decirme que amas a otra persona, me hace pensar que eres un capullo en potencia. —Suspira cansada—. Tenía otra percepción de ti y sabes que te adoro, por eso ahora te digo que tienes que

aprender de tus malditos errores y rectificar.

—Irene... —Adam murmura su nombre.

—En cuanto a lo de no meternos en tus asuntos, te jodes; eres de la familia y si haces las cosas mal te lo digo en tu cara. Me estoy cansando de tus gilipolleces. —Irene se gira molesta y camina has donde están Leo y su novio.

Miles lo mira cabreado y le espeta:

—Eres un capullo y cuando madures, hablamos.

Yo me quedo observando a Adam sin decirle nada, pero estoy profundamente decepcionada por todo lo que he escuchado. Él me observa y me dice finalmente:

—¿Y tú? ¿No dirás nada?

Pongo los ojos en blanco y le suelto una perla:

—No te voy a insultar y perder mi tiempo contigo cuando eres una cabeza dura. Lo que sí te puedo decir es que todo lo que estás haciendo está mal, muy mal, y a la larga te vas a arrepentir.

Adam alza una ceja y me mira con una sonrisita que quiero borrarle. Este hombre es un idiota en potencia.

—¿En serio? —me pregunta sarcásticamente.

—Sí, te lo estoy diciendo en serio —contesto y recuerdo todo lo que hizo el idiota de Miles—. Por eso te diré lo mismo que un día le dije a tu primo: espero que regreses arrepentido y que Jessica te haga sufrir como la mierda que eres. Tengo que informarte que te comportas como un gilipolla y tú, amigo mío —lo señalo—, la estas cagando.

Adam suelta un bufido en desaprobación y me dan ganas de cruzarle el rostro. ¡Dios, que hombre tan bruto!

—Ya veo que te atrapó la dulce Alana —apunta con amargura.

—Se llama Jessica, Adam —lo corrijo molesta por su actitud—. Madura, porque todo tiene una explicación.

—Me mintió.

Siento que alguien rodea mi cintura. Caleb llega a mi lado y se queda observándonos a los dos con el rostro circunspecto.

—¿Sucede algo? —indaga y el tono de voz que usa es bastante forzado.

—No —contesto—, solo que una vez más, Adam está haciendo el papel de capullo integral.

Me suelto de su agarre molesta, me dirijo a la trastienda en donde me encuentro con Jessica y los niños. Está tranquila mientras juega con ellos, su sonrisa es única. *Pobre*, pienso, porque no sabe la caja de Pandora que está por abrirse.

Me acerco y Matt sale corriendo abrazarme.

—Mami, tengo sueño —me dice estrujándose los ojos con sus manos.

—Ya nos vamos tesoro —contesto y lo alzo.

—¡Emma, te vas a estropear el vestido! —chilla escandalizada Jessica.

La entiendo y sé que es un hermoso vestido. Sin embargo, alzo mis hombros porque me importa un bledo lo material. La puerta de la trastienda se abre y ella palidece. El aire se pone tenso y observo como Lucía corre diciendo:

—¡Tito Adam!

Me giro para mirarlo y me enternezco un poco cuando él se agacha y la espera con los brazos abiertos.

Es un idiota.

La niña y él se funden en un abrazo. Confieso que admiro el amor que siente él por esa niña,

pero sigue siendo un idiota.

Vuelvo mi mirada a donde está Jessica que lo mira con ojos de corderito haciendo chiribitas. Pongo los ojos en blanco, porque son un par de idiotas que están enamorados hasta las trancas. Solo hay que observar detenidamente que le brillan los ojos tan solo de verse.

Bajo a Matthew y lo tomo de la mano.

—Vamos, niños —les pido—. Toca jugar en la zona abierta.

Ellos saltan felices al escucharme y camino donde está Adam y Lu abrazados. Tomo la mano de la niña y ella dice algo que no entiendo. Las facciones de Adam se vuelven serias al fruncir el ceño y se forma una delgada línea en sus labios. Lo sé, sé que está cabreado conmigo y para mis ovarios, porque no me importa.

—Si me entero que le haces daño, te mato —le advierto. Salgo de la habitación y que Dios agarre confesados a estos dos, espero no estar cometiendo una locura.

Entro en la sección libre con los niños y encontramos el camino mágico, que es un piso que a medida que marchas sobre él se van encendiendo luces y escuchándose alguna nota musical. Los niños se sueltan y corren por él. Me encanta observarlos jugar y me quedo un buen rato haciéndolo.

Hoy, el día ha sido tranquilo a pesar de todo lo que sucede. Caleb pasó más tiempo encerrado en su despacho que conmigo en la casa. Lo que él no sabe es que he tomado mis propias previsiones y he conversado con mi suegra, por eso espero que la reunión que tengo planeada en pocos días dé los frutos esperados. Por primera vez no dejo que Caleb asuma solo el problema, porque estoy dispuesta a defender a mi familia con uñas y dientes si es necesario.

—¿Todo bien? —Irene me pregunta sacándome de mis pensamientos.

Tomo su mano y le doy un apretón, al que ella corresponde.

—Sí, todo está bien —contesto.

Ella asiente y suspira cansada, imagino que debe estar decepcionada con Adam. La verdad es que ella lo ha mimado como un crío.

—Lo siento mucho, pero sobre todo por lo que dije hace rato y también eso de dejarte con la palabra en los labios —se disculpa arrepentida.

—No te disculpes. —Tomo su mano—. Adam se merece eso y más.

Ella suelta una risita y yo la acompaño.

—Es un Chapman de pies a cabeza.

—Sí —Me río y agrego en español—: ¡Todo un capullo!

Las dos nos reímos mientras observo como Matt y Lu saltan tomados de las manos. Adoro mirar el amor que ellos se tienen.

—Algo me dice que esos dos terminarán juntos en un futuro —le indico señalando a nuestros hijos.

Ella esboza una sonrisa.

—¿Te soy sincera? Yo también, porque ellos me recuerdan a Miles y a mí cuando éramos niños —me confiesa.

—Esperemos que la historia sea diferente.

Ella asiente.

—Creo que hemos superado las expectativas —me comenta—. Hace diez minutos realicé el primer corte de ventas y hemos facturado a más de diez mil quinientos dólares, solo tenemos dos horas abiertos.

—¡Qué emoción! —Aplaudo.

Veo un pequeño moretón en su seno cuando su cabello se mueve. Abro los ojos sorprendida y me sonrojo. Ella se percató de mi reacción y se lo tapa avergonzándose al instante.

—No te apures. —Le hago un gesto con la mano para restarle importancia—. Caleb lo ha hecho miles de veces.

Ella suelta una risita.

—¡Dios! ¡Le dije que no lo hiciera! —me dice avergonzada—. A veces creo que somos dos adolescentes.

Y yo me siento una colegiala enamorada de Caleb, pienso.

—Somos dos —Le guiño el ojo.

Tengo que reconocer que esta noche ha sido de todo, menos aburrida. Nos toca esperar a saber el desenlace de la historia de Adam y Jessica.

La felicidad es efímera

Irene

La juguetería es todo un éxito en visitas y venta, ha sido catalogada como el lugar más *Tendring* de la temporada y apenas contamos un mes con las puertas abiertas. Las ventas se incrementan a diario y eso nos sorprende a Emma y a mí, porque no esperábamos tanta acogida en el mundo comercial, la verdad que toda esa mala publicidad da algunos frutos positivos.

Treinta días que pasaron volando y otro mes que le sumo a mi embarazo, que es completamente diferente al primero. ¿Náuseas matutinas? Nada que ver, pues ahora despierto tal cual rosa rozagante y feliz. El único detalle que no soporto es que no puedo ni oler el café, pero de resto esto es la perfección de los embarazos.

Lucía ha dejado atrás los celos y ahora le habla a la pequeña tripita que se está asomando en mi vientre, ella les pide a los gemelos que sean buenos con mami y eso causa que me muera de las risas.

Miles y yo estamos tan emocionados con los bebés, que por las noches tenemos una hora para estimularlos y lo hacemos todos, incluyendo a Diego mientras se queda con nosotros.

Reviso mi buzón de mensajes en el móvil porque hoy es mi día de descanso en la tienda, nos turnamos con un día de intermedio. Emma y yo nos acoplamos a la perfección como socias y como amigas, lo cual es idóneo para el funcionamiento de nuestro negocio.

Estoy contestando a un proveedor y entra una llamada interrumpiendo mi tarea. Me sorprende mucho al ver que es Adam. Pongo los ojos en blanco porque no pienso responderle, él se comportó como todo un capullo la última vez que nos vimos y no pienso pasar por alto su maldito comentario sobre la relación de Miles y Kelly. Aunque fue antes de estar juntos, esas palabras tocaron mi orgullo como mujer. Le doy ignorar y sigo escribiendo, pero el niño se ha empeñado a hablar.

¿Sabes qué, Adam? Vete a freír espárragos. Digo en mi mente

Salgo a la terraza del ático para relajarme disfrutando de la vista que me regala. Estamos iniciando el mes de julio y las temperaturas han subido algunas décimas, eso solo nos indica que se avecina un verano caluroso. Me siento en la mesa y reviso en mi *iPad* las ideas que tengo para celebrar el cumpleaños de Lucía, porque hablando con Emma pensamos en tratar de escenificar la escena del Té en *Alicia en el país de las maravillas* cuando el sombrerero loco celebraba el Feliz, feliz no cumpleaños. Sonrío, porque es una de las escenas que me encanta de la película.

Mi móvil suena con un mensaje. ¿Adivinen quién es el personaje? Lo abro y leo:

«No debí comportarme de esa forma, no contigo, lo siento. Sí, dilo, soy un capullo. Creo que es un mal de familia LOL, pero por favor necesito hablar contigo. ¿Sabías que tiene un hijo? Irene, estoy realmente jodido, la amo. Además, lo de Kelly es un mal entendido y ustedes me juzgaron sin darme la oportunidad de explicarme. Tenemos que hablar.»

¿Un mal de familia? ¿LOL? Adam parece un niño.

Dios, que mi hija no sea tan arrogante como ellos.

Tecleo la respuesta tan rápido como puedo.

«Mañana hablamos, porque aún estoy cabreada contigo. Sí, sabía que tiene un hijo. Y Adam, tienes que hablar con ella, quizás se fue porque no encontró razones para quedarse a tu lado. Piensa qué hiciste en ese tiempo, piensa... Te quiero y lo sabes, pero en parte esto es tu culpa.»

Le doy enviar, sintiéndome un poco más tranquila de haberme sacado lo que llevo días guardándome, todo para no tener otro enfrentamiento con mi amigo. No estoy de parte de Jessica, pero estoy segura que mi querido Adam tiene la culpa de todo esto. El amor no mata el conocimiento y lo sé, sé que él estuvo un tiempo bastante descarriado y sin importarle a quién se follaba. Todo en esta vida tiene consecuencias y resulta que lo que menos pensó él fue en su felicidad.

Amy, la chica que me ayuda con los quehaceres aparece con un semblante serio y el teléfono fijo en sus manos.

—Señora, la llaman —me informa con voz sepulcral.

Esa sensación de desasosiego que he sentido por días se instala de nuevo en mi pecho.

¡Dios que no sea nada malo!, pienso.

Tomo una respiración profunda y agarro con la mano temblorosa el teléfono.

—¿Sí? —digo.

—¿Usted es la señorita Irene Goitia? —me pregunta una voz femenina en español.

—Sí, pero ahora soy la señora Irene Chapman. —La corrijo sacándola de su error—. ¿Sucede algo? —le pregunto finalmente.

Ella se aclara la garganta y cierro mis ojos sintiéndome asustada, porque algo me dice que lo que dirá no me gustará.

—Señora, disculpe —me dice apurada—. La llamamos de la Embajada de España en Las Bahamas.

Mi papá, pienso automáticamente.

—¿Sucedió algo? —inquiero molesta porque me está sacando de quicio tanto formalismo.

—Señora, tengo el penoso deber de informarle que el Alcalde Felipe Goitia falleció junto a su esposa en un atroz accidente de tránsito. —Respira hondo—. De parte del Gobierno Español reciba nuestras condolencias y el apoyo en este momento tan difícil.

¿Falleció?

—Papi... —susurro.

—Señora, lo siento —me expresa la mujer con voz apenada—. Debido al cargo de su padre como alcalde de la ciudad de Barcelona, quería preguntarle si podemos enviarle la documentación de la repatriación de los cuerpos.

Me mareo, estoy mareada. Amy me observa asustada y corre hasta donde estoy. Niego con mi cabeza y cierro los ojos reprimiendo el llanto.

—Envíe lo que tenga que enviar, nosotros tenemos fax o lo que necesite—le digo.

—Mi nombre es Isabel Vila, seré su contacto directo aquí, estaré enviando una valija especial para que reciba mañana mismo los papeles, mis condolencias.

—Gracias.

Abro los ojos y siento como las lágrimas corren por mi rostro. Me levanto para avisarle a Miles, pero me tambaleo mareada y siento como mi cuerpo poco a poco se va desfalleciendo. Me olvido de respirar y finalmente mi último pensamiento es:

Al fin estás con mamá.

Abro mis ojos y lo primero que me viene a la mente es: *Dios, que sea una pesadilla*. Estoy perdida en el tiempo y espacio, siento que alguien aprieta mi mano y giro mi rostro, me encuentro a un Miles preocupado mientras de que sus hermosos ojos color avellana me observan con atención.

Mi papá, las lágrimas empiezan a precipitarse de nuevo y se me escapa un gemido.

—Pequeña... —Miles se lanza sobre mí y me abraza—. Lo siento mucho.

Me giro y entiero mi rostro en su pecho. Lloro como una niña pequeña y sola que se ha quedado huérfana.

¡Diego! Mi hermano..., mi hermano también ha perdido hoy a sus dos padres. La última conversación con mi padre me viene a la memoria y parece que tan solo fue ayer cuando vi su rostro por última vez. No paraba de decirme que estaba orgulloso de mí y se sentía feliz porque lo haría abuelo de nuevo... no, no pude contarle que espero gemelos y que sería abuelo de dos hermosos bebés.

Siento unas náuseas terribles y salto de la cama corriendo hasta el cuarto de baño. Deposito todo lo que ingerí y me siento en el piso, abrazo mis piernas al mismo tiempo de que mi llanto se acrecienta.

Miles se sienta a mi lado y me abraza preocupado por lo que estoy pasando, y estoy casi que segura que se está rebanando la mente para verme feliz.

—¡Nena, por Dios! Dime algo —me ruega con voz preocupada.

—Mi papi, mi papi... —sollozo como niña pequeña.

—¡Oh, pequeña saltamontes! —Besa mi cabello y empieza a mecarme—. Lo siento, te juro que, si pudiera cambiar todo, lo haría, pero no tengo ese poder.

—¿Y Diego? —le pregunto.

—Todavía no sabe nada y nena trata de calmarte, porque en tu estado no es conveniente que te alteres, piensa en los gemelos y en ti —me pide.

—Es mi papá...

¿Cómo me puede pedir sosiego?

—Lo sé —Miles susurra besando mi cabello y rompe el abrazo. Esboza una sonrisa triste y limpia mis lágrimas con sus pulgares—. Te ruego que por favor trates de calmarte. —Se me escapa un bufido—. Aún nos queda lo más duro que es darle la noticia a Diego. Por favor, llora todo lo que tengas que llorar ahora, pero cuando hablemos con tu hermano quiero ver ese temple tuyo, te lo pido.

Asiento en silencio, me lanzo en sus brazos y lloro todo lo que puedo.

Te amo papá, pienso.

Lo amo y lo amaré por siempre.

Amigos en las buenas y en las malas

Caleb

Parece que después de tanto tiempo el destino ha deseado recordarnos que venimos a este mundo a ser felices y también a sufrir ya que la plenitud tiene un precio. La investigación comenzó formalmente y hoy mis abogados se presentaron en Hacienda con todos los análisis financieros de la empresa y los personales de Miles, Adam y los míos. Tiro el lapicero en el escritorio y cierro mis ojos agotado de todas las acusaciones y chismes que estoy soportando, sé que saldré de esta y todo finalmente volverá a su cauce normal.

Llevo rato dándole vueltas si llamar o no, cuando mi móvil suena y la llamada es de Miles. Observo en mi reloj que son las once de la noche, frunzo el ceño extrañado a que me llame a esta hora.

—¿Sucede algo?

—Caleb... —Su voz suena abrumada.

—Miles, ¿qué sucede? —Me levanto del sillón y paso mi mano sobre mi cabello.

—El padre de Irene ha muerto —me informa atropellando cada una de las palabras.

—¡Joder! —exclamo—. ¿Qué sucedió? ¿No estaba en la Bahamas?

¡Cristo, pobre Irene!

—Tuvo un accidente —contesta y me relata todo con lujos de detalles. Fue un accidente de tránsito causando la muerte instantánea de Felipe y Paula—. Te llamo porque tengo que pedirte algo.

—Claro, lo que sea, cuentas conmigo.

—¿Pueden quedarse Lucía y Diego con ustedes? —me pregunta.

—Claro —respondo.

—Salgo mañana con Irene a las Bahamas.

—Mañana a primera hora los paso buscando. Lo siento mucho.

—Ella está mal —susurra—. Me preocupa cómo vaya afectarla la pérdida de su padre, todo esto cuando está embarazada y me da miedo, porque Irene se desmayó abrumada, no me habla, solo llora y yo no sé qué hacer —me confiesa nervioso.

—Apoyarla y todos estaremos para ustedes, para ella, somos una familia. —Suspiro—. Por favor, avísame cualquier eventualidad.

—Caleb... —titubea, respira hondo y me dice—: gracias, amigo.

—No tienes que darlas, porque para eso somos hermanos.

Cuelgo la llamada y salgo del despacho. Me dirijo a la habitación de Matt, lo encuentro durmiendo y entro para apagar la lámpara de la mesita de noche. Me detengo frente a su cama y acaricio su cabeza, mi hijo sueña con los angelitos. La puerta de la habitación se abre y Emma se asoma. Le sonrío al mismo tiempo de que ella me tiende la mano. Camino hasta dónde está y la abrazo, trancando la puerta tras de mí.

—¿Estas bien? —me pregunta.

—Sí. —Beso su cabello e inhalo su olor, huele a gel de baño de esencia de lavanda—. Vamos

a la cama que tengo que contarte algo.

—Vale... —me contesta en voz dudosa.

Caminamos hasta nuestra habitación y entramos. Me despojo de toda mi ropa y escucho un suspiro de Emma. Esbozo una sonrisa porque me desea tanto como yo a ella. Me quedo en bóxer y camino hasta nuestra cama.

—Caleb... —me llama con voz cargada de deseo.

Me acerco y le doy un beso casto.

—Nena, tenemos que hablar.

—¿Qué sucede? ¿Es la investigación? Odio a Cate y a toda su familia —me dice roja de la rabia.

Acaricio su rostro y pongo un dedo en sus labios haciéndola callar.

—No nena, esto es otra cosa, pero por favor en cuanto a la investigación, confía en mí —le pido.

—Es que Caleb... —me contradice y la beso porque es la única manera que calle.

La beso como si no hubiera mañana, porque la vida nos enseña que un día estamos y otro no. Rompo el beso y ella se queja haciendo un hermoso mohín.

—Déjame hablar. —Ella asiente. Suelto el aire contenido en mis pulmones—. Nena, el padre de Irene tuvo un accidente y lamentablemente falleció.

Emma palidece.

—Irene... —susurra.

—Mañana iré por Diego y Lu, porque ellos deberán viajar a Las Bahamas para realizar el papeleo de la repatriación de los cuerpos.

—¿Cuerpos? —me pregunta.

—La esposa, Paula, ella también falleció en el accidente.

—¡Oh Dios! —Salta de la cama y entra corriendo al vestidor.

La sigo y trato de detenerla.

—Emma... —la llamo—. Emma... ¡Emma! —Alzo mi voz y ella se detiene.

—¡Caleb! —chilla—. Lo siento por ti, pero hoy mismo veo a Irene, porque ella perdió a su madre y ahora a su padre. ¡Por el amor a Cristo, Irene es mi amiga! —me grita.

—Lo sé —le respondo—. Iremos mañana. Por favor..., vamos a dormir.

—¡No! —me grita.

—Deja de ser cabezota y te ruego que te acuestes —le ordeno, me estoy cabreando.

Me quedo observándola a ver qué piensa hacer. Pone los ojos en blanco y saca un leggings del closet y un suéter.

—No me mires así y me importa una mierda, pero voy a ir.

—Emma... —pronuncio su nombre cabreado mientras ella se viste a una velocidad asombrosa.

Me ignora, algo que termina de cabrearme porque yo también quiero estar con mis amigos, pero salir da medianoche no es lo más conveniente, no sabemos qué podemos toparnos.

Salgo tras ella y veo que marca su móvil.

—Voy para allá —dice en español.

—No vas a ir —le replico.

Ella me da una mirada furibunda, pero esto es algo en lo que no pienso ceder. Irene debe estar diciéndole algo, porque ella solo murmura y finalmente dice:

—A las seis estoy allá. Te quiero. —Cuelga, se gira y me grita—: La próxima vez que me prohíbas algo, duermes en el sofá. Soy tu esposa, ¡pero tengo la libertad de hacer lo que quiera!

—Emma... —siseo.

—Emma, ni que leches. Me molesta que quieras controlarme y ya estoy bastante molesta contigo desde el mismo día que nos enteramos de toda esta mierda de Cate y Bill. —Resopla—. Estoy harta de cruzarme de brazos y ver como todo lo resuelves tú solo. —Pongo los ojos como platos porque nunca me había reñido de esa forma. Ella respira hondo y me dice—: Te advierto Caleb, que defendiendo a mi familia con uñas y dientes y que a mis amigos los cuido como si fueran mis hermanos. Me he quedado, porque ella me pidió que descansara, pero si hubiese dicho *ven*, lo hago así te cabrees conmigo.

Asiento y me acerco a ella, pero me mira furiosa y se aleja musitando palabras en español a tal velocidad que no logro comprender.

—Nena..., no te alejes, solo cuido de ti —le confieso enamorado, porque el cabreo se me ha pasado. La atrapo y la ciño a mi cuerpo—. Me encanta esta Emma furiosa y fiel a sus amigos.

Ella suelta un resoplido.

—Caleb, no vas a convencerme con tu encanto de dios griego.

Esbozo una sonrisa y ella pone la mano en mi pecho tratando de soltarse.

—Bruja. Vamos a dormir para estar con ellos mañana. —La alzo en brazos y la poso en la cama. Le quito sus leggings, me acuesto a su lado y la abrazo. Respiro memorizando su olor—. Emma, no creas que todo lo resuelvo solo, porque tu fe en mí hace que pueda resolverlo. Y nunca te sientas excluida, quizás solo te protejo demasiado, pero lo hago simplemente porque te amo.

Ella finalmente suspira.

—Lo sé —responde—. Perdona. —Besa mi pecho—. Te amo.

Y ella me aleja

Miles

Observo mientras sentado en la cama como Irene se sube el cierre de su vestido. Ella no deseas que me acerque de ninguna manera y está sumida en un silencio que me atormenta, porque debo confesar que me da terror que se encierre en sí misma y que no desee hablar. Necesito que lllore, que grite y que me cuente lo que siente, pero que saque algo de su interior, así sea rabia. Sin embargo, no he logrado nada y eso me tiene enfermo.

Me levanto y camino a su encuentro, la tomo de los hombros y le pregunto:

—¿Lista?

—Sí... —susurra.

Tomo su mano y ella se da vuelta. Al encontrarme con sus hermosos ojos grises sin brillo trago el nudo que se hace en mi garganta.

—Nena, por favor, habla conmigo —le ruego.

—No tengo deseos, necesito estar así por un rato, necesito silencio —me contesta—. Vamos que todavía me toca informarle a Diego.

Cierro mis ojos porque deseaba que me dijera tan solo que está mal, pero está cerrada y sé que esto no será fácil.

Suspiro y salimos de la habitación. Encontramos a Diego sentado en el salón con un libro. No me sorprende porque desde niño siempre está leyendo. Me acerqué a él para ganarme de nuevo a Irene, pero la verdad: él terminó ganándose mi corazón.

Suelta mi mano y se sienta al lado de su hermano. Diego suelta el libro y le sonrío tan dulce que yo me remuevo incómodo. Ella lo abraza y besa su cabello mientras él me observa con rostro sorprendido y trato de sonreír, pero no puedo.

—¿Sucede algo? —nos pregunta.

Irene suspira y yo camino hasta ellos. Me siento a su lado y trato de organizar las palabras para contarle qué es lo que sucede.

—Diego... —Irene lo llama, pero se le quiebra la voz.

Yo tomo las manos de mi esposa y de mi pequeño cuñado.

—Diego —lo llamo y él se queda observándome esperando algo—. Lamento mucho ser yo quién te dé esta noticia, pero antes quiero que sepas que no estás solo, que tienes a tu hermana y me tienes a mí. —Respiro hondo y él asiente—. Eres como un hijo para Irene y para mí. —Irene solloza y yo le doy la noticia—: Tus padres fallecieron.

Diego no dice nada y pasa su mirada de Irene a mí. Se levanta mientras aprieta sus puños. Camina de un lado a otro tratando de encontrar lógica a mis palabras.

—Diego —susurra Irene mientras me siento impotente de no poder ahorrarle todo este dolor—, hoy salgo a Las Bahamas, pero antes necesito que me digas que estás bien.

—No, no lo estoy —contesta molesto—. ¿Cómo quieres que esté bien?

—Diego, solo queremos saber qué sientes —le pido.

—Me he quedado solo —solloza—. Ahora, soy como tú, no tengo mamá y tampoco papá.

Irene se levanta y lo abraza. Escucho como los dos lloran y ella le susurra palabras de aliento al oído. Diego se rinde de luchar con sus propios sentimientos abrazando a su hermana y llorando. Me levanto y me acerco para hacerles saber que nunca los dejaré solos.

—No están solos, porque me tienen a mí, a Lu y a todos aquellos que los amamos.

Diego alza su mirada y se cruza con la mía. Yo le sonrío y recuerdo que sigue siendo un crío, pero es un adulto encerrado en el cuerpo de un niño.

Desayunamos y tengo que obligar a los dos a comer. Irene no dice nada y su silencio lo que hace es alejarme. Estoy asustado hasta los cojones con lo que sucede. El timbre suena y ella se trata de levantar, pero yo la detengo tomándola del brazo.

—Deja que Amy vaya a abrir. Por favor, termina de comer.

—No tengo hambre...

—Por favor —susurro—, por los bebés y por Lu...

Por mí.

Ella asiente poco convencida y come su ensalada de frutas. Al comedor entran Emma y Caleb con rostros preocupados. Mi amigo me observa y yo niego. Irene se levanta y corre a los brazos de nuestra amiga, como desearía que al menos me dejara tocarla, su rechazo me está comenzando a doler.

Caleb me hace una seña para que salgamos y lo hago. Vamos hasta mi despacho y me siento en el sofá.

—Lo siento hermano —me dice.

—Gracias —contesto bajando la mirada—. Tengo miedo —confieso.

—¿De qué? —me pregunta.

—Irene está cerrada, no quiere ni que me acerque a ella. —Froto mi rostro con las manos—. Me preocupa su embarazo, su salud, que se vaya sumiendo en una depresión y yo no sepa qué hacer.

—Sabes que cuentas conmigo y con Emma, pero debes darle tiempo.

Asiento y me quedo unos minutos callado. Sé que debo darle tiempo, ¿cuánto? No soy Caleb, cuando se enfrenta a estas situaciones es frío. Quiero poder devolver el tiempo y que nada malo le suceda a nuestra familia, encerrarnos en un espacio donde el tiempo no corra y podamos ser felices por siempre.

—Vamos, el jet nos espera —le informo.

—Los llevamos.

—Gracias.

Salimos del despacho y buscamos a las chicas. Irene besa a Lucía y a su lado Diego está abstraído en sus pensamientos. Le hago una seña a Irene y ella asiente. Se levanta y nos despedimos de los niños que quedan con Amy. Salimos de casa en completo silencio y en el ascensor tomo su mano y la aprieto, ella me observa y su rostro no denota ninguna emoción. Solo eso hace que se me instale un nudo en la garganta.

Esto no será nada fácil, me susurra una voz.

En el vuelo me pongo al día con varios pendientes, esta es mi manera de no pensar en lo que vamos a encontrar. Celines, la azafata, me avisa que vamos aterrizar y yo le abrocho el cinturón de seguridad a Irene que duerme. Pongo la mano en su vientre donde crecen nuestros hijos, sonrío imaginando a los tres niños corriendo por la casa. Me gustaría que crecieran en una casa con

jardín y estoy pensando seriamente mudarme, sería hermoso encontrar un lugar donde puedan divertirse y crecer libres.

Aterrizamos y me quedo mirando por unos segundos todo a mi alrededor. Me levanto y me acuclillo frente a ella y le quito el cinturón. La alzo en mis brazos y bajo del avión con ella, entramos al auto que nos ha designado la embajada y abrazo a mi mujer fuerte, beso su frente y en silencio le pido Dios que me ayude en este momento.

Dios, sé que no soy el hombre más religioso del mundo y que acudo a ti cuando lo necesito, pero te pido con el corazón en mis manos que me ayudes a saber llevar a Irene en estos momentos. Ella es mi todo, por lo que te pido me hagas paciente.

Irene se remueve en mis brazos y balbucea en catalán:

—*T'estimo Miles...*

T'estimo, susurro en mi mente.

Valiente

Emma

La vida nos enseña que hoy estamos y mañana puede de que no, que tenemos que vivir un día a la vez, que los momentos buenos y malos son para dejarnos aprendizajes, que los amigos pueden ser para siempre o pueden durar un suspiro en nuestras vidas, que el amor puede ser para toda la vida o durar algunas horas, pero lo más importante es que para ser feliz tenemos que aprender a luchar contra las adversidades. Si la vida fuera como en las novelas nadie sufriera de enfermedades, desamor o tristeza; todos viviríamos eternamente, porque lo que queda escrito perdura para siempre. Estar vivo no es solo respirar, para mí es que sientas los latidos de tu corazón. También es amar, vivir tu vida plenamente y ayudar a quienes lo necesitan, lo más importante de todo es perdonar.

Sí, perdonar, porque el que vive una vida llena de odios y rencores está muerto en vida. Yo aprendí a perdonar, luego de todo lo que sucedió con Cate y Alejandro los perdoné. ¿Por qué? Simplemente ya que no había razones para guardar rencor. Muchas personas pensarán que estoy loca y no lo estoy, ellos nos hicieron daño por no saber gestionar el sentimiento de pérdida de las personas que amaban.

¿Nos amaban? Sí, lo hacían de una manera enfermiza y egoísta, pero lo hacían.

Termino de vestirme porque hoy es el día que voy a demostrarle a Caleb que también puedo proteger a mi familia. Salgo de la habitación y busco a Caitlyn, la encuentro en la cocina. La boca se me hace agua, porque está cocinando pollo frito al estilo *Kentucky*.

—Caitlyn, voy a salir —anuncio y ella se gira.

Me mira extrañada y asiente.

—Yo cuido a los niños.

—Gracias. —Muerdo mi labio, no aguanto y le pido—: Por favor, guárdame algo de pollo. —
Le hago ojitos y ella suelta una carcajada.

—Claro, Dios me libre que mi bebé no tenga su antojo —responde guiñándome el ojo.

Salgo de la cocina y tengo que pensar en cómo escaparme de Jessy, por ahora es la única que me cuida. Luego de una discusión con Caleb, quedamos que solo se quedaría un guardaespaldas a mi lado y la elección fue Jessica. Me siento mal, sé muy bien que le traerá problemas, pero esto es algo que tengo que hacer sola.

Mi móvil suena con un *WhatsApp*, sé de quién es.

«*Estoy abajo*»

Elisa, la madre de Caleb, ha venido ayudarme y es la única que me apoya en esta locura. Salgo lo más rápido posible del ascensor y al cerrarse las puertas respiro tranquila ya que pude escaparme. Salgo del edificio y veo aparcado el *BMW* blanco de mi suegra y subo corriendo.

—¿Lista? —me pregunta.

—Sí, vámonos antes de que Jessica se dé cuenta de que no estoy.

Elisa arranca el auto y cierro los ojos porque es hoy o nunca.

Como una tigre mariposa a defender a tu familia, me digo mentalmente; una expresión tan venezolana..., sonrío, porque nunca voy a desprenderme de mi nacionalidad, aunque pasen los años.

Llegamos a *Per se*, uno de los restaurantes más costoso de la ciudad. Debo confesar de que estoy nerviosa, porque no soy santa de la devoción de la persona con quiénes vamos a encontrarnos. Elisa está decidida a acabar con todo lo que tenga que ver con Catherine en nuestras vidas y la apoyo.

El anfitrión nos guía a la mesa en dónde nos esperan Leonard y Margaret Hawkins.

—Elisa —saluda con voz neutra Margaret.

No me pasa desapercibido como los dos me repasan con la mirada. Me importa un bledo si piensan que soy poca cosa, yo soy la elección de Caleb.

—Leonard —saluda mi suegra—, Margaret..., les presento a Emma Mraz.

Nos sentamos ya que nadie me toma en cuenta, ni siquiera por educación. Todo sabemos la razón del por qué estamos aquí.

—Ya veo porqué Caleb perdió la cabeza por ti —comenta Leonard.

—No sé si tomarlo como un halago o un insulto —respondo.

—Un halago —responde.

Veo como Margaret se tensa, Cate era la viva imagen de su madre. No quiero estar en los zapatos de ella y saber qué se siente perder un hijo. Debe doler, aunque el hijo sea la oveja más negra del rebaño.

—Vayamos directo al grano —Elisa dice molesta—. Por la amistad que alguna vez nos unió, les vengo a pedir que hablen con Bill, para que deje de perseguir a mi hijo.

Margaret sonrío y la sangre se me hiela. Esta mujer no piensa hacer nada y estamos perdiendo el tiempo.

—¿De la misma forma que lo hicieron ustedes? —le reprocha ella con rabia—. ¿No recuerdas cómo te rogué que dejaran la demanda por intento de homicidio? Te prometí que nosotros nos encargaríamos de Cate.

—Son dos cosas diferentes —contesta Elisa.

—No, no lo es. —responde Margaret—. Apoyo a Bill porque Caleb merece pagar el daño que le causó a nuestra hija.

Suelto un resoplido mientras se me sube la sangre a la cabeza. Le digo:

—¿Daño? ¿Está loca? Su hija casi le arrebató la vida a Caleb, aun así, él no apeló cuando el jurado declaró que ella no estaba en sus cabales. Esta investigación es una venganza estúpida de un hombre celoso y de una madre dolida.

—¡No te permito que me hables así, mustia! —contesta ella roja de la ira.

—Por favor, ya basta... —sisea Leonard—. Michael y yo mantuvimos una conversación cara a cara. ¿No sé si ya sabías? —Se dirige a mi suegra y ella niega en respuesta, él continúa—: Te puedo asegurar que esto no llegará a nada, Caleb está limpio.

—Entonces, ¿qué carajos quieren? —le pregunto.

—Yo nada, porque nadie va a devolverme a mi hija y nadie podrá hacer que ame a Bill —

responde con voz ahogada el padre de Cate.

Observo a Margaret que se le llenan los ojos de lágrimas, por primera vez empatizo con ellos y me imagino lo que deben estar sufriendo ellos por la pérdida de Catherine.

—No quiero ni pensar qué están padeciendo, pero solo quiero advertirles que con mi familia nadie se mete —les advierto—. Solo deseo saber algo más.

Elisa aprieta mi mano y le sonrío porque estoy molesta, pero pienso en todo lo que puede pasarnos si logran encontrar pruebas falsas en contra de Caleb.

—¿Qué será? —pregunta Leonard.

—¿Qué ponía Cate en la carta para Caleb? —inquiero molesta.

Margaret cierra los ojos y se le escapan unas lágrimas.

—Maggie, por favor... —Leonard toma su mano y la besa.

Un gesto tan hermoso, la verdad, que me da lástima ver lo que sufren.

—Amiga, sé lo mucho que amabas a Cate, pero eso no te puede cegar de todo el daño que ha causado —Elisa le dice con voz comprensiva.

—Era mi hija —susurra.

Mi móvil vibra, lo reviso y veo que tengo mensajes de *WhatsApp* de Caleb y Jessica.

«Emma, estoy cabreadísimo contigo, ¿dónde estás? Responde, ¡maldita sea!»

«Emma, es mejor que respondas... ¿Esto es confianza?»

«Responde... Te juro que estoy nervioso y molesto... ¿Dónde estás?»

Protegiéndote, pienso.

—¿Todo bien? —Elisa me susurra al oído y asiento.

—¿Me dirán? —insisto.

Leonard y Margaret comparten una mirada y finalmente me dice él:

—Pidió venganza.

¿Venganza? ¿Qué diablos?

—¿Venganza? —pregunta asustada Elisa.

—Sí, le hace una promesa a Caleb de que no iba ser feliz y que se encontrarían en el más allá.

Pongo los ojos como platos porque esa mujer estaba loca. Respiro hondo y me levanto ya que no puedo soportar estar con personas que compartan este tipo de actitudes.

—Sabrán de nosotros si esto no acaba, una vez por todas sabrán quién es Emma Mraz —les advierto y le digo a mi suegra—: Vamos, Elisa.

Salgo y espero unos minutos a las afuera del restaurant. Observo un *Aston Martin* detenerse en frente y Caleb se baja furioso. Muerdo mi labio cuando me percato de cuán tenso está su rostro. Sus labios forman una línea fina blanquecina.

El demonio ha vuelto en su traje azul marino de tres piezas.

Él llega a donde estoy y me sisea:

—Sube.

Blanqueo los ojos y me hago la loca.

—¡Hijo! —exclama sorprendida Elisa.

Caleb pasa su mirada de Elisa a mí. Me cruzo de brazos porque estoy harta de su comportamiento y le digo:

—Te agradezco que no me hagas un espectáculo.

—Sube, no me hagas repetírtelo —me responde.

—Caleb, deja de comportarte como un cavernícola. ¿Emma no puede salir a almorzar o es acaso que la tienes prisionera? —le dice su madre.

—Sí, sí puede. —Suspira—. Lo que no puede es almorzar con los Hawkins—contesta.

Me toma del brazo y me arrastra hasta el auto. Subo y me cruzo de brazos mientras comienzo a respirar mientras cuento hasta diez, porque últimamente me enerva la sangre que quiera tenerme en una burbuja.

Él rodea el auto y sube. Arranca a toda velocidad. Ni Caleb o yo hablamos porque sabemos que, si lo hacemos, nos vamos a herir.

Él aprieta con fuerza el volante haciendo que sus nudillos queden blancos. Yo enciendo el radio y suenan las notas de *Brave de* Sara Bareilles. Sonrío.

Sí, soy valiente, pienso.

—No me asustas —le aseguro en voz alta—. ¿Quieres que sea valiente? —Por el rabillo del ojo observo como esboza una media sonrisa—. Te voy a defender Caleb, entiende de una vez que no soy una niña y que no necesito protección.

Resopla y veo como sus hombros se relajan.

—Lo sé, pero entiende que es una necesidad innata en mí el querer protegerlos —me responde.

Nos quedamos callados porque sabemos que ya esto pasó al olvido, lo único que me ronda en la cabeza es qué hará Bill para poder vengarse.

Adiós Papá

Irene

Todo fue tan rápido por el cargo que desempeñaba mi padre, que todavía no creo que esté muerto. Estamos en Barcelona y el tanatorio está lleno de políticos y amigos. Mi familia entera está a mi lado apoyándome y me siento perdida entre tanta gente. El ayuntamiento respetó mi decisión de hacer todo lo más privado posible y se harán los honores de rigor en el momento del sepelio, que saldrá en pocas horas.

Mi hermano Diego se ha encerrado en sí mismo, pero no puedo pedirle nada más porque ha perdido a sus dos padres al mismo tiempo.

Cierro mis ojos porque todos me hablan y respondo con gestos o con alguna monosílabo: Sí, No. ¡No puedo respirar! Cuando me preguntan, *¿Estás bien?* Me provoca gritar: NO. ¿Cómo quieren que esté bien? ¿Cómo desean que pruebe alimento? La verdad es que lo hago por las dos vidas que llevo dentro, pero no tengo deseos de comer nada. Solo deseo encerrarme en mi cuarto a llorar y llorar como una niña pequeña. Perdí lo único que me conectaba a mi madre.

Siempre me pregunto: *¿Por qué la gente siente la necesidad de consolar? ¿Qué les lleva eso?*

A veces, en estos momentos las personas queremos estar solos y vivir nuestro dolor para tratar de entender que la vida es así, que nacimos para morir y que la vida es un regalo.

—Irene hija, toma... —Leticia me ofrece un vaso con jugo.

Lo tomo y simplemente me obligo a tragarlo.

—Gracias.

Miles llega y se sienta a mi lado. Él ha respetado mi espacio y mi silencio, pero sé que se muere por saber qué pienso y cómo estoy calmando mi dolor.

—Te amo —susurra en mi oído y deja un beso casto.

Cierro los ojos, pero no respondo y me transporto al pasado cuando mis padres vivían y era tan solo una niña.

Las risas de mis padres retumban en la cocina esa tarde, estaba llegando del colegio y estaba feliz, porque era el último día de clases. Al día siguiente partiríamos de viaje a París y me sentía emocionada, pues era la primera vez que iba a la ciudad del amor. Entré y suspiré al encontrarlos besándose, ya que deseaba tanto tener un amor como el de ellos.

Mi padre le susurró algo al oído a mi madre y ella se sonrojó. Carraspeé con una sonrisa, la verdad que no quería interrumpirlos. Ellos se giraron y me observaron con ojos llenos de amor.

—Aquí está la niña más hermosa del mundo —anunció mi padre.

—Sí, en eso te doy la razón, amor. Nuestra nena es la niña más bella del planeta —le contestó mi madre con una sonrisa asomándose en sus labios.

Corrí hasta donde ellos estaban y los abracé fuertemente. Mi padre me alzó en sus brazos y me sentó en la superficie del gabinete. Dejó un beso en mi coronilla en modo de saludo.

—Mañana París —les comenté alegre.

Mi mamá reía emocionada y yo sabía que eso era música para los oídos de mi padre, pero también para los míos pues hace poco descubrimos que estaba enferma.

—¿Sabías qué tu padre se me declaró en París? —me preguntó mi mamá.
Negué con mi cabeza y mi padre soltó una carcajada.

—Tenía que atraparla. ¿No la ves? Es la mujer más hermosa del mundo —contestó y su mirada era solo para mi madre—. Le dije que la amaba, que deseaba hacerla feliz y tener una linda princesa de ojos grises como ella.

—Fuiste todo un manipulador —dijo ella muerta de risa—. Caí rendida ante ti cuando recitaste *Una Rosa Blanca* de John Boyle O'Reilly. —Los dos se miraron— Allí fue cuando decidí ser tu esposa.

Mi padre le besó y al romper ese contacto casto, mi madre se sonrojó y suspiró enamorada. Yo solté una risita, porque algún día tendría una relación como la de ellos.

Yo soy la princesita de ojos grises, pensé.

Mi madre observaba a mi padre con ojos brillantes y llenos de amor. Suspiró bajito.

—Tú papá sabe cómo conquistar a una mujer. —Acarició mi rostro—. Los amo.

Mi padre le dio un beso casto en los labios y dijo:

—¡Vamos a bailar!

Me bajó del mesón y corrió con nosotras hasta el salón en busca de los discos. Consiguió el que buscaba donde guardaba sus favoritos y los acordes de su canción preferida, *Words* de los Bee gees, sonaron.

Mis padres bailaron la canción y yo me senté en sofá a admirar como ellos se amaban. Un amor para siempre.

No puedo contener las lágrimas y busco refugio en los brazos de Miles, me abraza dejándome drenar todo lo que siento. Lloro porque nunca más observé sonreír a mi padre como le sonreía a mi madre, lloro porque perdí el único nexo que me unía a mi madre. Me duele tanto perder a mi padre y siento que parte de mi vida se ha ido con él.

—Shhh nena, aquí estoy... —me asegura. Me hace levantarme y me sienta en sus piernas, meciéndome—. Lloro todo lo que quieras llorar, porque estoy aquí —susurra dejando un beso en mi mejilla.

—T'estimo —le digo en catalán.

—I love you —responde en inglés.

Estamos en nuestra casa en Barcelona y estoy en mi habitación. Abrazo la almohada muy fuerte ya que deseo dormir y no puedo, porque se han precipitado miles de recuerdos de mi padre en mi mente. Me parece mentira que solo queda eso, los recuerdos, que esa persona que te abrazaba ahora no puedas verla y besarla.

Atesora los recuerdos, susurra una voz en mi mente.

Lucía y Diego abren la puerta, entran a la habitación y se suben a la cama conmigo. Mi hija me quita la almohada y yo le abrazo. Diego hace lo mismo y yo los cubro con mi pierna. Mi hermano nos abraza a las dos y compartimos una mirada que dice lo triste que nos sentimos.

—Mami, no estés triste —me pide Lu acariciando mi rostro.

Sonrío y observo a Diego que trata también de sonreír.

—Te prometo que no lo estoy —contestó.

—Mi abuelito está con la abuelita Helena y con la mami de Diego. Ellos son mariposas ahora y siempre que veamos una, son ellos que nos visitan —me asegura con su vocecita cantarina.

Cierro los ojos ya que mi preciosa hija trata de consolarme.

—¿No van abandonarme? —me pregunta Diego asustado.

Niego y le respondo:

—Nunca, sabes lo mucho que te amo, que eres todo para mí al igual que Lu y Miles.

—Estamos solos, Irene —solloza Diego.

—No, tenemos a Miles y Lucía y pronto también tendremos a los gemelos —contesto al borde de las lágrimas—. Nunca estaremos solos.

—Tito, yo te quiero —le dice Lu.

Mi hermanito llora en silencio mientras acaricia a Lucía. No dice nada y alcanzo su mano, la acaricio..., este es y será mi pequeño hombrecito.

—Diego, te juro que no voy abandonarte, que serás como un hijo para nosotros. Debemos entender que nacimos para morir. Desearía poder retroceder el tiempo y despedirme de papá, abrazarlo fuerte y decirle que estoy orgullosa de ser su hija. —Acaricio su rostro, Lu se mueve inquieta—. Nuestro padre nos amaba y sé también que Paula te adoraba. Te ruego que no vayas a encerrarte de nuevo, que si estás triste hables con Miles o conmigo, necesito saber qué sientes.

Él asiente y nos quedamos por un largo rato de esa manera hasta que finalmente el sueño nos vence. Mi último pensamiento es para mi padre:

Seguro que ya le recitaste su poema favorito.

Nuestros padres al rescate

Caleb

Ha transcurrido un mes desde la muerte del padre de Irene y todos hemos regresado de España. Dentro de la empresa se respira un aire denso a causa de la investigación. Hoy, mi padre y Charles —el padre Miles— han quedado en venir a visitarnos. Esto ha fastidiado mis negocios con varios inversionistas y me tiene cabreadísimo; creo que todos corren por los rumores y mis empleados al verme salen despavoridos por los pasillos, Said diría que estoy haciendo honor al sobrenombre que ha puesto.

El Demonio ha vuelto.

El intercomunicador suena y respondo:

—Dime, Molly.

—Señor, aquí están los señores Chapman y el señor Mraz.

—Hazlos pasar.

La puerta se abre y Molly la sostiene mientras pasan mi padre, Adam, Miles y finalmente Charles.

—¿Desean algo? —pregunta eficientemente—. ¿Agua? ¿Café?

—Café —contestan al unisonó.

—Trae cinco cafés bien cargados, por favor —le pido y ella asiente—. Y Molly, por favor que nadie nos moleste.

—Sí, señor Mraz —contesta y tranca la puerta.

—¿Y bien? —pregunto alzando una ceja.

Estoy a la expectativa qué es lo tienen que decirnos los viejos. Sé muy bien que mi padre ha movido muchos hilos, para ver qué se trae entre manos Bill.

Papá desabrocha el saco de su traje y se sienta con toda la tranquilidad, acrecentando mi impaciencia. Miles junto Adam se acomodan en el sofá, pero observan con el ceño fruncido algo en sus móviles. Charles abre su maletín y saca unos dossiers que tira sobre mi escritorio.

—Son todas las actividades ilícitas de Bill. El tipo está metido en toda clase de negocios sucios —me informa. Tomo una de las carpetas y la ojeo mientras el padre mi mejor amigo agrega —: Drogas, blanqueo de capital, sobornos...

Respiro hondo. ¡Al fin! Esto es nuestro boleto directo a la libertad.

—¿De dónde sacaron esto? —les pregunto.

—Tenemos nuestras maneras, hijo —mi padre contesta con una sonrisa en los labios.

¡Diablos con el viejo!

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —pregunta Adam.

—Ustedes no harán nada, los Lewis me deben muchos favores que pienso cobrar —responde mi padre.

—¡No! —decimos al unísono Miles y yo.

Los dos nos quedamos mirándonos y compartiendo el mismo sentimiento, porque los dos deseamos limpiar nuestros nombres sin importarnos que se ensucie el de él.

—Padre y Michael... —Miles toma la batuta en la conversación—. Agradecemos su ayuda, pero este problema ya es nuestro y creo que debemos decidir qué hacemos, porque la audiencia es en dos días.

—Miles tienes toda la razón y además también deseo hundir a los Hawkins. ¿Cate quería venganza? Pues le daré lo que quiere, pero a la inversa —agrego cortante.

Mi padre y Charles comparten una mirada similar a la mía y la de mi amigo mientras ellos sonrían. Joder, estos son tan amigos como Miles y yo.

—Sabíamos que reaccionarían así, pero vamos a ver las cosas en claro: ¿cómo harán? Si sacan esto en plena audiencia, creerán que son falsas. Serán muy inteligentes, pero aún les falta por aprender —nos señala mi padre.

—Venga Michael, no estarás diciendo que nos crucemos de brazos..., no puedo creerlo —le recrimina Adam.

—No, hijo. Les digo que sepan jugar con sus cartas. —Se levanta y toma una carpeta—. En la edición de mañana del *New York Times* y el *Washington Post* saldrá publicado en primera plana: «Senador Lewis investigado por tráfico de personas».

Pongo los ojos como platos. *Ese es mi padre*, pienso y sonrío orgulloso.

—Hijo, te pido que en cuanto a los Hawkins dejes el agua correr, porque Leonard está pagando los errores de su hija y ha sido expulsado del partido —me informa mi padre.

Adam, Miles y yo compartimos la mirada... No nos queda de otra que sonreír, porque nuestros viejos saben cómo hacer las cosas. Adam alza sus hombros y dice:

—Imagino que lo expulsó mi padre —se burla satisfecho.

Todos soltamos una carcajada, Jhon Chapman no es un hombre que se ande por las ramas en el partido republicano.

—Esperen algunas horas y verán la expulsión de Bill —responde Charles—. Hijo, tu padre nos ayudó con todo —le dice a Adam tomándolo de sus hombros.

Él asiente, pero todos conocemos que la relación con sus padres es la más problemática del mundo.

La puerta se abre con Molly y la mesa de servicio con los cafés. Los sirve en silencio y sale de la misma manera.

—Entonces esperaremos hasta mañana... —digo finalmente.

—Hasta mañana solamente, hijo —me dice mi padre.

Sabía que él me ayudaría, pero nunca imaginé que lo haría de esta forma. Estoy orgulloso de ser su hijo.

Entro a casa sintiéndome relajado por todo lo que ha hecho mi padre por nosotros. No pienso contarle nada a Emma, deseo que mañana pueda ver con sus propios ojos que con los Mraz nadie juega y solo debía confiar en mí.

Entro a nuestra habitación y escucho las risas de mi esposa e hijo. Sigo el sonido y los consigo en el vestidor. Recuesto mi hombro en el quicio de la puerta y cruzo mi pierna mientras los observo interactuar. Emma se mira en el espejo la pequeña pancita en su cuerpo y Matthew le susurra algo para luego poner el oído en ella, porque desde que su mamá quedó embarazada, él dice que su hermanita le habla.

—Mami, ella quiere chocolate —le dice.

—Ah, ¿sí? —le pregunta Emma con una sonrisa.

—Sí. —Matty de nuevo posa su oreja en la pancita de su madre y asiente—. Helado preferiblemente, tiene calor.

Suelto una carcajada y madre e hijo se percatan de mi presencia.

—¡Papi! —Matty corre hasta donde estoy y me abraza por las piernas.

—¡Hola, campeón! —Revuelvo su cabello—. ¿Qué tal tu día?

—Bien. Hice un dibujo de mi hermanita en el colegio y Lucía me dijo que no me quiere, porque no la dibujé a ella.

¡Vaya con la cría, será toda una arpía!

—Está celosa —le digo.

Camino hasta mi esposa y la beso castamente. Ella me sonrío feliz.

—Hola...—susurra.

—Hola... —Acaricio su vientre y pregunto—: ¿Entonces la nena quiere helado?

—Sí, pero ella quiere de chocolate y yo de galleta —contesta ella.

—¡Yo quiero de fresa! —grita Matty.

—Entonces, hay que complacer a la audiencia —contesto esbozando una sonrisa.

Alzo a Matt y con la otra mano tomo la de Emma. Salimos de la habitación, pero antes de entrar a la cocina, nos detenemos cuando escuchamos las voces de Adam y Jessica discutiendo en mi despacho.

¡Diablos!

—¡Te dije que no te acercaras más a mí! —grita Jessica—. Te amo y te odio. ¿Por qué tienes que regresar y decir que me amas? ¿Qué prácticamente me perdonas?

—¡Cristo, Jessica! —le expresa frustrado—. ¿Qué quieres, que te odie por algo que es mi culpa?

—Nunca me diste razones para quedarme, porque cuando iba a decirte la verdad, me dijiste que nunca perdonarías una mentira. Y cuando trataba de saber qué era lo que te atormentaba con tus padres, te cerrabas.

Emma me observa alucinada mientras escuchamos la conversación de estos dos. Yo le indico el camino y ella niega mientras la empujo con delicadeza.

—Lo de mis padres es complicado, pero a ti te hubiese perdonado miles de mentiras. Casi me vuelvo loco y ese día que volviste decidí hacer lo que hice, porque algo me decía que estabas huyendo.

—Estaba casi muerta, que Sean sobreviviera fue un milagro y que yo tuviera una gestación tranquila, más. Ese mes perdí a mi padre, a mi carrera y a ti.

—No me perdiste...

—No te acerques Adam, por favor —le ruega—. ¡Aléjate de nosotros! —grita.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? No entiendo —le pregunta.

—¿Por qué me alejas?

—Porque me da miedo volver a lo mismo y perderte...

Niego y me acerco a Emma para susurrarle al oído:

—Ve a la cocina. —Sorprendentemente me obedece

Abro la puerta de mi despacho y entro con cara de pocos amigos. Jessica me mira asustada y sonrío para que se calme.

—Adam, aquí no —le advierto.

Jess se seca las lágrimas y me dice:

—Lo siento, señor Mraz.

Adam se sienta furioso en el sillón y yo me siento en mi silla. Pienso mis las palabras, porque por lo poco que escuchamos, Sean es su hijo.

—Venga Adam, levanta esos ánimos que todo va a solucionarse.

—Se fue la primera vez porque no le daba razones para quedarse. Y ahora le ruego que se quede, me amenaza con que se va.

—Lo jodiste aquella vez... No sé en qué pensabas cuando te follaste a Kelly —le recrimino entre dientes.

—¡Joder, otra vez con eso! —contesta molesto—. Todo esto será porque me follé a una loca y ahora tengo que asumir las consecuencias.

Suspiro cansado.

—Adam, sé muy bien que vives con las consecuencias de muchas cosas y quizás este fue el menor de tus errores. Entiendo tu rabia porque ella te ocultara todo, pero de una maldita vez deja ir a Jules para que puedas ser feliz junto a Jessica.

Se levanta furioso, me da una mirada irascible y me grita:

—¡Esto no tiene que ver con Jules y dejen de traerla a colación! Nosotros estamos hasta el cuello por Cate y nadie te lo saca en cara.

—No seas gilipolla y reacciona, que vas a perderla.

Adam sale furioso de la casa y lo sigo, pero no me da tiempo de decirle otras verdades. Quiero ayudarlo, sin embargo, él no se deja ayudar y terminará perdiendo lo que tanto ha querido.

Entro en la cocina y consigo a Emma, Jessica y Matt con un tazón lleno de helado.

Sonrío.

—¿Y para mí no hay? —pregunto.

Caitlyn enseguida sirve dos porciones de helado y me da mi tazón.

—No te preocupes, ya sé daré cuenta de su error —le digo a Jessica.

Diego

Miles

—Última hora le informamos que el Consorcio de Inversiones Marz & Chapman ha demostrado que la acusación sobre evasión de impuesto hecha por senador William Lewis es completamente falta. Sin embargo, el Senado ha abierto una investigación al senador por pruebas que lo involucran en diferentes delitos, pero en dónde se menciona su involucración en la trata de blanca, pedofilia y prostitución de menores, el Partido Republicano lo ha expulsado y se habla de inhabilitación política.

—¡Justicia! —grita mi esposa emocionada

—Sí, nena es la justicia —conuerdo

Me acerco a ella para tomarla por su ya desaparecida cintura y acaricio su vientre.

—¿Te sientes bien?

—No puedo echarme a morir. —Suspira—. Sigo triste, no te mentiré, pero de nosotros dependen nuestros hijos.

—Me alegra escuchar eso. —Le doy un beso casto—. ¿Y Diego?

—Ahí vamos, los dos debemos aprender a superar la ausencia y siempre recordaré cuando Leo me dijo que la ausencia, de cierta forma, se convierte en una forma de presencia.

—Nena, ellos se han ido, pero viven en el recuerdo y corazones de quienes los amamos.

Suelto su vientre y le doy un beso. Apago el televisor, porque ya no me interesa nada más de lo que dicen. En un mes será el cuarto de cumpleaños de Lucía y el número treinta y cuatro para mí.

¡Joder, estoy viejo!

—¿Cuándo tenemos el próximo control? —le pregunto a Irene.

—En una semana —responde—. Voy a la cocina, quiero comer algo.

—Vale.

Los dos salimos de la habitación de entretenimiento y caminamos hasta la cocina. Ella trastea, hasta que encuentra una caja de cereal de *Oreo*. No puedo evitar sonreír cuando comienza a comer, porque me encanta observarla cuando lo hace.

—Sí, sé que piensas que soy una vaca —me dice.

Suelto una carcajada.

—No, lo pienso eso.

—Sí, claro. Es tu culpa. —Se come un puñado del cereal y habla con la boca llena—. Como día y noche, ya dentro de poco no podré ni sentarme de lo gorda que estoy.

—Nena, esta vez son dos —le recuerdo—. Además, que es por parte de tus genes.

Blanquea los ojos y me dice:

—¡Capullo!

Lucía entra corriendo y asustada.

—¡Mami, el tito tiene fiebre! —le dice.

Irene tira la caja de cereal y salimos corriendo a ver a Diego. Lo encontramos cubierto hasta la cabeza. Ella se sienta a su lado para revisar su cuerpo.

—¡Joder, Miles! Llama al médico —me pide asustada.

Hago lo que me dice y hablo con el doctor Andrew. Irene desarropa a Diego mientras hablo con el doctor.

—Llega en media hora —le digo.

Ella asiente.

—Diego, vamos a bañarnos, así te bajará la fiebre —le pide en tono maternal.

—¡No, tengo frío! —responde él.

—Vamos campeón, hazle caso a tu hermana —le pido.

Irene le quita la cobija y lo ayuda a levantarse. Yo salgo con Lucía a esperar al doctor.

Llevo una hora jugando la hora del Té con Lu y si me vieran mis amigos, estoy seguro de que sería el blanco de sus burlas. Vamos, que debo estar de fotos: sentado en una silla para una personita de un metro y yo..., bueno, con mi metro noventa y cinco de estatura me veo ridículo.

—Papi, así no se toma la taza —me regaña mi hija—. Se toma así, mira... —Toma la taza por el asa y levanta el dedo meñique.

—Ya lo hago, princesa.

Voy agarrar unos de los bollos de pan que se ven deliciosos. Al morderlo, exclamo:

—¡Joder!

Lucía empieza a reírse de mí, porque los malditos bollos son de plástico. ¿Quién compra bollos de pan de plástico?

—Papi, que son de mentira —me dice la muy canalla.

—¿Te estás burlando de tu papi? —le pregunto con una sonrisa.

Ella deja de reír y yo ladeo mi sonrisa. Pone lentamente la taza en la mesa y dice:

—¡A qué no me atrapas! —Se levanta y corre.

Me levanto y salgo tras ella, pero la atrapo en el pasillo y la alzo en vuelo.

—Te atrapé, señorita —le digo entre risas.

La puerta de la habitación de Diego se abre y salen el doctor Andrew e Irene, los dos están conversando. Él le tiende unas indicaciones.

—¿Todo bien? —pregunto.

Ella asiente y el doctor me responde:

—Creemos que es emocional, pero de todas maneras le tomé unas muestras sanguíneas para descartar cualquier infección.

Asiento y le entrego Lu a mi esposa.

—Lo acompaño.

Salgo con el doctor que me explica que muchas veces los niños exteriorizan su estrés y emociones con enfermedades; digamos que es una manera de drenarlas. Sin embargo, serán los exámenes los que dirán si es eso o no. Le pido que me envíe la factura a la oficina.

Respiro hondo y regreso a la habitación de Diego. Toco la puerta y espero paciente a que la voz débil de él me invite a pasar. Lo encuentro semisentado con su pijama puesta. ¡Joder! Debe sentirse muy mal.

Diego, ya tiene once años, pero para mí sigue siendo aquel niño de cabello rubio y esos ojos de color azul que conocí, ahora me siguen hasta que me siento a su lado y lo abrazo.

—¿Todo bien, campeón? —le pregunto y acaricio su cabello.

—Estoy mejor —responde—. Perdón por preocuparlos

—Diego, sabes qué puedes contarme cualquier cosa, ¿cierto?

—Lo sé... —susurra.

—Campeón, te amo como si fueras un hermano y quiero saber qué sientes —le suplico.

—Me siento sólo —solloza—. Mis padres me han dejado y ustedes tienen una vida y yo no pertenezco a ella.

Se instala un nudo en mi garganta y trago para pasarlo.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunto.

—Todo, porque ustedes viven aquí, tienen a Lu y ahora tendrán a los gemelos. ¿En dónde entro en la ecuación?

Lo separo de mí, tomo su mentón y hago que me mire.

—Diego, tú entras en la ecuación porque te amamos y eres tan importante para nosotros, como Lucía y los bebés que vienen en camino. —Se le empiezan a escapar algunas lágrimas—. Además, necesito ayuda con esas dos mujeres y añade a Leo que me vuelve loco. —Suelta una risita—. ¡Vamos, ríete de mí! Que también sé que te vuelve loco a ti. Campeón, ¿recuerdas cuando fuimos a Los Pirineos? —Diego asiente—. Ese día me di cuenta de lo mucho que te quería y de lo maravilloso que es tenerte en mi vida. Así que no digas que estás sólo, porque nunca lo estarás.

—Les extraño —confiesa con voz triste.

—Y lo harás siempre. ¿Sabes? —Suspiro—. Yo a tu edad perdí a mi hermana y siempre la extraño, pero aprendí que ellos siempre vivirán en los corazones de quienes los amamos.

—¿Seré su hijo entonces? —me pregunta.

—Sí —respondo sin dudar.

—Pero es imposible, no poseemos la misma carga genética. Prefiero ser tu cuñado y el hermano de Irene —me responde.

—¡Como quieras! —le expreso riendo ante su ocurrencia. Su estómago suena y adivino que tiene hambre—. Vamos a comer campeón, que Lucía me ha dado bollos de pan de plásticos y yo tengo hambre.

Él se ríe.

—Tú también caíste —apostilla.

Salimos de la habitación y espero que mis palabras le lleguen al corazón, porque nunca estará sólo. En todo este tiempo he aprendido que la familia está primero y Diego es parte de ella.

La Casamentera de la Pandilla

Emma

“El senador Bill Lewis fue acusado de blanqueo de capital y trata de blancas entre otros crímenes. Al parecer se le ha volteado la tortilla al insigne senador del estado de Nueva York, que tras haber acusado a los magnates de inversiones Mraz y los Chapman, se abrió una investigación paralela que dio como resultado la salida a la luz de sus actividades ilícitas junto a su ex esposa, la hija del ex senador Hawkins.

La familia Hawkins no ha emitido comentario alguno sobre los detalles escabrosos donde su hija se ve involucrada en una red de prostitución. La fallecida Catherine Hawkins tenía un prontuario policial que incluía el intento de asesinato contra Caleb Mraz, abuso de drogas, entre varios.”

Doy saltos de alegría con los titulares en dónde William Lewis está soberanamente jodido. Como dicen, la tortilla se ha volteado y también se ha dado conocer que la Cate era una perra fría tramposa, tal para cual.

Dios lo crea y el diablo los junta, pienso cuando la puerta de la habitación de entretenimiento se abre.

Bajo el periódico y una Jessica pálida entra. Cierro el periódico asustada y le pregunto:

—Jess, ¿estás bien?

No me responde y se tira en el piso para comenzar a llorar.

¡¿Qué diablos?!

Corro hasta donde ella está, me arrodillo a su lado y la abrazo. Comienza a balbucear cosas que no logro entender.

—Maldita sea con Adam... —expreso cuando me acerco y la abrazo—. ¡Lo voy a matar!

La levanto y la llevo al mueble, dejo que drene todo lo que siente. Está asustada y la entiendo, solo quiero saber que ha pasado ahora.

—Me iré Emma, ya Adam sabe toda la verdad y no puedo quedarme —solloza.

—No entiendo, Jess. Si Adam sabe la verdad, no está molesto. ¿Por qué te vas? —inquiero.

—Porque tengo miedo que no funcionen las cosas y que finalmente se canse de mí.

La miro esbozando una sonrisa y seco sus lágrimas. La inseguridad es una maldita arma de doble filo que nos terminará matando a todos.

—Jessy... —la llamo con cariño—. Adam es como los hombres de la familia, puedo asegurarte que su amor por ti es para siempre. Todos: Caleb, Miles y él aman intensamente. No lo dejes, porque él está sufriendo. Si quieres vete unos días, pero vuelve con nosotros, porque estoy segura de que Adam se perdería si te vas de nuevo.

—Tengo miedo Ems, lo tengo... —confiesa.

—Cuando conocí a Caleb huía de él, ni te cuento las acorraladas que me hacía ese hombre en la oficina y yo salía corriendo. Tuve un novio que me hizo mucho daño y pensaba que Caleb haría lo mismo. Todos dicen que nuestra relación es perfecta, pero a veces discuto con él por la manera de sobreprotegerme o su carácter de mierda. —Suspiro—. En nuestra vida la mayoría de los

inconvenientes van asociados con Cate, pero no creas, hay cosas que me molestan y se lo digo.

—Pero Adam y yo somos diferentes... —susurra.

Todos somos diferentes, porque la vida sería muy aburrida si todas las personas somos iguales.

—Lo sé, pero tienes el ejemplo de Miles e Irene, que lucharon por su amor. Ellos se enamoraron de pequeños y luego de pasar casi quince años, se reencontraron. Él la cagó lleno de miedo, bueno también porque Cate casi mata a Caleb, pero a los meses la vio con otro..., eso casi mata a Miles. Y ni te cuento lo que luchó, ya que Irene no se lo puso fácil. Ellos se saltaron todo y ella quedó embarazada. Discuten y se insultan, pero se aman.

—¿Tú crees que Adam me ame? —me pregunta con miedo.

—No solo lo creo, Jess y te puedo asegurar que lo de ustedes es para siempre. ¿Quieres irte unos días? Hazlo. Pero esta vez déjale una carta o algo, y explícale tus razones.

Ella acepta escribir la carta y me acompaña al despacho, d le doy todo que necesita. Armo una lista de canciones y la primera que pongo es *Goodbye my lover* de James Blunt. Por supuesto, en la lista tengo un repertorio corta venas que es para manipular la situación.

—¿En serio, Emma? —pregunta.

—Yo no hice nada —contesto con inocencia.

—Claro... —responde entregándome la carta y me abraza—. Gracias por todo.

—A ti, pero vuelve, Jess... Nosotros somos tu familia ahora y Adam es tu hogar.

La despido con todo el dolor de mi alma haciéndola prometer que volverá para mi *Baby Shower*. Busco mi móvil y le escribo un mensaje de texto a Adam.

«Eres un gilipolla. Voy ayudarte y espero que no la cagues»

Pongo varios *emojis* furiosos y le doy enviar. Una de las canciones termina y comienza sonar *I always love you* de Whitney Houston. Estoy harta de ver sufrir a mis amigos por amor.

La respuesta de Adam no se hace esperar.

«Emma, soy lo que quieras, pero tengo que hablar con ella. Si me ayudas, te mando a canonizar. Hago lo que quieras».

Creo que voy a entrar en Operación Reconciliar a Adam y Jessica.

«Ella ha renunciado, te ha dejado una carta. Te juro que deseo golpearte. Ojalá sufras un poquito, pero prometo ayudarte».

Le doy enviar. Empieza a sonar *Stay*, pero la versión de 30 Seconds to Mars. Me encanta Jared Leto.

Vibra mi móvil y reviso.

«¿Qué renunció? ¿Se fue? Voy a moler a Carter a golpes si esta vez no me dice a dónde va».

Ese es mi Adam, pienso.

«No te preocupes, que convenceré a Carter. XOXO»

Muchas veces tenemos que sufrir para ser felices, pero este par están pasando a ser víctimas de sus miedos e inseguridades. Jessica necesita ese tiempo a solas para darse cuenta de que finalmente que la persona que ama es Adam.

Espero de corazón ellos puedan resolver las cosas y el chico soltero logre formar la familia que tanto desea. Puede que Adam se haga el duro por fuera, sin embargo, todos sabemos que es la persona más noble de este mundo.

They're boys!

Irene

Miles y yo estamos en el consultorio del doctor Hudson. Él me espera afuera mientras me pesan y me miden la barriga, como si no supiera que estoy inmensa. Ya estamos iniciando agosto, el verano está en pleno apogeo y el calor está insoportable. En pocos días serán los cumpleaños de Miles y Lucía, los cuales estoy organizando con bastante emoción. Cuando la enfermera mueve la balanza, casi me infarto al verlo: llevo seis kilogramos por encima de mi peso normal.

Son dos, me susurra una voz.

Me pongo la bata y salgo dónde está mi esposo esperando para el ultrasonido. Él tiene una cara de felicidad, ya que hoy esperamos saber qué sexo son y eso nos tiene emocionados.

—¿Y bien? —me pregunta mientras me ayuda a subir a la camilla.

—Seis kilogramos —respondo.

Miles suelta una risita y deseo matarlo, me encantaría borrarle la sonrisa estúpida que tiene por esto.

—Nena..., son dos bebés —me dice chasqueando la lengua.

—Lo sé —respondo haciendo un puchero.

Él aprieta mi nariz de manera cariñosa y me da un beso en la frente. Observo que la puerta se abre y el doctor Hudson entra con una sonrisa.

—Buenas tardes —nos saluda—. ¿Cómo está mi paciente favorita? —me pregunta.

—Bien —respondo—. Emocionada por saber qué son estas moritas.

Miles y el doctor sueltan una carcajada. Bueno, desde mi embarazo de Lucía prefiero llamarlos de esta manera. Es decir, ahorita tengo dos moritas cocinándose.

—Acuéstate Irene, veamos si estas moritas se dejan ver el día de hoy —me expresa el doctor Hudson. Me acuesto y pone el gel—. Este ultrasonido será en tres dimensiones y podremos ver los rasgos de los gemelos.

—¡Qué emoción! —exclamo emocionada y tomo la mano de Miles que me observa con una sonrisa.

Lo primero que se escuchan son los latidos de mis bebés. El doctor comienza a mover el transductor y aparece el primer gemelo. Me emociono al ver su rostro y ver que se está chupando el dedo.

—¡Mira Miles, se chupa el dedo! —le digo emocionada.

—Tiene tu nariz —me dice con voz emocionada.

—A ver el otro —me dice el doctor. Mueve el aparato unos centímetros—. ¡Aquí estás! —Me señala en la pantalla y el rostro de mi otro bebé aparece con una de sus manos acariciando su mejilla—. Serán unos niños grandes. Vamos a ver si podemos ver si son niños o niñas.

—Son hermosos—sollozo de la emoción.

Miles besa mi mano y me dice:

—Son idénticos a ti. —Esboza una sonrisa.

—Al padre —respondo y le guiño el ojo.

—Entonces, ¿ustedes quieren niños o niñas? —nos pregunta Owen.

Niños, pienso.

—No nos importa el sexo —responde Miles—, deseamos que sean sanos, eso sí.

—Pues les tengo una noticia: ¡son unos varones! —nos informa Owen.

—¡Sí! —grito emocionada.

Miles suelta una carcajada y Owen se me queda mirando sorprendido, creo que es de las pocas veces que me ha visto emocionada en todo el embarazo. Tampoco que la esté pasando muy bien desde que pasó el accidente a mi padre.

—Se nota que deseabas unos varones —me comenta mi esposo y me da un beso—. Gracias por estos nuevos bebés.

—Bueno, vamos a imprimir sus fotos—nos dice el doctor enfocando de nuevo su rostro.

Los gemelos en el momento de la foto, sus rostros se encuentran de perfil y da la impresión que uno de ellos acaricia al otro. Esto es algo mágico.

Suspiro, porque a veces la muerte da paso a la vida y en este momento llevo dos dentro de mí. La verdad es que debo confesar que me encantaría decirle a mi papá que son dos varoncitos.

Estoy en casa en el sofá mirando la foto del ultrasonido y pensando que en unos meses todo cambiará, que esta vez serán dos llantos, dos biberones y que ahora todo será por dos. Esbozo una sonrisa, porque ya quiero ver la cara de Miles cuando me tenga que ayudar con los gemelos.

El timbre suena y Amy abre la puerta, escucho las voces conocidas. Adam entra con el rostro rojo y algo me dice que tiene que ver con Jessica, pero él se detiene y me observa con la boca abierta.

—Lo sé, lo sé... —Respiro cansada—. Estoy como una vaca.

Adam se acerca sonriendo y me da un beso. Comienza a adularme y pedirme que deje a Miles para escaparnos juntos. Me muero de las risas, este es el chico que quiero y extrañaba.

—Estás hermosa... —susurra tocando mi panza.

—Apenas está comenzando el sexto mes y parezco una vaca, no puedo creer que estuve dos meses embarazada y no me enteré...

Adam se burla y yo lo fulmino con la mirada. El muy cabrón alza sus hombros y deja un beso en mi vientre.

—Lo bueno que estamos septiembre y en diciembre salen calienticos del horno —me expresa divertido. Él se queda observándome y agrega—: Irene, vine a...

—Lo sé, Emma me contó todo.

—Vaya..., veo que ella no se guarda nada —contesta y yo suelto una carcajada.

Emma es un caso serio de estudio, pero ser celestina está en sus venas y todos la amamos.

—A ver, Emma es Emma; pero Adam, todos nos preocupamos por ti y te comportaste como un auténtico capullo...

—Lo sé, todavía no te pido perdón por mis comentarios. —Toma mi mano y la besa—. Perdóname...

—Ya pasó Adam, y que no pase de nuevo o te mato. Sé que somos familia y tengo que soportar tus berrinches, como los que hace Lu...

Se abre la puerta y Miles entra con ella dormida. Mi esposo sonrío y hace señas de que ya vuelve.

—La perdí... —confiesa—. La perdí por idiota.

—No creo Adam, tienes que tener fe.

Miles sale descalzo y yo suspiro bajito porque me encanta verlo así. Se acerca y me da un beso apasionado. Lo rompemos y me sonrío por tal muestra de cariño delante de Adam.

—¿No pueden besarse después que me vaya? —apostilla Adam.

—Te extrañaba por aquí, idiota —dice Miles.

—Y yo venir... —contesta él apenado.

—¿Qué harás ahora mientras ella no está? —pregunto.

—Esperarla y nada más.

—Escríbele a su móvil y dedícale *I'm Mess* de Ed Sheeran... —le indico.

—Dios, tú y Emma dan asco con las canciones —me contesta y los tres soltamos una carcajada.

—Yo recuperaré a Irene dedicándole canciones —confiesa Miles.

Tenemos casi cuatro años juntos y aún me dedica canciones a diario. Mi amado capullo cumple su promesa todos los días.

—Vale. —Suspira Adam—. ¿Puedo quedarme a cenar?

—Ya que estás aquí... —contesto.

Esa noche nos reconciamos con el Adam que yo aprecio desde niño. Nos ponemos al día y él se autonombra el padrino de los gemelos. Las familias deben aprender a perdonar y olvidar lo malo, creo que es lo que hacemos y no me arrepiento de tenerlos a ellos, son parte esencial de mi vida y espero que siempre estemos unidos.

Adam se emociona cuando le decimos que serán dos varoncitos. Esa noche me pongo al día con Emma y le cuento todo, las dos esperamos que Jessica pueda apartar los miedos para ser feliz junto a nuestro amigo.

Ahora tengo un demonio como esposa

Caleb

Llego corriendo al consultorio del doctor, por poco el abollo que había en la Quinta Avenida me hace perder la cita con Emma, que me observa molesta y estoy casi que seguro que desea matarme. Joder, este embarazo le ha puesto un carácter de mil demonios. Qué ironía, el demonio era yo, ahora quiero que regrese mi dulce y amada esposa.

—Llegas tarde —me dice en modo de saludo.

—Lo sé, pero ya estoy aquí, nena —contesto.

Ella suelta un suspiro y toma mi mano.

—Las hormonas me hacen ser una perra.

Lo dijo ella, pienso.

—Te amo —contesto muerto de risa—. Quiero a mi dulce Emma, pero sería bueno que te quedaras con algo del carácter de ahora.

—Señora Mraz —la llama la enfermera.

Nos levantamos, la enfermera le hace los primeros exámenes. Toma una muestra sanguínea, le toma la presión arterial y el peso. Observo con diversión la mueca de disgusto de Emma, pero me encanta ella con curvas. Muerdo mi labio imaginándola encima de mi pene.

Vamos campeón, cálmate, que vas a ver a tu hijo, me regaño.

La enfermera sale y me levanto para ayudarla a subir a la camilla. La puerta se abre y Owen entra.

—Caleb y Emma que gusto verlos —nos dice en modo de saludo.

—El gusto es mío —contesto.

—Doctor Hudson —lo saluda ella con una sonrisa.

—¿Cómo te has sentido? —le pregunta.

—Pues bien, he tenido episodios de náuseas y no soporto algunos olores —contesta.

—Bueno, ya ustedes saben que este es el mes de los movimientos. Te haré el ultrasonido y si él o ella lo permite, sabremos qué viene en camino —anuncia el doctor.

—¿Emocionado? —me pregunta mi esposa con voz dulce.

—Sí.

Owen hace su rutina con el ultrasonido, impacientemente espero hasta que se escuchan los latidos del corazón de mi hijo mientras de que los míos se aceleran.

—Bueno, ustedes decidieron hacer el ultrasonido en tres dimensiones el mes que viene. Miren, nos está saludando —nos indica Owen señalando la pantalla.

—Mira Caleb —susurra emocionada.

En la pantalla podemos ver como el bebé mueve la manita como si saludara. Esto es hermoso..., simplemente hermoso.

—Es hermoso... —susurro.

—Voy a capturar una foto —dice Owen—. Bueno en peso y talla el feto va muy bien. —Pasa el transductor por el estómago de Emma y dice—: ¡Felicidades es una niña!

Emma y yo nos miramos emocionados. Yo tomo su mano y la beso.

—Matty va a morir de la emoción —me comenta emocionada por la noticia.

—Yo muero de la emoción —le aseguro—. Gracias nena, te amo.

—Yo te amo a ti

—Bueno, toma Emma. —Owen le pasa unas servilletas—. Los espero en el consultorio —nos dice saliendo.

Ayudo a Emma a limpiarse y bajar de la camilla. La tomo por sus mejillas, mi esposa es tan pequeña y hermosa, mi pequeña bruja de ojos grises. Ella sonrío feliz por la noticia, acaricio su nariz con la mía.

—Una nenita igual a ti —le digo emocionado.

Suspira.

—Quiero que sea igual a ti —me dice.

—Te amo nena, mi felicidad lleva tu nombre.

—Y la mía el tuyo —me responde con voz emocionada.

Estamos reunidos en casa de Irene y Miles celebrando. Todos estamos emocionados, ya sabemos los sexos de nuestros pequeños renacuajos y en poco serán los cumpleaños de Miles y Lucía. Emma e Irene han organizado el cumpleaños de la niña con el tema de Alicia en el País de las Maravillas, hemos conseguido alquilar todo el parque de Shakespeare en el *Central Park*. Para mí en particular, es especial ese pequeño parque.

—¿Qué crees que falte? —pregunta Emma emocionada.

—La verdad es que todo está listo finalmente —responde Irene tirándose en el sofá y sentándose en posición de flor de loto junto a Miles.

—Si estos son los cuatro años de la cría, los dulces dieciséis serán para flipar —responde Leo.

Todos soltamos una carcajada. Hoy estamos parte de la pandilla: Miles, Irene, Adam, Leo, Miguelangel —el novio de Leo— Emma y yo. Tengo que confesar que aún no me acostumbro que la mayoría sean hispanoparlantes, pero mi español ha mejorado a lo largo de estos años.

—¿Me pueden decir qué es flipar? —pregunta Adam, quien se encuentra en la misma situación que yo.

—Alucinante —responde Miguelangel.

—¡Oh! —responde Adam—. Me hacen trabajar el cerebro el doble cuando deciden hablar en español.

—Es tú que eres muy bruto —le dice Miles con sorna.

—¡Tu abuela! —le responde Adam.

Todos soltamos una carcajada.

—Son unos críos —apostilla Irene riendo.

—Lo peor es que con los trajes de sastre aparentan ser hombres —agrego.

—Unos dioses griegos —dice Leo y suspira.

Emma e Irene sueltan una risita mientras Miles y Adam ponen los ojos en blanco. Leo siempre ha asegurado que nosotros salimos de las mejores campañas de modas y que nos equivocamos nuestra profesión. Piensa que igual hubiéramos sido ricos si nos dedicábamos al modelaje.

—¿Y yo que soy? —le pregunta Miguelangel.

—Tú eres mi dios griego, mi David, mi amado... —contesta Leo.

¡Joder!

—¡Qué bellos! —dice Emma suspirando—. Ya tenemos que planear la boda de ustedes.

—Quiero esperar que Felipe tenga un poco más tiempo —responde Leo.

Miles toma la mano de su esposa y la besa. Todos nos damos cuenta de que a Irene se le torna el rostro triste por la mención de su padre.

—Leo puedes casarte cuando quieras —le asegura

—Nena, deseo que mi dama de honor esté feliz. Así que cuando los gemelos nazcan y tú estés feliz, yo tendré una boda en ese momento —responde.

—Bueno, realmente esta es la familia de las bodas, nacimientos y acontecimientos —comenta Adam con una sonrisa—. En poco tendremos más niños corriendo y espero agregar dos a la lista.

Todos nos miramos sorprendidos porque las cosas entre Adam y Jessica no van bien, eso me ha costado la baja de Carter, quien se niega a trabajar para Adam por la sencilla razón que considera a Jess una hermana.

—Bueno y yo espero agregar uno —dice Leo cortando todo—, estamos viendo la posibilidad de adoptar —anuncia con una sonrisa.

—¡Enhorabuena! —le digo.

Felicitamos a Leo y Miguelangel, todos sabemos que el amor es así. Muchas veces recuerdo las frases de mi abuelo que decían:

«El amor es como un café: a veces caliente y a veces tibio, pero nunca debe tomarse frío. Cuando el amor se enfría, Caleb, estás en problemas y muy serios».

Al vernos a todos luchar por el amor de nuestras vidas, comienzo a creer que cada uno sí tiene un alma gemela que encuentras y nunca dejas ir, que verás que sí sabes identificarla.

Feliz cumpleaños Lu y a mí

Miles

—¡Feliz cumpleaños papi! —Me despierto de golpe con los gritos de Lu y lametazos de Luna —. ¡Feliz cumpleaños a mí!

Abro los ojos y veo a la hermosa morena de ojos grises que es la versión miniatura de la mujer que amo. Lucía está brincando en la cama con mi amada perra en compañía. Me incorporo y abrazo a Luna, Lu deja de saltar y se tira encima de los dos.

—¡Feliz cumpleaños a ti princesa y a mí! —le felicito.

La puerta se abre e Irene entra con Diego y una tarta de chocolate inmensa. Luna se incorpora y salta de la cama para correr a recibirlos. Diego toma a la perra antes que se arme el desastre.

—A la cuenta de tres... —dice Irene.

Todos comenzamos a cantar el cumpleaños. Lucía lo hace alternando inglés y español, mi pobre niña sufre de *Spanglish*. Cuando llega el momento de decir los nombres, se escuchan Lucía y Miles; Luna los acompaña con ladridos.

Irene se detiene frente a nosotros con la tarta para que podamos soplar las velas.

—¡Cuidado! —el grito de Diego llega tarde.

Luna salta sobre Irene y ella estampa sobre mi camiseta blanca la tarta de chocolate. Lucía comienza a reír a carcajadas, mi esposa me mira como si no pudiera más y estalla en risa sobre mí. Observo a Diego que también está riéndose y miro mi camisa. Luna empieza a lamer el desastre que ha hecho. Suelto una carcajada, todos nos reímos, ¿qué más podemos hacer?

—La mañana de los treinta y cuatro años nunca se me va olvidar.

Esta es una hermosa tarde del martes once de agosto. Me he tomado el día para pasarlo con mi familia. Un hermoso día de verano que estamos disfrutando en nuestro lugar favorito de la casa: la terraza. La verdad es que Irene logró crear un hermoso ambiente con plantas para olvidar que estamos en una selva de concreto. Diego y Lucía juegan con Luna mientras espero que Irene salga con Amy. Mi familia ha crecido y me siento completo y feliz. Mi cuñado fue parte de nosotros desde el día uno y creo que acogerlo como un hijo es una excusa, porque creo que siempre lo fue.

—¿Cómo la estás pasando? —me pregunta ella dejando una jarra con té de limón frío y unas galletas de chispas de chocolate recién hechas.

—Estoy feliz —respondo tomando una y pasándola de una mano a otra por lo caliente.

Irene se ríe y me dice:

—Eso te pasa por glotón. —Me guiña el ojo pícaramente—. Disculpa lo de la tarta, pero pensé que Luna se comportaría.

Le hago un gesto con la mano para restarle importancia mientras le doy la primera mordida a la galleta, mis papilas gustativas se despiertan ante el sabor tan delicioso.

—¡Joder, están deliciosas! —le aseguro con la boca llena.

—Señor Chapman sus modales —me apostilla ella riendo—. Niños hay galletas. Vengan, antes

que su padre se las coma.

Diego y Lu corren hasta dónde estamos y toman las galletas. Devoramos todo y por el rabillo del ojo veo como Lucía le tira algunas a Luna. Sonrío porque no soy el único que hace eso. Diego toma la última galleta y Lucía interrumpe nuestro silencio con una pregunta:

—¿Debo decirle tío o hermano a Diego?

Irene y yo compartimos una mirada, imagino que la pregunta es por lo que dijo ella anteriormente. Pienso unos segundos la respuesta, pero Irene se adelanta y le dice:

—Dile simplemente Diego. Él es tu tío, pero también será como un hermano. Sabes que el abuelito se fue el cielo.

Diego aparta la mirada e Irene me da una mirada asustada y al mismo tiempo de que nuevo rápido junto a él, acuclillándome para estar a su altura y le asevero:

—Diego, tú decides como quieres llamarnos. Si quieres podemos seguir siendo Miles e Irene.

—Diego baja el rostro, tomo con mi dedo su mentón y lo subo. Finalmente agrego, cargado de emoción—: Nada me gustaría más que me llamarás papá.

Diego me observa con los ojos azules llenos de lágrimas y se tira a mi cuello y me dice:

—Gracias, papá—solloza.

Irene me observa con los ojos anegados de lágrimas abrazando a Lucía, finalmente leo en sus labios un: *T'stimo*.

—Mami, ¿qué es eso? —Lucía de repente le pregunta a Irene, asustada.

Suelto a Diego y le limpio las lágrimas. Escucho a mi pequeña saltamontes responderle:

—Tus hermanitos.

—¿Se movieron? —pregunta Diego.

Irene asiente y los dos disparados nos movemos alrededor de ella. Lucía se queda observando la barriga de su madre y dice:

—A ver, muévanse flojitos.

Todos nos reímos y por arte de magia vemos como la barriga de Irene se mueve, por un lado. Ella se soba y dice:

—Aquí tenemos un delantero del Barcelona.

—Sí, los gemelos serán culés —dice Diego emocionado.

Yo sonrío y le digo a Lu:

—A ver Lu, dile a los bebés que se muevan de nuevo.

Ella asiente y les dice emocionada:

—Ahora papi quiere verlos, muévanse.

Los bebés parecen que obedecen a su hermana y se mueven. Todos nos reímos y pongo la mano, emocionado por el momento; me encantaba hacerlo durante el embarazo de Lu. Comienzo a silbarles y ellos reaccionan moviéndose. Diego se ríe, Lucía aplaude e Irene solo nos observa con una sonrisa. Ya casi llegamos a los seis meses y todavía no escogemos los nombres, pero de repente se me vienen dos a la cabeza.

—Cameron y Connor... —susurro.

—¿Qué? —Irene me pregunta.

—Me gustan Cameron y Connor —le respondo.

—Y a mí... —susurra—. ¿Les gustan esos nombres, niños?

Ellos asienten, así que finalmente tenemos nombre para los bebés: Cameron y Connor Chapman.

¡Qué Dios nos tome confesados!

Dos Chapman en camino y si sacan nuestros genes, pobre de las mujeres que se crucen en sus caminos.

Esta es la mejor tarde de cumpleaños y por eso no puedo pedirle más a la vida, tengo a la mujer más hermosa del mundo a mi lado, una hija maravillosa, dos bebés en camino y me ha regalado otro hijo. Mi dulce familia de cuatro que incluía a mi hija de cuatro patas, creció hasta convertirse en una familia de siete.

¿Qué otra cosa puedo pedir de cumpleaños?

Suena egoísta, pero lo tengo todo y soy feliz, muy feliz. Simplemente aprendí que debo entregarme en cuerpo y alma.

Reconciliación

Emma

Dos meses después...

Estamos en octubre y el otoño ha llegado a visitarnos. Los árboles del *Central Park* están en esas hermosas tonalidades de dorados y marrones en sus hojas, porque muchas ya han comenzado a caerse dejando al descubierto su corteza. Siempre he pensado que la naturaleza es sabia, puesto que los árboles, por ejemplo, durante el otoño desnudan su corteza para recibir la nieve. En primavera florecen y el verano ayuda a convertir ese hermoso verde a un hermoso dorado.

Así pasa con las mujeres al estar embarazadas, vamos cambiando a medida que el bebé crece. Otro ejemplo es que mi pequeña panza ahora está un poco más grande. He decidido ponerle a la niña un nombre muy común en mi país, pero nada común en los Estados Unidos. Se llamará Andreina. Caleb me riñó por días alegando que podíamos llamarla Andrea, pero él sabe que las tiene de perder cuando se me mete algo en la cabeza. Me encantaba ese nombre de pequeña y siempre se lo ponía a mis muñecas. Y ahora que tendré una hija, para mí es el mejor nombre para mi pequeña.

Termino de dar la última vuelta y el olor a castañas asadas me atrae, la boca se me hace agua y sucumbo. Compro una bolsa y me siento en un banco a comerlas.

Estos meses han servido para que todo se calmara a nuestro alrededor. Dicen que la verdad siempre saldrá a la luz y bueno, eso fue lo que sucedió con Bill. Todo se dio vuelta y ahora él que enfrenta una larga condena, todo poco a poco vuelve a la normalidad. Mis padres están pensando en mudarse cerca, algo con lo cual estaría agradecida para tener más ayuda.

Mi móvil suena y veo un número extraño, me la pienso dos veces antes de contestar.

—¿Sí? —pregunto.

—Emma, soy Jess, estoy en la ciudad. —Sonríe al escuchar la voz de mi amiga.

—Claro, dime dónde —le pido emocionada.

Tengo dos meses sin verla.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—*Central Park*, te espero donde está la estatua de Alicia y su gato —le digo.

—Vale, en veinte minutos estoy ahí —me responde y cuelga.

Me levanto y camino hasta el norte del invernadero de las esculturas del parque. Esta es una de mis favoritas, porque Alicia está sentada en una gigante, mientras está jugando con su gato y el Sombrero Loco junto al conejo la observan. Matt y Lucía siempre se toman fotos en el mismo lugar.

Faltan algunos metros para llegar y diviso a Jess parada frente la escultura. Feliz de verla, comienzo a caminar un poco más rápido. Cuando ella se da vuelta, me paro sorprendida mientras Jessica sonrío y baja la mirada a su pequeño vientre abultado. Miles de pensamientos pasan por la mente. Ella camina hasta donde estoy detenida y me abraza, no puedo hacer nada más que corresponderle el abrazo.

—¿Es de Adam? —pregunto finalmente.

Ella asiente y me da una sonrisa triste.

—Me enteré a los días de irme... —susurra—. Emma, tenías razón, he hecho todo mal. Pero necesito verlo y hablar con él. Esta vez quiero hacer las cosas bien. —Suspira—. Tengo tres meses.

—¡Oh, Dios! —exclamo, tapando mi boca con las manos—. Te voy ayudar. Vamos, que tenemos mucho que conversar.

Jessica asiente y salimos del parque. Por el camino hablamos de todo. No puedo creer que estuvieron juntos bajo mis narices y no me di cuenta. Le escribo a Adam un mensaje, tecleo rápido y le doy enviar.

«Ella está aquí, quiere verte, Adam. Espero por tu bien y tu felicidad dejes que se explique. Tú y ella merecen ser felices y formar la familia que Kelly finalmente les negó. Te aviso cuándo y dónde.»

Tengo alrededor de una hora en casa cuando escucho la puerta abrirse. Salgo a recibir a Caleb y me llevo la sorpresa de encontrarlo con un ramo de rosa en las manos.

—¿Son para mí?

—Sí.

Corro hasta dónde está y lo beso apasionadamente. Dejamos las rosas en la mesita de la entrada y lo acompaño a cambiarse. Le cuento lo que estoy planeando para Adam y Jessica y él me escucha con una sonrisa en los labios.

—Eres una pequeña bruja. —Aprieta mi nariz y yo hago un mohín.

Nos sentamos en la cama. Caleb acaricia mi vientre en silencio y Andreina se mueve. Sé que es la manera en la que reacciona al sentir las caricias de su padre.

Le pregunto algo que nunca se había pasado por mi mente.

—¿Qué hubieras hecho con tu vida si no me hubiese mudado?

Caleb se detiene y se me queda observando. Su hermoso rostro se contrae de tan solo pensar que lo nuestro no hubiera podido ser.

—¿A qué viene eso? —me pregunta.

Alzo mis hombros. La verdad no lo sé, pero me vino a la mente y lo solté sin pensarlo.

—No sé, solo es algo que se me vino a la mente —respondo.

Caleb asiente. Se acuesta en mis piernas y yo le acaricio algunos rizos sueltos de su cabello rebelde. Él suspira y finalmente me responde:

—Emma..., mi vida sin ti simplemente no tendría sentido. Tal vez seguiría en el banco, follando alguna que otra modelo... —Me tenso por esto último—. Pero estaría solo esperando encontrarte.

Cierro los ojos, porque él me encontró y yo al él.

Me viene a la mente una frase que leí en la biografía de la Madre María de San José, una santa de mi país. Aunque para ella tenía un significado religioso, para mí tal vez no tiene el mismo significado religioso, pero Caleb es mi religión y se las susurro:

—Encontré lo que tanto anhelaba, tú eres mío y yo soy tuya. —Caleb sonrío—. Cuando me dices que me amas, sé que te amo más. Cuando dices que me necesitas, sé muy bien que te necesito más. Me encantan todos los momentos que pasamos juntos, Dios te puso en mi camino, sabía lo que hacía; estábamos destinados a estar juntos, a casarnos y formar una familia. —

Respiramos hondo y finalmente le digo—: Te amo, Caleb.

—Yo te amo a ti, más que a nada en el mundo. Eres mi alfa y mi omega, mi principio y mi fin, mi infinito, nena. —Besa mi barriga—. Nos pertenecemos.

—Soy toda tuya...

Él se lanza sobre mis labios y los besa apasionadamente. Me entrego al beso disfrutando de las sensaciones que despierta en mí, pero en un abrir y cerrar de ojos nos despojamos de la ropa y hacemos el amor en forma de cucharita, entregándonos a la pasión y el deseo que sentimos desde el día uno. Llegamos al orgasmo gritando nuestros nombres.

Caleb me abraza fuerte contra su cuerpo y empieza a tararear una canción y presto atención, es la canción que escogió para nuestra boda, *Close your eyes* de Michael Bublé. Los dos la cantamos bajito solo para nosotros.

*You were my one more chance,
I never thought I'd find.
you were the one romance I've always known in my mind,*

no one will ever touch me more,

*And I only hope that in return I might have saved the best of me for you...
And we'll have no ending if we can hold on...
and I think I've come this far because of you...
Could be no other love but ours will do.*

*

(Fuiste mi nueva oportunidad,

*nunca pensé que la encontraría.
Fuiste ese romance que siempre he tenido en mi mente,*

*nunca más nadie me tocará,
Y solo espero que a cambio haya conservado lo mejor de mí para ti...*

*Y no tendremos final si podemos hacerlo perdurable...
Creo que he llegado tan lejos gracias a ti...*

No pudo haber sido otro amor más que el nuestro.)

—Te dedico *Best of me* de Michael Bublé, creo es la canción que mejor nos queda, luego de

I'm yours... —le expreso emocionada.

—Nuestro amor no tendrá fin y le contaré la historia a algún escritor para vivir eternamente en las páginas de libros.

—Caleb... —susurro emocionada.

—Gracias, por mirar dentro de mi corazón y encontrar amor.

—Te amo.

Una boda sacada de los sueños de Leo

Irene

Hoy cumplo el octavo mes y ya llegó noviembre, el mes de mi cumpleaños y un mes lleno de recuerdos, porque en nada cumplo cuatro años de casada con Miles. Hace poco tuvimos una nueva boda en la pandilla, pero no fue precisamente en la que estoy. Esa boda fue la unión de dos personas que merecían ser felices: Jessica y Adam dieron el sí quiero en una capilla improvisada en Napa luego de su reconciliación.

En cambio, hoy después de convencer a Leo, finalmente dará su sí quiero ante el altar y su sueño de convertir esta boda en algo de película fue convertido en realidad. Estamos en el Hotel Plaza, en uno de los salones más grande donde miles de bodas se han celebrado. El salón está decorado divinamente y crearon dos ambientes: uno en dónde será la fiesta y otro que será la capilla, que son separados por un hermoso riachuelo artificial creado para él, con un hermoso puente blanco que hace de réplica de uno de los puentes de *Central Park*, y unos espantosos cisnes nadan tranquilamente (*les tengo terror a esos animales*).

La marcha nupcial comienza con los primeros acordes. Nacary nos guiña el ojo y toma la mano de Lucía, que es la niña de las flores. Observo a Leo que se arregla nerviosamente la pajarita, por mi mente se precipitan recuerdos junto a él. A lo largo de todos estos años él se convirtió en mi familia.

Lo detengo y le digo:

—Estás guapísimo.

Leo se sonroja y me dice:

—Y tú eres la más bella de la fiesta, florecita.

Beso su mejilla y limpio el *lipstick* con mi dedo. Me paro a su lado y le ofrezco mi brazo.

—¿Listo para ser feliz? —le pregunto.

Leonardo asiente y toma mi brazo. Me pidió que lo entregue en el altar porque hace dos años perdió a su madre.

Caminamos al altar, la música cambia a *Can't help me falling love with you* y me sorprende al ver al mismísimo Michael Bublé cantando. Al pasar junto Miles y le doy un guiño. Le entrego a mi hermano a la persona que este día le promete hacerlo feliz, le doy un beso en la mejilla y me uno a Nacary en el altar.

La ceremonia se vuelve muy emotiva cuando Miguelangel y Leo comparten sus votos nupciales. Yo derramo más de una lágrima, conmovida por el amor y devoción que sienten el uno por el otro. El amor no conoce de religión, de raza o sexo. Cuando llega, llega.

El juez finalmente los declara esposos y todos estallamos en aplausos.

Nos sentamos y descanso finalmente ya que la panza me pesa el doble. Cameron y Connor cada día están más grandes. Emma también se sienta, porque las dos estamos con unas semanas de diferencias. La música suena fuerte y en la mesa estamos la pandilla entera. Adam besa a Jess en la mejilla cuando se sienta y le entrega una copa de zumo de naranja.

—Y entonces, solo falta Leo por un bebé—les digo.

Todos sonreímos. La verdad es que al paso que vamos, el estado de Nueva York crecerá en número de habitantes.

—Ya pronto explotará tu piñata —me dice Adam en tono burlón.

Desde su pequeña luna de miel en México dice que somos unas piñatas a punto de explotar.

—¡Idiota! —le respondo molesta—. La verdad, no entiendo qué te vio Jessica, porque no tienes nada de tacto.

—Mi polla —responde riendo.

Jessica le da un pellizco y él grita ofendido, todos nos reímos burlándonos de él. Pasamos un buen rato entre bromas. Miguelangel me hace señas y sé que es mi momento de hablar. Primero habla Miles, que es el padrino.

—Por primera vez puedo decir que estoy tranquilo, porque Leo dejó ese enamoramiento loco por mí. —Todos ríen y Miles prosigue—: Hoy, una vez más podemos comprobar que lo que dicen es cierto: el amor no tiene raza, credo o sexo, porque es solo toparse con la persona correcta y entregar todo para ser felices. —Miles vuelve su rostro hacia a mí unos segundos y esboza una sonrisa—. Miguelangel, te llevas un diamante en bruto y cuando te digo en bruto, no es que sea bruto.

—¡Capullo! —exclama Leo y todo reímos.

—Todos sabemos que él tiene tanto que dar —continúa Miles—, y entre tanto te dará un corazón increíble. Leo es un gran amigo y a lo largo de los años se convirtió en un hermano más. Así que les deseo ser felices. —Alza su copa—. Por Leonardo y Miguelangel.

Todos brindamos y yo doy unos golpecitos a mi copa. Respiro hondo, porque ahora todas las miradas están sobre mí.

—Dado que mi esposo se robó mi discurso, tendré que improvisar. —Nuevamente carcajadas—. Bueno, Leo y yo nos conocemos desde siempre. Puedo decir que estoy pletórica de la felicidad por ellos. —Suspiro—. A lo largo de todos estos años observé cómo emprendiste la búsqueda de tu alma gemela, y él llegó cuando menos lo esperabas. Los dos se merecen el uno al otro, porque Leo, encontraste a tu dios griego. Así que olvídate del mío. —Leo me hace un gesto con el dedo del medio—. Soy malas con estás ñoñerías y sabes lo que pienso, que me terminará por salir purpurinas de colores por la boca, pero solo puedo decirte que encontraste a tu príncipe de los colores del arco iris. Brindo por tu felicidad y espero pronto cumplas tu mayor sueño, que es ser padre. Te amo, Leonardo.

Alzo mi copa y Leo me lanza un beso, para luego brindar con su esposo. Bailan al son de *Love me like you do*.

Miles y yo estamos bailando, cuando una molestia que estoy sintiendo desde esta mañana en la parte baja de la espalda se acrecienta.

—Amor, quiero irme —le susurro al oído a Miles.

Él asiente y me ofrece su mano. Yo la tomo y nos acercamos a la mesa. Tomo mi bolso y siento como un líquido resbala por mis muslos. Palidezco y empiezo hacer cuentas mentales y todavía me faltan tres semanas para la fecha.

—¡Miles, rompí fuentes! —exclamo nerviosa.

Miles me mira asustado y exclama un:

—¡Mierda!

Todos en la mesa se levantan y entonces una punzada de dolor me traspasa de nuevo y yo me doblo sobre mí misma. Miles soba mi espalda y grita:

—¡Vienen en camino los gemelos!

Lo que pasa a continuación es digno de una película, porque la gran boda griega se quedó en pañales. Todos corren alrededor y al estacionamiento olvidándose de que soy la que está PARIENDO. Me siento en la mesa, porque la más importante soy yo y creo que se han olvidado de mí.

Miles y Leo entran corriendo con los rostros pálidos y les digo, increpándolos:

—Venga, ya... Menos mal que regresaron y no llegaron al hospital sin mí.

—*¡Miarma!* Te juro por la Virgen que cuando subí al rustico y Lu dice: *¿Y mami?*, casi le caí a golpes al capullo.

—Perdóname pequeña, te juro que pensé que venías con nosotros.

—Bueno, ¡ayúdenme a levantarme! —les grito. Los dos me ayudan y un dolor que atraviesa mi columna vertebral hace que me doble con Miles y Leo sosteniéndome a cada lado—. ¡Ay Dios! ¡Qué dolor, qué dolor! —grito en español.

—Vamos florecita, que con lo gorda que estás, te juro que no podemos contigo.

—¡Serás gilipollas...! —le grito.

Miles saca las fuerzas de su cuerpo fibroso y musculoso de años de gimnasio y me alza en brazos.

—¡Vamos, nena! —me dice—. Yo sí puedo.

Salimos al estacionamiento donde todos nos esperan con los autos encendidos. Leo no para de pedirme perdón y yo solo quiero matarlo, el dolor es insoportable. En un abrir y cerrar de ojos, luego de saltarse los semáforos, llegamos finalmente al hospital. Miles me vuelve a cargar en sus brazos y me dice:

—Te amo, pequeña saltamontes. Te amo como nunca a amaré a nadie.

Los enfermeros me roban de sus brazos y ahora comenzaré el trabajo más doloroso y más hermoso de toda mi vida.

Cameron y Connor, los amo.

Y entonces Andreina también llega...

Caleb

La celebración de la boda del Plaza, se mudó entera al New York Presbyterian en Queens. Irene rompió fuentes y todos estamos en la sala esperando que alguien salga a decirnos algo. Llevamos alrededor de cincuenta minutos y comienzo a percibir como Emma se remueve incómoda en la silla. Por más que desee conocer a mis ahijados, me preocupa también mi esposa que está embarazada.

—Nena, vamos a casa —le digo.

—No... —Su respuesta es rotunda.

Cierro los ojos tratando de pensar en algo que la persuada para irse conmigo.

—Vamos nena, piensa en Andreina —le pido jugándome esa carta.

Asiente finalmente pero un segundo, Miles sale pálido de uno de los pasillos y le indica:

—Emma..., Irene te llama.

Ella asiente y se va con él. Muevo mis piernas nervioso y recuerdo el día que Matty vino al mundo. La verdad es que es uno de los mejores de mi vida y me alegro que finalmente Miles pueda vivir esta experiencia.

Adam y Jess llegan cargados de bolsas con Donas y café.

—¿Ya nacieron? —me pregunta Adam, pasándome un café con leche de soya.

Niego y doy un sorbo.

—Uff, si me dolió traer al mundo a uno, imagínate a dos. Espero que salga rápido —comenta Jessy.

Miles sale de nuevo y observo a Owen junto a él. Me levanto y voy con ellos, porque estoy decidido a llevarme a Emma a descansar. Nuestro amigo me saluda y finalmente me explica:

—Sus dos mujeres estaban tan sincronizadas, que los bebés nacerán el mismo día.

—¿Qué? —pregunto atónito.

—Pues solo pasa en las películas. Le hacía una serie de preguntas a Irene y Emma me respondió cada una de ella. Aunque sus contracciones son leves, ya ha entrado en trabajo de parto —me informa Owen con una sonrisa.

Yo palidezco y paso mi mirada de Miles a Owen y sin poder creerlo. Este último me dice unas indicaciones y yo asiento como un robot. Me cambió rápido y entro a la habitación. Emma me recibe con una sonrisa en los labios, muy lejos de aquella que me gritaba cuando trajo al mundo a Matthew.

—Creo que Andreina se ha adelantado —me dice alzando sus hombros.

Por fin, luego de la noticia que estaba en trabajo de parto puedo sonreír. Me acerco hasta la cama en donde está acostada y acaricio su rostro. Besa mi mano y estoy en el cielo.

—Pues, es el mejor de los regalos —le digo feliz.

La ayuda en todo el proceso y a medida que pasan las horas, su labor de parto empieza a ser más fuerte. Las contracciones son más seguidas, pero su dilatación tarda.

—¡Oh, Caleb! ¡Quiero que termine! —me pide llorando.

—Lo sé nena, también.

Seco el sudor de su frente cuando la contracción pasa. Le doy un beso y busco a Owen o alguna enfermera que pueda explicarme qué sucede. En la sala de espera está la pandilla entera, los niños se han ido con Leticia y Charles. Adam sale disparado y me pregunta:

—¿Cómo está Emma? ¿Ya nació la bebita?

Niego.

—No, aún no —respondo.

Él sonríe, pero al darse cuenta de mi preocupación, me da una palmada en el hombro. Ese simple gesto me hace saber que está conmigo y que sabe que estoy ansioso.

Vuelvo a la habitación y de camino me detengo en la habitación de Irene, toco dos veces y un Miles blanco como un papel abre la puerta, suspira al verme y escucho unos gritos:

—¡Sí, sal! ¡Te odio por este dolor tan grande que estoy sintiendo! ¡Te odio!

—¿Todo bien? —pregunto.

Miles suelta un quejido y me dice:

—¡Joder, Caleb! Te juro que creo que se ha tragado la niña del exorcista. Lo único que le falta es doblar el cuerpo y caminar por las paredes.

Suelto una carcajada, le doy un abrazo palmeando su espalda y le cuento:

—Pasé por ello, así que te comprendo.

—¡Miles! —grita Irene.

—Te toca entrar. Te juro de que todo acaba al momento de tenerlos en brazos —le aseguro guiñando el ojo—. Ella volverá a ser la dulce Irene.

Por fin consigo una enfermera y le explico la situación, vuelvo a la habitación con ella, revisa a Emma. Mi esposa desesperada le pregunta:

—¿Ya?

La enfermera nos observa con el rostro circunspecto y una línea delgada forma a sus labios. Hace un gesto negativo con la cabeza y sale de la habitación.

—Vamos nena, de seguro en menos de lo que piensas todo acaba y tenemos a Andreina en brazos —le expreso y mentalmente rezo para que así sea.

—Caleb —susurra mi nombre y de repente grita del dolor.

La puerta se abre y Owen entra junto a dos enfermeras. Corre hasta dónde estamos y les da indicaciones a las mujeres. Observo todo tan aprisa que me asusta y el doctor me aparta cuando un enfermero entra con una camilla y pasan a Emma.

—Owen, ¿qué está pasando? —pregunto asustado.

—Caleb, esta parte es difícil. —Suspira—. La niña todavía no está en posición y Emma no ha dilatado nada, tengo que practicarle una cesárea.

—¿Qué? —pregunto al borde de un colapso nervioso—. Voy a entrar.

—Confía en mí, hago esto todos los días y te advierto desde ya que al quirófano no entras. Cuando la bebé haya llegado, serás el primero en saberlo.

—Caleb, Caleb... —La voz asustada de Emma me detiene de gritarle unas cuantas cosas a Owen y salgo corriendo donde están a punto de sacarla.

Tomo su mano y trato de sonreír, pero solo me sale una mueca. Acaricio su cabello y beso la coronilla de su frente.

—Todo saldrá bien, nena. En poco tendremos a una hermosa bebé en nuestros brazos —le aseguro tratando de serenarla.

—Tengo miedo —solloza.

—Y yo también, pero Owen me ha afirmado que es algo normal. —Emma asiente y beso sus labios—. Las voy a esperar aquí, las amo.

Los enfermeros la sacan y se la llevan al quirófano. Tomo la muñeca de Owen y finalmente le digo:

—Cúdalas. Si algo llegara a pasarles... yo...

—No les pasará nada, confía en mí. —Owen me da una palmada en la espalda y empieza a correr tras ellos.

Tengo cuarenta minutos en la sala de espera y todos estamos a la expectativa. Miles nos ha informado que solo falta un centímetro e Irene podrá dar a luz a los gemelos, pero mi mayor preocupación es Emma, porque de ella no sé nada y estoy al borde de la locura. Por mi mente pasan miles de situaciones... ¿Si Emma muere, podré aceptar a la niña? ¿Podré seguir viviendo sin ella? ¿Si no logran salvar a la bebé? ¿Podrá Emma seguir viviendo? ¿Lo aceptará?

La puerta del quirófano se abre y Owen sale con una sonrisa y un bebé envuelto en una hermosa manta rosada. Corro hasta donde él está y éste se detiene. Mi corazón late a mil por hora cuando finalmente me entrega a la bebé y me dice:

—Te presento a tu hija, Caleb. Pesó dos kilos ochocientos gramos y midió cuarenta y seis centímetros. Andreina es una niña grande y sana, dado a que le faltaban algunas semanas.

Tomo a la bebé en brazos y para mí es amor a primera vista. Alzo mi rostro y sonrío.

—¿Y Emma? —le pregunto.

—Está recuperándose, pero ella es una mujer muy fuerte, Caleb. Te sorprenderías —me dice con una sonrisa—. Y si la hija es igual que la madre, tendrás una vida muy complicada. —Me da una palmada y sale de la sala.

Me quedo observando a mi hija y algunas lágrimas corren por mis mejillas. No puedo evitar la emoción de tener esta preciosidad en mis brazos y finalmente le digo:

—Bienvenida al mundo, Andreina Mraz.

Connor y Cameron

Miles

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, llevamos casi ocho horas en labor de parto. Irene es la mujer más fuerte que conozco y aunque me ha soltado infinidad de tacos, ha aguantado este maratón de tener dos niños. Mis dos hijos vienen en camino y la situación es diferente a hace cuatro años. Estamos viviendo lo que el destino nos quitó con Lucía, pero es sublime para mí vivir cada contracción. Al principio no sabía qué hacer, mis piernas se volvieron gelatina y esa seguridad que me caracteriza ante las situaciones adversas, simplemente se esfumó.

Veo en el monitor otra contracción y le indico:

—Pequeña, viene otra —le ofrezco mi mano.

Irene grita, llora y su rostro está perlado por el sudor del esfuerzo. Cuando pasa le seco el sudor y le doy un beso susurrándole palabras de amor infinito por ella. Owen entra con la sonrisa que lo caracteriza y en compañía de dos enfermeras.

—Bueno, ha llegado el momento —nos anuncia.

—¡Al fin! —exclama sintiendo alivio.

—No sé si deseen saber que Emma y Caleb ya tienen una hermosa bebita —nos anuncia mientras se agacha frente a Irene—. Irene, ya uno de los bebés está coronado y luego de esto todo será súper fácil.

Ella gime bajito y toma mi mano apretándola fuerte buscando la seguridad que necesita. Me acerco y le susurro completamente enamorado:

—Tú puedes pequeña saltamontes, porque eres la mujer más fuerte que conozco. —Irene suspira—. Te amo.

—Y yo a ti —me responde.

—¿Preparados? —nos pregunta Owen. Irene y yo asentimos—. Cuando te diga puja, sacas fuerzas y lo haces, Irene.

—¡Lista! —Irene le responde.

—Viene una contracción. ¡Vamos, puja fuerte! —le pide Owen.

Irene se dobla e inicia el acto más hermoso que he presenciado en mi vida. Estamos alrededor de quince minutos y Owen grita:

—¡Vamos, Irene! Con esta finalmente nace el primero. Ven Miles, deseo que mires esto.

Le doy un beso a Irene y una de las enfermeras toma mi lugar. Owen le pide que puje y el primero de los gemelos nace. Sostengo la respiración pensando que es hermoso.

El doctor lo alza y se lo muestra por primera vez a Irene. Me ofrece unas tijeras y corto el cordón umbilical de nuestro bebé.

—Cameron — nombra a nuestro primer hijo mi amada esposa.

—Vamos de nuevo Irene, que el próximo ya está en posición y listo para venir al mundo.

Connor hizo sufrir a su madre por veinte minutos más, pero finalmente nació dando gritos y demostrando los pulmones que posee. Repetimos el mismo procedimiento y al terminar corrí a ella que estaba casi desfallecida y le susurré al oído palabras de amor. Le agradecí porque me

escogió como el hombre de su vida y por permitirme ser el padre de sus hijos.

Irene y mis hijos son los mejores regalos que me ha dado la vida.

Luego de limpiarlos y pesar a los niños, las enfermeras nos entregan a nuestros hijos y el rostro de cansancio de Irene se transforma en uno de felicidad. Observo como sus ojos brillan relucientes, como plata, por primera vez y después de tantos meses.

—Son hermosos —susurra con Cam en brazos mientras yo tomo al pequeño Connor.

—Son idénticos a ti.

Irene suelta una risita y yo bajo un poco mostrándole de esa forma a nuestro otro hijo.

—Son iguales al padre. Pobre de mí si vienen con el sello de fábrica Chapman.

La verdad es que pobres de todos nosotros.

Una enfermera ayuda a cambiar a Irene y observo en las pequeñas cunas a nuestros hijos. La enfermera nos da una serie de instrucciones, pero nos informa que deben llevárselos al retén por unas cuantas horas. Al salir todos de la habitación, pienso en qué hermoso es poder vivir el nacimiento de un ser humano, la fortaleza y fuerza de las mujeres que deciden traer a sus hijos en parto natural. Cuando ella se negó en rotundo a recibir la epidural, pensé que estaba volviéndose loca. Una vez más Irene sacó ese carácter y me demostró que es la mujer más fuerte del mundo.

Me acerco y la beso transmitiéndole que soy el hombre más feliz sobre la tierra, nuestros hijos llegaron al mundo en la mañana de un nublado del primer domingo del mes de noviembre.

Me acuesto a su lado y la abrazo, la respiración de mi esposa se vuelve pausada y serena indicándome que sucumbió al cansancio. Mis ojos se cierran hasta que caigo en el letargo de un sueño reparador.

Caleb y yo estamos viendo a los bebés a través del vidrio y todos le han tomado fotos. La bebé de mi amigo es preciosa. Todos nos reímos de las casualidades que de alguna manera nuestros hijos tienen la misma edad. Matt y Lu tienen cuatro años, solo por diferencia de meses y ahora Connor, Cameron y Andreina cumplen el mismo día con horas de diferencias.

Escuchamos un suspiro detrás de nosotros y encuentro a Leo observando a los bebés.

—Son hermosos —susurra.

Asiento y lo abrazo, porque a lo largo de este tiempo junto a él aprendí a demostrarle mi gratitud y cariño.

—Vamos, que tu vuelo sale en dos horas y debes ir al JFK —le recuerdo.

—No quiero irme, se suponía que nacerían después de mi regreso.

—Pues ellos quisieron sabotear la boda, son unos Chapman —le respondo.

Nos separamos riendo y Caleb nos observa. Se acerca, le da dos palmadas y le desea buen viaje. Nos quedamos unos minutos más mirando a los bebés.

Leo rompe el silencio con unas palabras que me llegan al alma:

—Sabía qué harías feliz a mi florecita, ella se lo merecía luego de tanto. Gracias por amarla y cuidarla. —Respira hondo—. Miles, para mí y creo que todos que los conocemos es sublime ver como se aman..., ella te observa y los ojos le brillan de una manera especial. Tú llegas y ella está en el lugar, pero tú solo la miras a ella sin importar quién más esté presente. Parece que el mundo no existiera cuando están juntos. Irene es más que una amiga y tú a lo largo del tiempo también te has convertido en más que un amigo. Son mi familia. Sus alegrías son las mías, sus tristezas son las mías y a dónde vayan, yo iré. Ya que hace años Nacary, Irene y yo comprendimos que la familia a veces no la hace la sangre, sino la vida.

Le doy unas palmadas agradeciendo sus palabras.

—Tú eres un hermano más, no creas que no siento lo mismo. —Suspiro—. Tienes razón, yo solo tengo ojos para ella. Cuando ella está en la habitación el mundo no existe.

—Es bueno saber que mi amiga al fin es feliz —me responde.

Asiento.

Nos despedimos, me quedo unos minutos mirando a mis hijos, no me canso de observarlos. La mejor decisión en toda mi vida fue aceptar mi amor por ella, que es mi todo, porque gané el mejor regalo de vida: *el amor*.

Voy camino de regreso a la habitación y la sala de espera está con nuevas personas. Nuestro grupo se fue a descansar. Entro y observo a Irene todavía dormida, tomo una silla, me siento a observarla mientras duerme, convirtiéndome en el supervisor de sus sueños. Muchas veces me siento la rana del cuento que se convirtió en el príncipe azul. Me siento afortunado de tener su corazón, de tener la oportunidad de despertar a su lado, iluminar sus pasos, susurrarle al oído que ella es mi sueño hecho realidad.

Ella se remueve un poco y empieza a balbucear algo en sueños, acaricio su cabello infundiéndole paz. Cuando empieza a gimotear y nombrar a sus padres, la despierto.

—Pequeña saltamontes, despierta. Vamos nena, despierta —le susurro.

Irene abre los ojos y están anegados en lágrimas no derramadas. Se lanza a mis brazos y solloza.

—Nena, vamos, ¿qué sucede? Fue solo un sueño —le digo meciéndola.

Irene llora en mis brazos mientras acaricio su espalda y le susurro palabras de amor. Ella rompe el silencio:

—¡Oh Miles! Fue tan real, soñaba con mis padres y que ellos estaban juntos. Mi padre tenía esa mirada de amor infinito por ella y le susurraba su poema favorito. —Respira hondo—. Sé que desde el cielo celebran el nacimiento de los gemelos, pero cuando me acerqué, mi madre me pidió que los dejara ir, que ellos eran felices y donde ellos estaban no había dolor, solo felicidad, que era mi momento de ser feliz.

La aprieto más contra mi cuerpo sorprendido por sus palabras. ¡Dios!

—Nena, este es nuestro momento de ser felices y ellos te piden que seas feliz, que dejes ir la tristeza de tu corazón. El sueño es una señal para que vuelvas a ser la mujer llena de vida que dejaste a un lado luego de la muerte de tu padre.

Irene suspira. Estamos un rato así abrazados, pero la puerta se abre y Lucía y Diego corren hasta nosotros. Mis padres entran cargados de globos, flores y regalos. Solo pasan unos minutos cuando entran los gemelos con unas enfermeras. Todo adentro se vuelve suspiros y alegría, los flashes no dejan de sorprender a los gemelos. Finalmente nos tomamos una foto como familia, subimos a Lu en la cama y Diego a un lado de ella. Irene toma a Connor en brazos y yo a Cameron. Me siento a su lado y mi madre toma infinidad de fotos. Lo que nos sorprende son las palabras de Lu:

—Soy la niña más feliz del mundo, nacieron mis hermanitos y Matty me dio un beso.

Respiro hondo.

Si mi hija es como su madre y Matt como Caleb, esto es el inicio de otra historia de amor.

Epílogo

Seis años después...

Se escuchan en el sitio las melodías infantiles y niños corriendo de un lugar a otro, porque las familias Mraz y Chapman se unieron de nuevo para celebrar el cumpleaños de sus hijos, los gemelos Cameron y Connor y la hermosa Andreina que arribaron a los seis años de edad.

La pandilla ha crecido en números de integrantes. Adam y Jessica cuentan con tres hermosos niños. Leo y Miguelangel adoptaron dos pequeños de un hogar de acogida en España. Con el paso del tiempo hubo separaciones, porque lo largo de la vida hace que las personas tomen distintos caminos.

Roccío y Andrew junto a sus gemelas se mudaron a Alemania, cuando las niñas cumplieron los dos años. Aquella despedida fue dolorosa para las amigas de la infancia, aquella tarde de primavera el aeropuerto JFK se cubrió de tristeza en ese adiós en dónde dos almas gemelas, dos espejos y dos hermanas se dijeron adiós jurándose nunca olvidarse. Si bien existían los teléfonos, los móviles, las tablas y computadoras, para ellas no era lo mismo tomar un tren o el auto y visitarse para hablar por horas de sus vidas. Bruno y Said se mudaron a Canadá luego que el banco ascendiera a Bruno, sus hermosos trillizos ahora hablan dos idiomas. Emma aprendió que no estaba sola en el mundo y que había ganado amigos eternos. Pudo cerrar para siempre aquel capítulo triste en su vida y ser feliz.

Nacary, la gran amiga de Irene, viajaba siempre que podía junto a su esposo y los dos niños. Su vida como maestra de preescolar había quedado atrás luego de pensarlo muchas veces y estudiar las posibilidades de iniciar su propio negocio. Joshua y ella se embarcaron en la aventura de abrir un restaurante en Mallorca y lo llamaron: *La pequeña Venecia*. El nombre surgió en una conversación que compartían junto a Emma e Irene en unas vacaciones en la isla. La pelirroja les contaba que deseaba un restaurante con una fusión de comida española y venezolana, porque Nacary se sentía atraída por la comida del país de origen de Emma. Todo derivó en aquella misma historia que ella le había relatado en los inicios de su relación a Caleb y así fue cómo ellos decidieron el nombre.

Caleb, Miles y Adam se consolidaron como los corredores de bolsas más sólidos en el mundo. “*Los magnates de las bolsas*”, llamaban a este trío inseparable que la vida les enseñó: quién juega siempre limpio, la vida lo premia. Y así fue, los premió con matrimonios estables, hijos y una familia que ellos instituyeron por elección. Atrás quedaron los tiempos de *playboys* rompecorazones, ya que llegaban cada noche a sus casas en dónde los esperaban sus hermosas esposas y sus pequeños.

Aquella tarde era un día especial para toda la familia, el salón de fiesta estaba decorado exquisitamente recreando un mundo marino, esos tres amigos observaban como corrían los niños a su alrededor mientras sus esposas conversaban y la familia en pleno estaba congregada de nuevo en un mismo lugar. Esta celebración fue la excusa perfecta para que todos viajaran y *La pandilla*,

estaba reunida, creo que fue una de las pocas veces que aquello sucedió.

Adam soltó un silbido admirando todo a su alrededor.

—Irene y Emma se han lucido esta vez, parecemos que estamos dentro un acuario —comentó asombrado por la decoración.

—También se han excedido con el presupuesto —apostilló Miles tosiendo, ya que había apostado con Caleb que así sería.

Todos soltaron una carcajada, pero la verdad era que siempre se sobrepasaban en los presupuestos y nunca cumplían sus promesas de limitarse a ellos.

Caleb alzó sus hombros pues ya tenía diez años de casado con Emma, descubrió que su esposa de débil no tenía nada, y que dentro de ese pequeño cuerpo había una mujer luchadora y leal, porque la lealtad de Emma iba por encima de cualquier cosa.

El conversó unos minutos más con sus amigos y se dirigió al encuentro de su esposa, que con el paso de los años se había convertido en una mujer más madura y seguía hermosa, porque él seguía excitándose tan solo de verla. Su ropa le recordó aquella joven sencilla que asustada montó su moto para ir a las playas de Venice. Ella estaba vestida con un jean desgastado y una camiseta con la frase «*Yo soy la mamá de la cumpleañera*». Observó cómo le entregaba a su hija un algodón de azúcar y al hacerlo, la niña salió corriendo de nuevo al carrusel que lograron instalar dentro del salón de fiestas.

—Esta noche no duerme con el dolor de estómago —le recriminó a su esposa con la sonrisa de portada que siempre lo ha caracterizado.

Emma suspiró bajito al verlo, porque siempre era de la misma manera, no se acostumbraba a la belleza de su esposo, su demonio y su dios griego. Le hizo un gesto con la mano restando importancia y le respondió:

—No todos los días se cumplen seis.

Caleb la tomó de la cintura atrayéndola a su cuerpo, pensando en lo dichoso que se sentía por tenerla a ella y a sus dos hijos.

—¿Eres feliz? —le preguntó acariciando su nariz con la de ella.

Ella soltó una carcajada mientras lo tomaba de su suéter gris. Los años no habían pasado por su cuerpo musculoso y fibroso, aunque las canas ya podían vislumbrarse en aquel cabello rizado y rebelde de color negro.

—Soy muy feliz. Creo que alguien está melancólico.

—No, solo que me encanta escuchar que estás feliz. —Caleb le dijo con un tono de arrogancia.

Emma puso los ojos en blanco.

—Sí, soy feliz Caleb. —contestó—. ¿Cómo no serlo? —Emma respiró hondo para continuar y subió su mirada encontrando a Caleb sonriendo. Ese era un juego que cada cierto tiempo repetían: *¿Eres feliz?* Preguntaba él y ella respondía, *Sí*, pero en aquel momento ella sentía la necesidad de explicarle las razones de su felicidad—. Soy feliz al despertar y verte a mi lado. Soy feliz al ver crecer a nuestros hijos. Soy feliz con los pequeños detalles, como cocinarles un pastel de chocolate y verlos comer a los tres hasta que solo queden las migas. Soy feliz cuando te veo enseñarlos andar en bici, nadar o cuando los enseñas a ser mejores seres humanos. Soy feliz al tener amigos como los nuestros y lo más importante de todo: soy feliz porque aprendí que el camino a la felicidad no iba ser fácil, pero contigo a mi lado soy la persona más feliz del mundo.

Caleb soltó todo el aire contenido de sus pulmones y besó a su esposa.

—Siempre tuyo... —dijo él besando sus labios.

—Siempre mío... —le responde ella.

—Siempre nuestro. —Caleb rompió el beso y acarició la tersa mejilla de su esposa.

Al renovar sus votos matrimoniales unos meses atrás, recitaron esas palabras. Ellos habían nacido para pertenecerse, para amarse y vivir juntos.

En el otro extremo del salón se encontraban Miles e Irene enfrascados en sus discusiones cotidianas, pero eran esas pequeñas discusiones que ellos amaban y avivaban su relación. Ella decía negro y él tan solo por llevarle la contraria decía blanco. La discusión venía por un tema tan superficial como quién le diría a Lu que el viaje a Disney no iba a realizarse para la fecha que ella deseaba, porque la cigüeña los había visitado de nuevo y esperaban un nuevo bebé. También estaba el hecho de que Miles pretendía gritarlo a *vos populi* y ella deseaba aguardar. Los dos rondaban los cuarenta y a ella le daba terror este embarazo.

—Siempre tienes que dártela de machito y para ti es un logro que esté embarazada, pero fue un descuido —le aseguró Irene a Miles cruzando sus brazos—. No quiero decir nada.

Miles soltó una carcajada y la tomó por la cintura. Siempre eran así ya que de esa forma se demostraban que se amaban.

—Pues este es el descuido más maravilloso del mundo. —La besó castamente en los labios y agregó—: Tengo que decirle a todos lo potente que soy. —Alzo sus cejas sonriente—. Primero gemelos y ahora otro en camino.

—De verdad que eres todo un capullo —contestó Irene esbozando una sonrisa.

—El capullo que amas y que te hace gritar su nombre cuando te hace el amor —apostilló él con una sonrisa arrogante.

Irene le dio un golpe en el pecho y por llevarle la contraria, le dijo:

—Te toca decirle a tu princesa que no y ni pienses que seré yo de nuevo para quedar como Fiona, tal cual ogra —le advirtió señalando con su dedo.

A Miles se le escapó un bufido, porque sabía que su hija era una Chapman de pies a cabeza.

—Hablaré con ella, deseo ver su rostro cuando le diga que tendrá un hermano. Lleva años pidiendo una niña.

—Otro bebé, quién lo diría. Se te está cumpliendo el sueño del equipo de fútbol. Gracias a Dios esta vez es uno solo —respondió ella.

Los dos recordaron aquella conversación diez años atrás donde sondeaba el terreno, si él deseaba tener hijos y él aseguró que deseaba un equipo de fútbol. Miles soltó una carcajada, por él su casa estaría llena de niños corriendo. Ser hijo único marcó su vida y siempre deseó tener una familia numerosa.

—Pues van cuatro y son once, tenemos que ponernos a trabajar...

—¿Es que tú me crees coneja? —preguntó ella alucinada.

—No, pero penetrarte es la jodida gloria, pequeña saltamontes. —Miles mordió su labio—. Si para sentirme en la gloria tengo que hacerte el amor hasta desfallecer, lo haré.

Irene deja escapar un gemido.

—Te amo, mi capullo favorito —susurró.

—*T'stimo*, pequeña saltamontes —respondió.

Muchos se preguntarán *¿Quién soy? ¿Por qué narro el último capítulo de la historia?* Les apuesto que la respuesta les va a sorprender y mucho:

Soy Lucía Chapman, sí, la pequeña caprichosa que se convirtió en escritora. Fui yo la que contó las historias de mis padres y mis tíos, porque cuando leyeron Soy Tuya, Todo de Ti y Lo mejor de mí, escribí la recopilación de sus historias y aunque muchas cosas son exageradas, puedo asegurarles que fui fiel a lo que ellos me contaron. Les narro el cumpleaños de los gemelos

y Andreina, porque ese día mi padre se salió con la suya y anunció el embarazo de mi madre. Mis padres comprendieron que el amor es dar y recibir.

Ese día, mis tíos Emma y Caleb entendieron que la felicidad en el matrimonio es la unión de dos almas.

Mis tíos Adam y Jessica maduraron dejando los miedos atrás. Formaron la familia que tanto soñaron y eran felices, ellos eran muy felices.

¿Recuerdan el diario?

Mi historia se llamará: Girasoles para Lu.

Matty aceptó que contara que fue un poco gilipolla antes de casarnos. Ahora, estoy esperando a mi primer bebé y espero muy pronto encontrarme con ustedes.

Mi familia me enseñó que para ser feliz hay que luchar y sobre todo me enseñaron que lo que es del cura va para iglesia. Eso dijo mi tía Emma cuando nos comprometimos.

Ellos son felices y cuando dije que deseaba ser escritora me apoyaron, pero un día mi tío Caleb se acercó pidiéndome inmortalizar su romance con Emma. Claro que acepté, porque crecí escuchando las historias de amor más bonitas. Luego todo fue tomando forma y decidí escribir las de mis padres y la de mi tío Adam y mi Jessica.

Los finales de cuento sí existen cuando encuentras a tu alma gemela.

Nos encontraremos pronto, cuando yo les cuente como Matthew Mraz me conquistó y me regaló un pequeño girasol.

¿Fin?

*Emma y Caleb, Miles e Irene, Adam y Jessica
vivirán por siempre en las páginas de los libros
la Serie Nos Pertenece.*

Agradecimientos

A Dios y la Virgen, por estar en mi vida guiando mis pasos y llevando con cada respiro, mi musa que siempre llega gracias a ustedes. A Santa Teresita del Niño Jesús, has pasado parte de este tiempo regalándome una lluvia de rosas.

A mi mamá por ser mi pilar fundamental, eres y serás lo más importante de mi vida.

Gracias a Dianita por editar, quién diría que los hilos del destino nos unirían. Somos familia, que bonita casualidad.

No puedo nunca dejar de estar agradecida a las cuentas bookstagramers, que a lo largo de mi carrera me han apoyado. Son muchas cuentas que siempre comparten mis lanzamientos y también leen mis trabajos. Un saludo especial a:

Joanna Méndes de la cuenta Con un Vino, muchísimas gracias por ser tan especial conmigo. Escucharme en mis momentos de mimisquis. También por lo profesional que eres a la hora de dar una reseña.

Leydis de We are bibliophiles, siempre estás ahí con un bonito *edits* de mis novelas, pendiente hasta de los memes que subo.

Isa de Mundo de Libros, eres súper pequeña. Me encanta tu dulzura y lo linda que eres.

Pao de Libros Mentirosos, que puedo decirte llevas un montón a mi lado y siempre me das las mejores palabras.

Mis hermanas preciosas de El Encantamiento de las palabras, pero especialmente a Nela, por todo su apoyo. Gracias, chama...

A mis diosas del Olimpo entre libros, son las mejores y gracias por apoyarme.

A Gloria por ser una lectora crítica y muy especial, muchas gracias por estar.

Gracias también a Leer es Increíble, Locas por la lectura, Amor por los libros (Mi Bet), El teorema de libros, Viviendo entre Libros, Books Pasion and Soul, Kinkybookshenry y Las Chicas del Reiki por todo lo que hacen por mí.

No por último a ustedes que se suben en la magia de los unicornios, este es libro más triste para mí, por aquello de decir adiós. Espero que puedan soñar, sé que es un amor de esos que todas soñamos tener.

Sobre la autora

LORENA DEL VALLE FUENTES P. (Maracay, Venezuela, 1985) nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, es Administradora mención Tributaria y desde pequeña le gusta leer. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero se enamoró de la historia de niños que enseña a los adultos: *El Principito*, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry.

Amante de las Artes en todas sus expresiones, pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua y también al Movimiento Guías Scouts de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica.

Con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en el mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos.

Redes Sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/>

Instagram: @lorenafuentes2

People: lorenafuentes2

Twitter: @lore2811